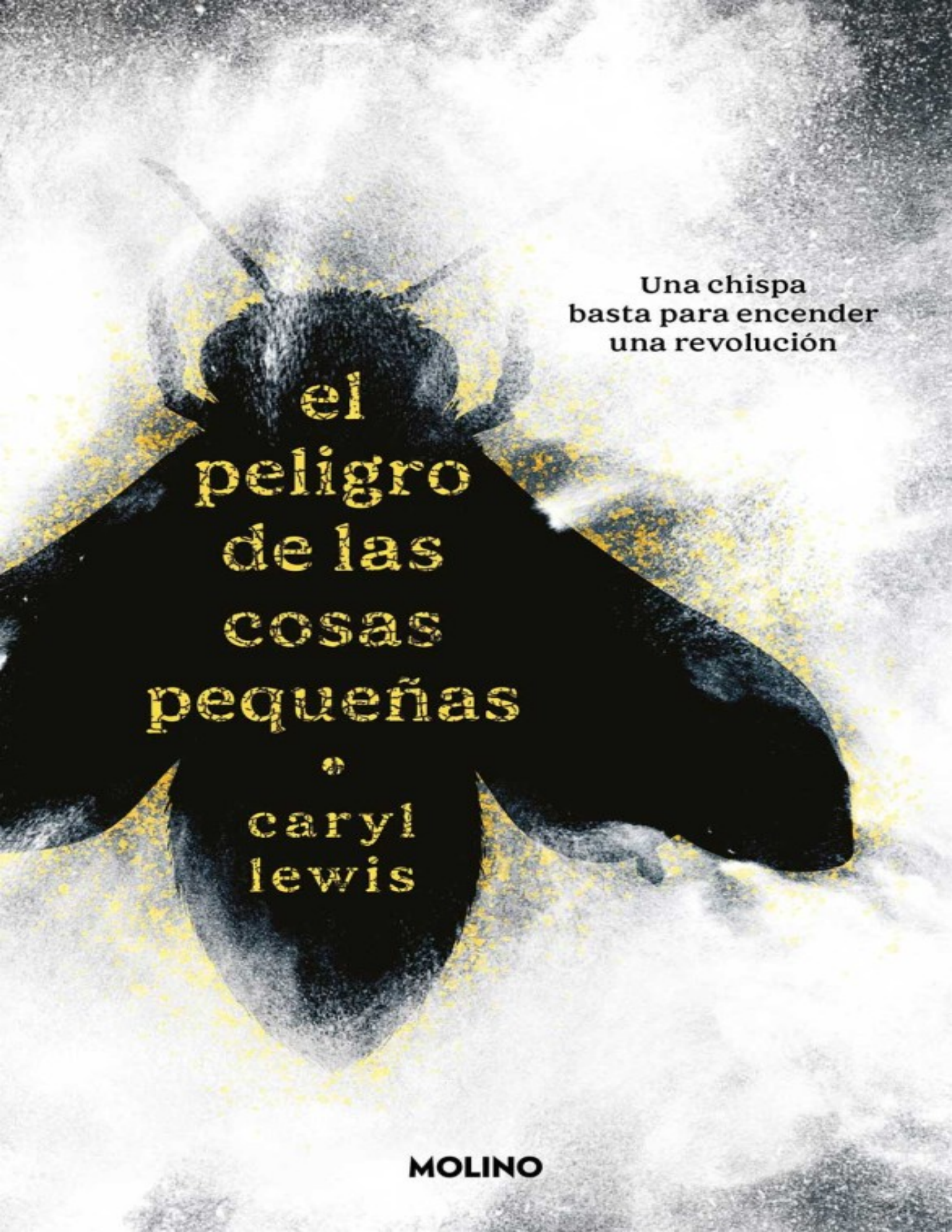

Una chispa
basta para encender
una revolución
el
peligro
de las
cosas
pequeñas
caryl
lewis
MOLINO

caryl lewis

el peligro de las cosas pequeñas

Traducción de
Jorge Rizzo

MOLINO

Para Gwenno, la inspiración de este libro.
Pinta. Baila. Enciende la cerilla.

«La imaginación es la única arma en la guerra contra la realidad».

DESCONOCIDO



Capítulo 1

El mundo acabó años antes de que nadie se hubiera dado cuenta, en completo silencio. No puedo dejar de pensar en ello, en cuándo y dónde pudo suceder; si pasó entre los pétalos de una flor, en el jardín trasero de alguien, en un aparcamiento de cemento o en la acera de una calle de una ciudad, una mañana gris, mientras la gente pasaba a toda prisa, con la cabeza gacha, para coger su tren. Nadie se lo esperaba, pero ese día un zumbido abandonó el mundo, un ruido que nadie tenía presente hasta que desapareció, dejando tras de sí un silencio estéril y aterrador. Y aún no puedo creerme que nadie hiciera ni una mueca, que nadie se girara a mirar, que nadie notara que faltaba algo. Lo cierto es que el mundo entero dependía del aleteo de una única abeja. El mundo entero. La bruma sobre los grandes bosques, los ancianos que caminaban cogidos de la mano, los países, los océanos, las tormentas, los idiomas, los niños, las ciudades, las libertades y los sueños. Todo. Todo descansaba sobre esas alas traslúcidas. Eran frágiles como un vitral emplomado, y cargaban con el peso del mundo… hasta que las rompimos en pedazos.

Cass dice que me castigarán si me oyen hablar de ello. Ella

siempre se echa la trenza pelirroja sobre el hombro, se cruza de brazos y me dice que lo hecho hecho está, que no podemos volver a reconstruir las alas de una abeja, así que no vale la pena torturarse. Y yo intento no hacerlo, pero es que cada noche, después de que todos caigamos exhaustos en la cama, me despierto, unas horas más tarde, con el cuerpo tenso sobre el colchón. Miro hacia arriba, a la litera de Cass, a los listones que parecen traviesas de la vía del tren, y me asaltan esos pensamientos, me cuesta cada vez más respirar y no puedo dejar de pensar en esas alas rotas, en el fin de la colmena y en cómo se desequilibró el universo en apenas un instante.

Escucho a Cass girándose en la cama, me fijo en su respiración e intento sincronizar la mía con la suya. Inspira, espira, traga saliva y domina el pánico. Me fijo en su melena, que traza una curva a un lado de su cama, libre de las apretadas trenzas que lleva durante el día. Aunque no le veo la cara, sé que tiene la piel húmeda del sudor, las mejillas cubiertas de pecas quemadas bajo los ojos: da la impresión de que el ventilador del techo no hace más que mover el calor a su alrededor, por todo el barracón. Y por un momento casi consigo imaginar que estamos a salvo. No es más que una litera, un colchón desnudo y la melena de Cass en la oscuridad.

Dijeron que había ocurrido con una rapidez aterradora. Titulares que pasaban por las pantallas de la televisión y decían que las cosechas iban desapareciendo, expertos que hablaban del tema, con gesto tenso, y explicaban que solo sobrevivirían las polinizadas por el viento. En poco tiempo algunos alimentos empezaron a escasear, y al cabo de unas décadas ya no se podía salir a la calle en verano y las lluvias no llegaban. Y entonces, en su desesperación, la gente se echó al mar en busca de comida, y empezaron las guerras y las hambrunas, se cerraron las fronteras, se cortaron las

comunicaciones y todo se vino abajo. Al final empezaron a distribuir carnets de identidad a todo el mundo, a las chicas no se les permitía salir a la calle y los chicos tuvieron que aprender a luchar.

Mamá nos ocultó todo lo que pudo, más de lo que habría debido. Cada lunes por la mañana iba a las colas de racionamiento en el centro de la ciudad. Shey la abrazaba y le decía que fuera con cuidado, y yo me distraía sentándome junto a la ventana y contemplando el cielo, que pasaba de un azul acuoso a un amarillo pálido a medida que iba consumiéndose el día. Mamá había conseguido que alguien falseara nuestras fechas de nacimiento en los documentos y se pasaba horas en la cola, con un cuchillo oculto bajo la cinturilla de sus viejos vaqueros por si se encontraba con algún problema. Cuando volvía a casa compartía con nosotros lo que hubiera conseguido. Pan, normalmente, y pasta; hacía meses que no veíamos la leche ni la carne. Shey estaba creciendo muy rápido, y mamá solía dejarse el plato a medias, diciendo que ya no tenía hambre, y se lo pasaba a Shey, aunque yo veía claramente que tragaba saliva en un intento de engañar al cerebro para convencerse de que estaba llena.

A veces le preguntaba cómo era el mundo antes del colapso, pero ella me decía que no se acordaba; solo sabía lo que le habían dicho sus padres, y yo le pedía que me contara esas historias una y otra vez para intentar comprender mejor el mundo. Cuando tuvimos edad suficiente, nos enseñó a leer, tal como le habían enseñado a ella sus padres. Teníamos que esconder los libros si no queríamos que la milicia se los llevara y los quemara: estaban decididos a evitar que la gente pensara demasiado. Nosotros habíamos leído los que teníamos ocultos en casa mil veces antes de que Ruth, la vecina, nos diera otros. Ruth era muy mayor, demasiado para trabajar, y le habían reducido el racionamiento al mínimo. Además, estaba sola.

Mamá solía ayudarla, y a cambio ella le dio esos libros.

El mejor era una enciclopedia. Mamá arrancó las páginas del volumen y empapeló con ellas las paredes interiores de la casa. Imágenes de océanos y bosques, y de unos animales que no podía creerme que hubieran existido. Como los camaleones, capaces de cambiar de color, o esas mariposas que podían cruzar la Tierra entera volando. A veces cogía una linterna para proyectar sombras en las paredes con las manos y nos contaba historias de colibríes que tenían las alas de un verde iridiscente, y de esas cosas llamadas arrecifes de coral, abarrotados de coloridos peces de todos los tamaños, y de aquellos bosques submarinos que se agitaban con las olas. Nosotros observábamos las imágenes en la oscuridad, desde nuestras camas. A veces intentaba contarnos algo sobre lo mucho que se había enfadado cuando habían creado los campamentos y los militares habían tomado el control, y de pronto se echaba a llorar; Shey se disgustaba y apartaba la mirada, y yo le rodeaba la cintura a mamá con los brazos y sentía cómo le cambiaba el humor, de un cálido naranja margarita a un verde fangoso.

La mayoría de las chicas llegaban a este lugar a los once años. Yo conseguí pasar trece años con mamá y con Shey; más que nadie. Setecientos treinta días más, para ser precisos.

Recuerdo que solía preguntarle: «Mamá. ¿Por qué? ¿Por qué no hicieron nada? ¿Antes de que muriera la última abeja, antes de que cambiaran las estaciones?». Y ella se encogía de hombros. Me decía que quizá la gente pensaba que el mundo acabaría en un caos ensordecedor. Que pasaría algo dramático, como que la Luna se alejaría de su órbita en torno a la Tierra, o que caería una bomba y el mundo se llenaría de gritos. Supongo que no vieron el peligro en las cosas pequeñas. Pensaron que podían pasar por alto los susurros. No fueron capaces de ver que una hebra podía acabar

deshilachando un tapiz o que una sola abeja podía destruir el mundo.



Capítulo 2

—Jess, despierta.

Oigo la voz de Cass muy lejos, aunque la siento cerca. Me zarandea por los hombros, me tira del brazo. Está de pie junto a la litera, descalza y en camisón, y la miro con los ojos entrecerrados mientras se pasa el pelo por encima del hombro, como una cortina, y se lo peina con los dedos.

—Está a punto de sonar la campana —dice, frunciendo el ceño. Yo suelto un gruñido—. Venga, no seas perezosa.

Aún la veo borrosa; hago un esfuerzo para sentarme en la cama, pero me pesa el cuerpo. Me quedo ahí sentada, viendo cómo se peina con la mano, hasta que se gira y, dándome la espalda, se sienta en el suelo entre mis piernas y apoya la espalda en el duro borde de la litera. Sin decir palabra, me pongo a hacerle una trenza. Cada mañana empieza así: separando los mechones de pelo e intentando que no se me enreden entre los dedos mientras trato de recordar la forma en que le gusta: por encima y luego por debajo, por debajo y luego por encima.

A esa hora de la mañana, el dormitorio está casi en silencio, salvo por las exclamaciones entre dientes cuando a alguna le tiran

del pelo con demasiada fuerza o le deshacen un nudo. No hay reglas sobre el tipo de trenza, pero el pelo debe estar perfectamente recogido para que no moleste al trabajar. Aun así, las trenzas son cada vez más elaboradas, y se ha establecido una especie de competición entre algunas chicas. Dependiendo de la textura del pelo, hay trenzas clásicas, holandesas o francesas, estilos de diferentes culturas, y a mí cada vez se me da mejor. Algunas de las chicas tenían hermanas y hacen las trenzas más limpias. Cass inclina la cabeza hacia delante para facilitarme el trabajo cuando llego al final de la trenza y se la ato con un cordel.

Le toco los hombros, como hago cada mañana, para indicarle que he acabado, y, aunque ambas sabemos que tenemos que levantarnos, nos quedamos allí sentadas un momento, y no puedo evitar pensar que es el mejor momento del día. Simplemente esa tranquilidad, y el aire fresco de la mañana antes de empezar el trabajo, Cass y yo sentadas en silencio, ella con las blancas piernas extendidas hacia delante y las manos apoyadas en los muslos.

Suena la campana. Brusca. Estruendosa. Me revuelve el estómago, como cada mañana, y luego llega el zumbido del altavoz, con mensajes grabados de la milicia: «Cumple con tu deber. Trabaja duro. Estamos juntos en esto». Me levanto, me paso un mechón de pelo corto por detrás de la oreja, busco mi sudadera y me dirijo al final del dormitorio. En el barracón hay unas cincuenta literas, cien chicas por cada uno de los cinco edificios, y, pese a que llevo aquí ya algunos meses, no me acostumbro a la enorme cantidad de personas que hay, al parloteo incesante. Los techos son bajos y los barracones, estrechos y sofocantes. Las paredes están desnudas, salvo por unas cuantas lámparas que funcionan con energía solar, y hay tres sillas para que se sienten las Madres a vigilarnos. No es que sean madres: trabajan para el campamento, han pasado por el

sistema, conocen todos los trucos. Vienen cuando hacemos cola para lavarnos y se colocan en su sitio.

Madre Clement es la que vigila nuestra sección, y no entiendo cómo la presencia de una mujer tan menuda puede resultarnos tan pesada. Si fuera un color, sería un gris fangoso, espeso y pálido. Cuando se sienta, entrelaza los cortos dedos y encaja las piernas cruzadas bajo la silla. No sé qué pensé cuando llegué aquí, quizá había una parte de mí que creía que tal vez mostraran una mínima empatía, que la palabra «Madre» podría significar algo. Pero lo cierto es que hacen gala de una indiferencia inamovible, Madre Clement en particular. No hay nada en su rostro, ninguna emoción, ninguna expresión, e informa de cualquiera que se salga de la raya con una eficiencia despiadada. La primera vez que me vio, se fijó en mi pelo corto, decidió que no le gustaba y durante semanas, allá donde estuviera, la veía observándome. Sostengo mi trapo contra el pecho, me pongo detrás de Cass y apoyo la frente en la parte trasera de su hombro. De pronto me doy cuenta de cómo se le marcan los omóplatos, levanto la cabeza y le miro la espalda. Los huesos de la columna y del cuello son como una sucesión de nudos. Está más delgada y, por algún motivo, siento que debo apartar la mirada.

Ruth me dijo que cuando ella era niña había toallas de algodón blanco con las que podías envolverte el cuerpo, pero el algodón desapareció hace mucho tiempo. Es raro, decía, las cosas que echas de menos. Ella echaba de menos su primer y único trabajo, cuando era una jovencita. Estudió enfermería, trabajó en la comunidad; decía que solía charlar con la gente, beber té, e incluso echaba de menos la lluvia. Bueno, la lluvia normal, no los diluvios que caen ahora y que se llevan toda la tierra por delante.

También echaba de menos eso que llamaban funciones. El fin de semana iban a esos lugares que llamaban teatros, donde solían

representar cosas. Ese era el trabajo de aquellas personas, decía, inventarse historias y representarlas para otras personas. A veces, yo me sentaba en el suelo y ella me contaba las obras que había visto. Una vez también me enseñó un mapa que tenía desde niña. Había borrado algunos países —pintándolos de rojo—, pero se veía dónde estaban antes. Dijo que Tuvalu, las islas Salomón y Kiribati fueron los primeros en desaparecer cuando subió el nivel del mar. Luego los países más cálidos se volvieron inhabitables. Había millones de refugiados, y la comida no bastaba.

Intento no escuchar el golpeteo del comedor, en el edificio contiguo, mientras colocan el desayuno en bandejas. La rutina es la misma cada día: nos levantamos, nos recogemos el pelo, nos lavamos, comemos, trabajamos, comemos, nos dan unas horas para descansar al aire libre, luego nos lavamos otra vez y dormimos. Cass y yo vamos avanzando un paso de vez en cuando, a medida que las chicas van desapareciendo detrás del biombo, se quitan el camisón y la ropa interior, se lavan bajo las axilas y entre las piernas y, por último, se secan. El suelo está mojado y con el calor apesta. Veo desaparecer a Cass tras el biombo de los lavabos.

—Por mucho que te laves, nunca estarás limpia —me dice al oído una voz familiar.

Sé quién es. No me giro, pero siento cómo se me endurece el rostro. Como si una máscara me cubriera los ojos y la boca y se me congelaran los rasgos.

—Traidora —murmura.

Espero a que Cass acabe de lavarse y me pregunto si debería girarme. Observo que el volumen de las voces ha disminuido un poco, el parloteo se ha reducido; las demás se han dado cuenta de que pasa algo. Madre Clement no reacciona.

Charmian tiene una melena castaña que le llega a la cintura y

una piel olivácea que no se quema. Cuanto más guapa eres, más poder tienes y más apartan la mirada las Madres, que dejan que seamos nosotras las que nos ocupemos. Es extraño, pero, cuando Charmian entra en una habitación, lo notas antes incluso de verla, como si fuera una corriente de aire.

—Escoria.

Ahora siento el aliento de Charmian junto al oído. Un escalofrío de miedo me sube por el cuello y me enciende las mejillas. Cruzo una mirada con Madre Clement, que se gira y mira hacia otro lado. Lo más curioso es que sé lo que haría si se tratara de Shey. Si fuera Shey el que se metiera conmigo, me daría la vuelta y le asestaría un puñetazo. Le pegaría con fuerza, y probablemente él me devolvería el golpe y nos pelearíamos hasta que mamá se llevara una mano a la frente y nos preguntara qué demonios estábamos haciendo, pero luego volveríamos a ser tan amigos y se habría acabado todo. Pero ¿esto? ¿Aquí? Esto es diferente. Aquí no hay peleas justas; solo somos un grupo de chicas encerradas juntas por nuestra edad, y la desconfianza es generalizada. Cuando llegué, se me quedaron mirando el pelo corto, tan diferente al suyo; se reían cuando yo pasaba, cuchicheaban. Gracias a Dios que contaba con Cass.

—Escoria —susurra Charmian de nuevo, y justo en ese momento Cass sale de detrás del biombo, ve la escena y frunce el ceño.

—Tu turno —me dice despacio, mirando fijamente a Charmian para que sepa que la está observando.

Doy un paso adelante, y siento un dolor en el estómago por la tensión, el hambre y la rabia y, mientras empiezo a lavarme, noto que me tiemblan las manos y me enfado otra vez, pero no con Charmian, sino con mis manos, con mis estúpidas manos.

Ya no tengo hambre, así que espero a Cass en el camión. Veo que me busca con la mirada y levanto la vista en su dirección. Ella

viene y se queda a mi lado, arrastrando la larga falda por el suelo polvoriento, con la mitad de la cara oculta en la sombra que proyecta su sombrero de paja. Me mira y yo me limito a encoger los hombros; no quiero seguir pensando en Charmian. Hay veinte camiones, cada uno para veinticinco chicas, y encienden los motores, uno tras otro. Los guardias empiezan a lanzar gritos y se levanta un polvo rojo que recorre el campamento.

—Más vale que nos pongamos en marcha —dice Cass, y yo la sigo, con la garganta ya seca.

La primera vez que vi el campamento no podía hacerme a la idea de lo que veía. De sus dimensiones. Estaba de pie en el remolque del camión militar, apretujada entre todas las demás mientras lo recorríamos de punta a punta. Los cinco barracones interconectados formando un semicírculo, cada uno con sus baños, rodeados de un patio cercado para hacer ejercicio. Más allá estaban las dependencias de las Madres y la oficina central, rodeada por un muro de hormigón gris. Solo había dos puertas de salida, una a la carretera que llevaba a la ciudad y la que usábamos casi todos los días: la que llevaba a los cultivos.

Ese primer día me fijé en que las chicas se tapaban la boca con la manga y se agarraban el sombrero para que no se les fuera volando. A lo lejos vi el muro perimetral, con alambre de púas en lo alto; los soldados hacían rondas con la pistolera colgada del hombro. Lo más aterrador no fue el sonido de esas enormes puertas eléctricas, que levantaron aún más polvo rojo, sino el hecho de que los soldados gritaban y nos abucheaban. Aullaban como perros, y había algo en sus ojos que me hizo sentir muy pequeña. Recuerdo que me abrí paso como pude para colocarme en medio de las chicas y no tener que ver sus rostros al pasar. Después, las puertas volvieron a cerrarse y el camión siguió adelante un buen trecho, un

par de horas o más, bajo aquel calor abrasador. Mantuve la cabeza gacha, intentando desconectar para no oír las voces de las chicas, hasta que el camión paró en seco y un soldado dio un golpetazo en uno de los laterales con la culata de su pistola. No sabía qué estaba pasando, pero de pronto noté que había más espacio a mi alrededor y la multitud me empujó hacia la escalerilla de la parte de atrás. Intenté no tropezar al bajar los escalones. Y entonces levanté la vista.

Al principio, fue como si mis ojos no pudieran procesar todo aquello. O quizá sí pudieran procesarlo, pero mi cerebro no le encontraba sentido. Había filas de árboles que llegaban hasta donde se perdía la vista. Hasta el horizonte, árboles plantados en filas rectas, y un enorme sistema de riego automático en acción, porque el terreno estaba muy seco. Entre la calima vi a cientos de chicas subidas a escaleras, todas ellas frotando las flores con un pincel. Polinizándolas. Era como si me hubieran robado el aliento. Y recuerdo que me quedé allí parada, intentando asimilar aquella extraña escena, la inmensidad de lo que veía, hasta que la chica que tenía detrás me dio un empujón en el hombro y me hizo reaccionar. Seguí a las que tenía delante, que caminaban junto a la fila de árboles en la que se suponía que íbamos a trabajar, repartiéndose, a dos por árbol, hasta que llegó mi turno. La chica con la que quedé emparejada cogió una de las escaleras que habían dejado en el suelo para nosotras.

—Despierta, idiota —me espetó con los dientes apretados—. Coge una.

Obedecí. Cogí una escalera y la apoyé contra el tronco del árbol en el que íbamos a trabajar. Me subí. Me temblaban las manos, pero cogí el pincel que tenía en el bolsillo de mi delantal, donde debía guardarlo siempre, e imité a la chica con la que estaba trabajando.

Empecé a polinizar las flores, a mano. Trasladando el dorado polvillo de una flor a otra, una y otra vez, hasta que me dolió el brazo.

Cass me apoya la cabeza en el hombro mientras nos dirigimos hacia el sur. Probablemente sean manzanos otra vez. A veces son cerezos, a veces melocotoneros. No sé adónde va a parar la fruta. Yo creo que es para comerciar con otros países e intercambiarla por armas, alimentos y provisiones. Cass dice que hay que aislarse de todo el ruido, pero yo no consigo hacerlo. No del todo. He intentado no escuchar a los soldados del perímetro del campamento, el parloteo de las otras chicas, la rutina diaria, pero no es posible. No puedes hacerlo, al menos no si eres capaz de imaginarte algo que no sea esto.

El camión se para y despierto a Cass, que se ha dormido sobre mi hombro. Las chicas se ponen en marcha, de dos en dos. Yo me sitúo detrás de Cass para que podamos trabajar juntas. Bajamos los escalones y avanzamos por la línea de árboles. Cass se para y agarra una escalera; yo hago lo mismo, tal como hemos hecho tantas veces.

No sé cuándo me di cuenta, pero no pudo ser mucho después de aquel primer día. Aunque ahora me parezca curioso, recuerdo que pensé que me transmitía cierta paz estar allí subida, sintiendo aquella fragancia entre las flores blancas. Que, si aquello era lo que tenía que hacer, tampoco estaba tan mal; y luego me giré y vi la fila de árboles que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y comprendí que aquella iba a ser mi vida hasta que fuera yo la que pudiera dar fruto, tener un hijo, y que mi vida y mi cuerpo ya no me pertenecían.



Capítulo 3

La tierra se te mete por todas partes. Se te mete en los ojos, en el pelo, en los pulmones. Se te queda pegada aun después de que te hayas lavado. A veces me siento como si estuviéramos convirtiéndonos en polvo. Cass ya se ha lavado, se ha soltado el pelo y se ha puesto su Segundo Vestido. Está tendida en su litera, descalza, en silencio. Yo me pongo mi Segundo Vestido por la cabeza, sintiendo la pesadez del silencio de Cass sobre mi cuerpo. Todos los vestidos son iguales: hasta el suelo, de cuello alto, con mangas largas. Nada que deje a la vista ninguna parte de nuestro cuerpo; es por nuestra seguridad, dicen. Los Primeros Vestidos son de trabajo y de cuadros marrones, y los Segundos Vestidos son grises, ambos de un material parecido al nailon. Todos tienen una zona de hebras sueltas sobre el pecho, donde han cosido y descosido las etiquetas con los nombres de las chicas que han ido pasando por aquí.

—Más vale que nos demos prisa —digo, y observo que Cass se queda estirada un poco más.

Alargo una mano con gesto vacilante y le toco el brazo, y saca las piernas fuera de la litera.

El Salón de Asambleas es la estancia más grande del campamento, y tenemos que ir cada dos semanas para oír las últimas noticias sobre la polinización y para las ceremonias. El suelo es de hormigón, hay barrotes en las ventanas, una especie de tarima y, en la pared de la izquierda, un retrato del general Porter, con su rostro bronceado y una mueca petulante. Ruth solía decir que cuando iban al colegio también celebraban asambleas, con rezos, música y cosas así, pero ahora no hay nada de todo eso. Las escuelas cerraron antes de que naciera mamá. Encontramos al resto de las chicas de nuestra edad y formamos junto a ellas. Las más pequeñas comen antes que nosotras, están en barracones diferentes, salen a polinizar juntas. Esta es una de las pocas ocasiones en que las vemos. Están en las primeras filas, y la altura va aumentando hacia las filas de atrás. Cuando las quinientas chicas estamos en el salón, siempre tengo la impresión de que falta el aire. Los guardias toman posiciones en las entradas. Miro a mi alrededor. Ninguna tiene más de dieciséis años.

El Padre Renatus aparece en el estrado entre aplausos. Cuando lo veo me estremezco y siento un nudo en la boca del estómago. Lo curioso es que no parece el tipo de hombre capaz de dirigir un campamento como este. Parece bastante joven —no debe de tener más de treinta y cinco años—, es de movimientos ágiles y tiene la piel brillante. A veces las chicas nuevas se ruborizan al verlo, pero a mí me parece el tipo de hombre que busca el poder imponiéndose a los más débiles.

Como siempre, tenemos que manifestar nuestra lealtad al general con la mano en el corazón, y como siempre muevo la boca, pero sin pronunciar las palabras, aunque me las sé de memoria: «Prometo que dedicaré mi vida al servicio de la comunidad». Intento no escuchar el murmullo de las chicas a mi alrededor; he aprendido

incluso a no articular las palabras correctamente para evitar que se me graben en el cerebro. «Entregaré mi trabajo, mi cuerpo y mi vida, y mostraré una obediencia incondicional al general Porter mientras viva». Cuando vuelve a hacerse el silencio me siento aliviada.

—Me alegra informar de que estamos progresando bien en todas las zonas. El porcentaje de fruta obtenida tras la polinización está en los niveles esperados. Haremos un nuevo control dentro de un par de semanas y ajustaremos la distribución según haga falta, así que gracias por vuestro duro trabajo.

La última parte de la frase la pronuncia casi sin voz, lo que revela que lo dice por costumbre, no porque lo sienta, y que ya está pensando en el siguiente punto. Baja la vista y mira a las más pequeñas.

—Bueno, después de las formalidades, lo primero que tenemos que hacer es dar la bienvenida a las niñas nuevas.

Se oye algún aplauso, sobre todo procedente de las que están más cerca de los guardias.

—Estoy seguro de que seréis muy felices aquí, y de que os esforzaréis en portaros bien.

Yo no puedo evitar una mueca, y Cass me da un codazo en las costillas.

—Ahora debéis cumplir con vuestro deber y trabajar duro. La polinización es una labor muy importante. Es esencial que mantengamos los campos polinizados para poder dar de comer a nuestras comunidades y que así se mantengan sanas y preparadas para el futuro. No hace falta que os recuerde que en este campamento somos un equipo, y que hacemos todo lo que podemos para nuestra ciudad en un entorno muy hostil. En el pasado se cometieron errores, se pensó en los beneficios antes que en la

gente, hubo injusticias, los que tenían dinero e influencias se corrompieron y la tierra pagó el precio; de hecho, lo pagamos todos. Por eso, aprenderemos de los errores del pasado y construiremos un nuevo mundo juntos en el que pondremos a las personas por delante y priorizaremos la igualdad y la justicia. Ahora todos tenemos que hacer sacrificios: vosotras, las Madres que os cuidan y, por supuesto, yo mismo. Esto lo hacemos los unos por los otros, como una familia.

Sin darme cuenta me clavo las uñas en las palmas de las manos; sus palabras resultan tan empalagosas ahora como la primera vez que las oí.

Luego se gira y hace un gesto con la cabeza a la Madre situada a un lado del estrado. Siento que Cass se tensa, y en ese momento unas cuantas chicas de unos diecisiete años suben al estrado. Todas visten igual, pero esta vez llevan unos vestidos especiales, de un azul más intenso que el del cielo, algo verdoso. Llevan el pelo recogido en colas de caballo no muy apretadas. Pero, aunque vistan todas igual, las diferencias son evidentes. Algunas tienen los hombros caídos, y se las ve aterradas. Otras disfrutan de su momento de gloria y otras tienen un gesto desafiante en el rostro.

—¿Podemos dedicarles unos aplausos, por favor?

Se oyen unos aplausos y algunos gritos, algunas de ellas se balancean, alternando el peso de una pierna a la otra. Entonces llega la silla.

—Todas estas chicas son ya mujeres: se les han asignado maridos basándose en la compatibilidad de su fertilidad, y ya están legalmente casadas. Felicitémoslas ahora que van a cumplir con su deber como esposas y madres.

El ruido disminuye en el momento en que se llevan a una de las chicas a la silla y le presionan los hombros para que se siente. Ya sé

lo que viene ahora, lo he visto muchas veces, pero siempre me impresiona. La indiferencia de las Madres, los tensos murmullos en la sala. La chica sentada mira a todas partes y luego una de las Madres se sitúa a sus espaldas, coge las tijeras que lleva en el delantal, recoge la larga melena de la chica enroscándosela en torno a la mano y empieza a cortársela. La chica se tapa el rostro con las manos, entre tirones, hasta que se completa el proceso a toda prisa. Luego la Madre arroja el pelo a una cesta junto a la silla y tira de la chica para que se levante, dando paso a la siguiente. La chica se queda de pie, temblando, expuesta ante el público, mirando su pelo. Sintiendo la diferencia de peso en la cabeza.

Cass tiene casi un año más que yo y sabe que no le queda mucho tiempo, ya que está a punto de cumplir catorce. Por eso siempre está muy callada antes de las asambleas. Ruth decía que, cuando ella era joven, las chicas empezaban a tener el periodo mucho antes, hasta que empezó a escasear la comida. Es casi como si nuestros cuerpos se negaran a traer niños a este mundo. Cass probablemente empiece pronto, y, si no le llega el periodo, es igual de malo. Las mujeres que no pueden tener bebés quedan apartadas, o algo peor; al fin y al cabo, no son más que una boca inútil que alimentar.

Observamos cómo las chicas van perdiendo su melena, una tras otra, para que sirvan de ejemplo, como si ese fuera un ideal al que las niñas más pequeñas deberían aspirar, y siento que me estoy poniendo enferma. El calor, y el sonido de las tijeras cortando el pelo. La mueca de satisfacción de la Madre cuando se sienta una chica con una bella melena rizada, su gesto cuando da el primer corte, la forma en que la tira a una nueva cesta. Veo a una niña de la primera fila que se agita, intranquila, y levanta la barbilla. Se me revuelve el estómago, pero por fin acaba todo.

Agarro a Cass del brazo y salimos del salón. A las nuevas graduadas se las llevan; algunas de ellas están llorando. Serán «libres» de marcharse cuando sus nuevos maridos vengan a buscarlas, les darán boletos extra de racionamiento cuando estén embarazadas y las animarán a que tengan familias numerosas para contribuir a la comunidad. Por fin salimos por la puerta y sigo a Cass al patio de ejercicios, donde nos dejarán pasar el rato hasta la hora de acostarnos. Nos dirigimos hacia la valla perimetral, donde solemos sentarnos. Ya casi hemos llegado cuando Cass me agarra de la mano y me mira.

—¿Cass? ¿Qué pasa?

—No puedo respirar —me dice.

Está pálida, le tiemblan las manos. Parece aterrada.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo respirar —repite.

Le cojo las manos y la miro fijamente a los ojos.

—No pasa nada.

Ella niega con la cabeza.

—No es más que un ataque de pánico, intenta respirar.

—No veo nada, todo está borroso —dice, jadeando, con lágrimas en los ojos.

—Respira despacio…

—No sé qué me pasa.

Estira la mano, cae de rodillas y me arrodillo con ella, presionando el pecho contra el suyo.

—Respira conmigo, solo cuando yo respiro.

Noto que intenta sincronizar su respiración con la mía, aspirar y espirar, aspirar y espirar, un minuto más o menos, hasta que empieza a relajar los hombros. Deja caer el cuerpo un poco y la rodeo con el brazo.

—¿Ya ves bien?

Asiente, con los ojos llenos de lágrimas.

—Necesito saber que nos están cuidando. Lo están haciendo, ¿no? —pregunta, casi sin aliento.

Algunas chicas se acercan, supuestamente para ayudar, pero es más bien para ver qué pasa, así que me las quito de encima con un movimiento del brazo y una mueca. Escucho la respiración de Cass.

—¿Jess? —insiste.

Ojalá pudiera responderle. Cuando llegué, me llamó la atención su confianza, su fe, su forma de creer en el sistema. A veces era como si detectara mi escepticismo y quisiera saber el motivo. Como si quisiera saber más, pero al mismo tiempo tampoco quisiera oír hablar de ello. Era como si se estuviera arrancando una costra, preguntándose todo el rato qué pensaba yo realmente, convencida de que mi respuesta no le iba a gustar.

—No pasa nada. Ahora respira —le susurro para intentar distraerla.

—Ojalá pudiéramos ir a algún otro sitio.

Espero a que se le calme la respiración, y al final acaba apoyando la cabeza en mi pecho, agotada, y nos quedamos allí sentadas un buen rato. Miro al otro lado de la valla, en dirección al alto muro que rodea el campamento. Las sombras empiezan a alargarse, la silueta de la reja de alambre se va extendiendo por el suelo de tierra seca y a lo lejos oigo el leve murmullo de los coches con altavoces que recorren la ciudad anunciando otra noche de confinamiento. Asegurándose de que todo el mundo esté en casa.

—¿Sabes? Una vez leí un libro en el que un niño encontraba otro mundo atravesando el fondo de un armario —le digo en voz baja—. En el otro lado había una reina de la nieve.

Cass guarda silencio un momento.

—Y un león, un precioso león con una enorme melena.

—No sé por qué se molestó tu madre en enseñarte a leer —murmura Cass—. Todo eso es tan artificial… Pero me alegro de que lo hiciera.

Sonrío y le acaricio la cabeza. Está oscureciendo. El cielo se está tiñendo de un peligroso color rojo azulado. También hace más frío, y algunas de las chicas se van ya a la cama. Las veo alejarse.

—¿Puedes imaginarte la nieve? ¿Ese frío? —le digo sin alzar la voz.

Sé que ambas estamos intentando imaginárnosla, en silencio. Con los dedos le deshago un nudo de uno de sus mechones de pelo.

—¿Qué… qué otras cosas leíste? —me pregunta casi en susurros. Se nota que aún tiene la nariz tapada. Le veo las manchas de la piel del rostro.

—Había un libro sobre una casa enorme con un jardín secreto. Y un petirrojo. Era una especie de pájaro marrón con el vientre de un rojo encendido…

Cass suelta una risita contenida.

—Eso no puede ser real… —dice, incrédula.

—Sí, sí que lo era. Había petirrojos con el vientre colorado, y este ayuda a una niña a encontrar la llave de una puerta, y a través de la puerta accede al jardín secreto más bonito del mundo. Y hay pájaros, y árboles, y sombras donde ponerse a cubierto, y todo es verde, frondoso y mágico.

Ahora Cass tiene la mirada perdida.

Me encojo de hombros.

—Quizá haya uno aquí, y no lo sabemos.

Ahora sonríe, y de pronto suenan las campanas. Sé que no quiere moverse, y yo tampoco. Nos quedamos allí tanto rato como podemos, esperando hasta que todo el mundo se marcha, y luego la

ayudo a ponerse en pie y dejo que se apoye en mí. Volvemos al barracón, ambas pensando en qué otros mundos podría haber.



Capítulo 4

Cass aún tiene los ojos hinchados de tanto llorar. Debía de parecer cansada esta mañana, porque Deva le ha dado más desayuno de lo habitual, y le ha deslizado algo más de pan en la bandeja. Yo la he estado mirando mientras comía, pero era evidente que no tenía hambre. Le he acercado sus pastillas, esas vitaminas sintéticas que nos dan para compensar el hecho de que ya no podemos obtener de la comida todo el alimento que necesitamos.

Subimos al camión y, por primera vez en un tiempo, hay asientos libres, así que le tiro de la mano y nos sentamos. Cass apoya la cabeza en los barrotes del camión y cierra los ojos antes incluso de ponernos en marcha.

Hoy vamos al norte, y yo siempre he preferido ese lado. En realidad no hay diferencia, por supuesto; el terreno está tan desierto como en todas partes y el calor es igual de insoportable. Pero por algún motivo aquí me siento más cerca de la libertad. Hay otra ciudad a unos cientos de kilómetros, pero más allá nadie sabe qué hay. Mamá me dijo que había oído rumores de que siguiendo hacia el norte se llega a un terreno que ha resistido mejor. Para empezar, hace tanto frío que algunas especies han sobrevivido, y *aún*

sobreviven.

La mano se me va al regazo y al delantal, al pincel que llevo siempre en el bolsillo, y dejo volar la mente, pensando en Ruth y en las historias que me contaba de su padre, que tenía colmenas de abejas. Me explicaba que, cuando era pequeña, lo seguía cada día rogándole que le explicara cosas, hasta que él cedía y empezaba a enseñarle. Y luego ella pintaba esas imágenes con palabras: el sol de finales de verano, suave, no hiriente, y el olor de la colmena cuando la abrías. Cuando yo era pequeña, dibujaba abejas, y ella me las hacía repetir una y otra vez hasta que estaban perfectas.

Nunca lo había pensado, hasta que empecé a polinizar flores, pero Ruth me dijo que las abejas podían visitar hasta cinco mil flores al día, cinco *mil*. En un verano, una colmena podía polinizar millones de flores. He pensado mucho en ello desde que empezamos. Al principio los brazos me dolían mucho, el izquierdo de agarrarme a la escalera todo el día y el derecho de pasar el pincel. Por la noche los tenía siempre entumecidos, con agujetas, y me despertaba sin poder moverlos. Ahora noto que he ido ganando fuerza, y que los dedos se me han acostumbrado a sostener el pincel. También he ganado en equilibrio, y las rodillas no me duelen tanto de apoyar el peso en el travesaño de la escalera, pero somos lentísimas. Somos lentísimas aunque trabajemos todo lo rápido que podemos. Las flores duran muy poco tiempo, y las hileras de árboles son interminables. No sé qué se supone que deberíamos hacer, pero desde luego no es esto. Somos demasiado grandes, las ásperas ramas nos rascan la cara, nos arrancan el sombrero de la cabeza. Sí, nuestros pinceles hacen el trabajo, pero muy torpemente.

Ruth me dijo que, aun con todo ese trabajo, una abeja solo producía un cuarto de cucharadita de miel en toda su vida. Una vez le pedí que me describiera el sabor de la miel y ella se rio, me

alborotó el pelo con la mano y me dijo que era como algo dulce y amargo a la vez, cargado de tormentas y tristeza. Que era un sabor que parecía buscar la vida, igual que las abejas buscaban las flores, que eran como una parte externa de ellas mismas. Intenté imaginármelo del único modo que sabía, pintando un retrato de ella con las flores abriéndose en su boca, y ella se lo colgó en la pared del dormitorio. Luego me mostró una imagen de una abeja saboreando el néctar en una flor, con el cuerpo cubierto de un polvo dorado. El caso era, sin embargo, que la abeja se llevaba algo, una recompensa por su trabajo. Era una relación en la que ambas daban y recibían. No sé qué obtenemos nosotras.

El camión pasa por un bache, y el golpe despierta a Cass; yergue la cabeza y piensa que ya hemos llegado. Le sonrío, y su pánico se disipa y vuelve a relajarse. Mira hacia fuera.

—Hay humo —dice en voz baja. En el aire flota una niebla intensa.

Miro en dirección a la ciudad. Últimamente ha habido más incendios. Más revueltas, protestas por el racionamiento y por el agua, y porque los soldados apalean a la gente por las cosas más insignificantes. El humo a veces flota hasta llegar al campamento y las sirenas horadan la noche como el filo de un cuchillo.

—Quizá sea algo bueno —sugiero—. Una señal de que la gente ya se ha hartado, de que las cosas van a cambiar.

Pero Cass no parece convencida.

A Cass no le gusta hablar de eso. No le gusta hablar de nada que no sea el presente, y lo entiendo. Es como si hubiera levantado una valla para dejar fuera ciertas cosas, y, cada vez que hablo de algo de fuera del campamento, lo pasa mal. Ni siquiera sé por qué sigo sacando esos temas, pero no puedo evitarlo. Es como si me diera energía; la idea de que pueda haber una revolución me hace

sentir más viva.

—Desde luego va a peor —le digo a Cass—. El humo; últimamente es día sí, día no.

El sonido de una risa socarrona nos interrumpe, y veo que las chicas que tenemos cerca se mueven en sus sitios.

—Esta noche vamos a divertirnos… —Es Charmian—. Vamos a organizar una competición.

Yo fijo la vista en el horizonte. Cass no sabe dónde mirar.

Charmian me escruta el rostro, noto su mirada clavada en mí.

—¿Vosotras dos vais a participar? Venga…, ¿qué decís? ¿O vais a aguarnos la fiesta?

El conductor frena de golpe, y Charmian está a punto de caer sobre mí. Me la quito de encima de un empujón y suelta una carcajada.

—Oh, perdona, no te había visto —exclama mientras las otras chicas se ríen detrás de ella.

Cass me agarra del brazo, lo que supone una señal para que deje bajar primero a Charmian. Me quedo inmóvil, de pie, con la mandíbula tensa, mientras ella se abre paso a empujones.

—No pasa nada —dice Cass en voz baja. Yo querría creerla.

Ha empezado a soplar viento, lo que dificulta la polinización. Levanta polvo del suelo, y se corre el riesgo de que el polen salga volando, lo que hace que la polinización sea más irregular. Cass y yo nos ponemos al trabajo, con el sombrero bien calado para que el borde nos quede justo por encima de los ojos. Odio cuando tenemos que hacerlo, porque así no nos oímos la una a la otra. Ni siquiera podemos vernos. Cuando hace buen tiempo, tenemos un juego: metemos la cara entre las flores y las hojas, como si fueran el marco de un retrato, y ponemos caras raras. Hoy solo existen el calor, el viento y la sequedad, y me está afectando a los ojos. Me pregunto

hasta cuándo nos tendrán aquí fuera con este tiempo.

Las estaciones ya no existen. La polinización a pincel se prolonga casi todo el año y, cuando no haya trabajo fuera, Cass dice que hay invernaderos. Kilómetros y kilómetros de invernaderos, con luz solar artificial. Ahí es donde nos llevarán los otros meses del año. Hoy el trabajo es muy lento, porque las flores se mueven, cosa que nos dificulta el acceso al polen, y cuando levanto la mirada veo que Cass se ha detenido un momento.

Parece asustada; está sobre el último travesaño de la escalera, agarrándose con ambas manos.

—¿Cass?

Mi voz se la lleva el viento.

Miro al guardia más cercano, que lleva el fusil colgado a la espalda. Él también se ha dado cuenta y está mirando en nuestra dirección. Espero un momento.

—¿Cass? ¡¿Cass?!

Empieza a bajar por la escalera.

—Cass, ¿qué estás haciendo?

A medio camino resbala, se pisa el borde de la falda con el tacón, tropieza y cae al suelo. El corazón se me encoge en el pecho y suelto el pincel. Bajo por la escalera a toda prisa, sin pensar, y rodeo el tronco del árbol. Veo que el guardia se acerca.

Cass está respirando raro otra vez.

—¿Cass? ¿Es lo mismo de anoche? —le pregunto. Ahora estoy de rodillas, agarrándola de los brazos.

Ella asiente.

—Respira conmigo, respira conmigo, Cass. No pienses en nada más.

Una sombra se cierne sobre nosotras.

—¿Qué pasa aquí?

El guardia debe de tener unos diecisiete años, el pelo oscuro, el rostro moreno. Tiene el uniforme manchado de polvo.

—Está bien —le digo.

Cass levanta la vista y se me queda mirando sin pronunciar palabra.

—¿Necesita un médico?

—¡NO! —grita Cass, que intenta ponerse en pie.

—No pasa nada —le digo mirándola a los ojos para tratar de tranquilizarla. Luego me giro hacia el guardia—. Necesita agua, eso es todo.

El guardia se pone en cuclillas y observa a Cass un momento. Siento su cercanía, la punta de su fusil casi me toca el rostro. Luego echa mano de su cantimplora y se la tiende. Ella me mira y yo asiento. Cass bebe, respira y vuelve a beber. Ahora que lo tengo más cerca, parece aún más joven, no mucho mayor que Shey. En el uniforme lleva una etiqueta cosida con su nombre. O'Brien. Aprieto los dientes y aparto la mirada.

—Hoy es duro, ¿eh? —comenta en voz baja.

Querría gritarle, pero me contengo. Aun así, se me escapa una risita amarga. Él me mira, aparentemente dolido.

—¿No le iría bien sentarse un rato en el camión? —pregunta.

—No, no hace falta —digo yo—. Está bien.

Me pongo a tirar de ella y me siento aliviada al ver que se pone en pie.

—Ahí estará segura —insiste.

Yo me paso el brazo de Cass sobre los hombros y echo a caminar, esquivándolo.

—Está bien —insisto, con una voz algo más fuerte de lo que pretendía.

Él asiente y vuelve a tapar la cantimplora. Se queda mirando el

suelo y da la impresión de que quiere marcharse.

—Esto tampoco lo he escogido yo —dice en voz baja, y no sé qué responder. De pronto, me recuerda a Shey más de lo que me gustaría. Parece que quiere decir algo más, pero no lo hace. Se da media vuelta, vuelve a cargarse el fusil a la espalda y se aleja.



Esta noche se oye menos ruido. Después de un día como el de hoy, todas estamos más cansadas, más apagadas. Es como si el viento se nos hubiera llevado la energía y las ganas de charlar. Deva ha comido con nosotras, ya que hemos sido las últimas, antes de volver a la cocina para limpiar. Luego Cass y yo hemos salido, hemos ido a nuestro sitio y nos hemos sentado con la espalda contra la valla.

Distraída, paso el dedo por el polvo rojo del suelo y escribo mi nombre con una caligrafía ensortijada, tal como me enseñó mamá. Cass me mira. Se oye algo de jaleo junto a la puerta del barracón; está pasando algo, pero aquí estamos a salvo.

—No se parece a nada —dice Cass—. Son solo formas.

Esbozo una sonrisa, le cojo la mano y le aprieto los dedos para que los recoja y deje solo el índice extendido. Escribo «Cass» con su dedo, en el polvo, junto a mi nombre.

—¿Eso qué significa?

—Eso eres tú —respondo mientras le suelto la mano—. Cass.

Sonríe.

—C… A… S… S…

Intenta copiarlo debajo, y yo la observo. Se concentra mucho y, aunque la A le ha quedado algo irregular, sonrío.

—Bueno…, ¿y qué se siente?

—¿Qué quieres decir?

—Al leer.

Me encojo de hombros.

—Es como… —No encuentro las palabras, y frunzo el ceño—. Es como vivir cien vidas.

Cass me mira y abre aún más los ojos.

—Es como si pudieras ver, oler y sentir cosas que nunca pensabas que sentirías. —Noto una presión en el estómago cuando pienso en ello, esos nervios que te atenazan cuando hablas de cosas que te gustan de verdad—. Puedes ser algo más, ¿entiendes?

Cass parece confusa.

—Supongo.

Resoplo y me froto las manos para quitarme el polvo de los dedos. Miro al suelo un momento.

—Mamá… —Intento mantener la voz firme, controlarla—. Mamá decía que se dio cuenta de que el mundo se acababa no cuando empezó la hambruna o cuando vio a los refugiados, sino cuando empezaron a quemar los libros.

Cass me sonríe y de pronto aumenta el alboroto en el extremo opuesto del patio. Levanto la vista. Cass también. Al otro lado de la valla se han reunido unos cuantos guardias que, en lugar de dar la espalda al campamento, como suelen hacer, observan lo que sucede. Se oyen las carcajadas de las chicas y la inconfundible voz de Charmian.

—Es un cuatro, sin duda —dice entre risas.

Señala a una chica, Maisie, creo, y todas se sitúan a su alrededor.

—¿Qué están haciendo? —susurra Cass.

—No lo sé —respondo mientras me pongo en pie. Cass también se levanta y se sacude el polvo del vestido—. En cualquier caso, es hora de irse a la cama.

Esquivamos al grupito, intentando no mirar, pasar desapercibidas, pero veo un rostro familiar al otro lado de la valla: O'Brien. A diferencia de los otros guardias, está de espaldas a la valla, como es de rigor, pero lo reconocería en cualquier sitio. Y de pronto oigo su voz, como un hachazo. Brutal. Cortante.

—¡Jess! ¡Los chicos dicen que soy un diez sobre diez!

Algunos de los guardias se ríen, y yo me paro de golpe.

—Vamos —le digo a Cass en voz baja.

Echo a andar, con Cass a mi lado, pero veo, horrorizada, que Charmian se abre paso entre la gente y me tira del brazo. Lo agito, furiosa, intentando quitármela de encima. Empiezan los cánticos:

—¡Jess! ¡Jess! ¡Jess!

—Venga, Jess, no es más que un juego, no seas aguafiestas… Queremos conocerte un poquito más. Ya llevas aquí bastante tiempo. ¿No quieres hacer amigos?

Tira de mí con más fuerza, arrastrándome, y de pronto me veo rodeada. Siento las mejillas encendidas. Da un paso atrás, con un brillo perverso en los ojos. Está encantada.

—¡Venga! ¿Qué os parece? —le pregunta a su público—. No tiene muchas curvas.

Todos se ríen.

—¡Es una tabla! No sé cómo lo va a hacer para tener hijos.

De pronto solo veo un mar de rostros que me rodean mientras algunas de las amigas de Charmian agarran a Cass, que está pálida, aterrada.

—Tiene la cintura demasiado ancha, no tiene formas.

Intento moverme, pero es como si me hubiera quedado pegada al suelo.

—Demasiado blanca, seguro que si la pones al sol no hace más que ponerse roja y de mal humor.

Más risas. Ahora los chicos también gritan.

—¿Y qué hay de la mitad superior?

Los guardias aúllan, desbocados.

Siento perfectamente el latido de mi corazón; me duele, me duele mucho.

—Ahí no hay nada. —Las risas aumentan de volumen—. ¡Y mirad ese pelo! —Charmian se pone a dar vueltas a mi alrededor. De pronto, las chicas se callan, y ella vuelve al ataque, con una voz más melosa y cruel—. Un pelo feo, de traidora.

Se detiene y luego camina hacia mí con una extraña sonrisa en el rostro.

—Es el pelo de alguien que se creía mejor que nosotras. Alguien que pensaba que podíamos quedarnos aquí, dejándonos la piel trabajando, mientras ella huía… Es el pelo de una egoísta. Un pelo que dice: «Yo hago lo que quiero». Lo gracioso es que, aun así, aquí estás, con todas nosotras. ¿No, Jess?

Deseo darle un puñetazo, un puñetazo bien fuerte. Es casi un reflejo que me cuesta controlar, pero sé que eso es lo que busca.

—Una chica que no quiere trabajar, que no quiere tener niños… Yo diría que es un cero. ¡Un cero rotundo!

Suena la campana. Fuerte. Y, por primera vez, me alegro de oírla.

—¡Un cero total!

Charmian se ríe y sigue mirándome mientras todos los demás se alejan. No quiero darle la satisfacción de pensar que me ha herido, así que me la quedo mirando fijamente hasta que vuelve a soltar otra carcajada y entra en el barracón. Todos los demás se van, aunque no es que los vea; no veo nada más que un mar de colores borrosos. Cass se me acerca; tiene marcas rojas en las muñecas, por donde la han agarrado. No tiene que decir nada, se limita a

abrazarme fuerte, tanto que me deja casi sin aliento. Hasta que los guardias empiezan a gritarnos.



Capítulo 5

—¡Para! —le grito a Shey—. ¡Vuelve!

Está corriendo por la calle y se gira a mirarme por encima del hombro. Se ríe y yo no puedo atraparlo porque tiene las piernas más largas. Estamos jugando a pillar, y él se esconde detrás de una casa en ruinas. Corre muy rápido, y no sé muy bien adónde ha ido. El pelo me cae sobre el rostro, me lo aparto y de pronto lo veo entrando a la carrera en una casa vacía, así que lo sigo. Tengo la mano en el marco de la puerta, respiro agitadamente. Lo busco, pero no hay más que escombros en el suelo. Las paredes están desconchadas y debajo de la pintura asoman los ladrillos; veo otra puerta. Me acerco despacio…

—¡Shey! ¡No te escondas!

No hay respuesta.

—¿Shey? Esto ya no tiene gracia.

Oigo una respiración, así que me acerco cada vez más a la puerta y veo a alguien en el suelo, vestido de uniforme militar. Le han disparado, y tiene los dedos azules, la boca abierta. Es Shey…

Me despierto jadeando. El viento golpea contra el barracón. No puedo respirar. Salgo de la cama y me pongo en pie. No quiero estar

debajo de la litera de Cass. Me clavo las uñas en la palma de la mano. «Estoy bien, estoy bien», me digo. No era más que un sueño. Intento concentrarme en respirar para calmarme, pero el aire es caliente, y siento como si me ahogara.

Todo está en silencio, todas las demás duermen. Intento concentrarme en las líneas del suelo. Sé dónde estoy. Me acerco a la ventana.

Es como si todo el mundo se estuviera moviendo, el viento aúlla, y veo cientos de papeles que revolotean en el cielo, arrastrados por el vendaval, y de pronto vuelvo a tener cuatro años y veo a mamá saliendo a la calle para recoger todos los que puede. La veo corriendo de aquí para allá, cogiéndolos y metiéndolos en casa, donde les damos la vuelta y los usamos para practicar nuestra caligrafía. Cada vez que se registraban revueltas, enviaban un helicóptero a sobrevolar la ciudad y llenaban la ciudad de imágenes del general Porter, intentando que su rostro llegara a todos y a todas partes. Tras acabar con las clases del día, mamá dejaba que Shey y yo nos quedáramos algunos de los papeles sobrantes: él hacía aviones de papel, mientras que yo me encerraba en mi habitación y dibujaba en ellos con el lápiz, evadiéndome, dejando atrás la casa, la ciudad y el mundo en general. Ahora, al mirar al exterior, me doy cuenta de que últimamente habrán tenido que soltar muchos folletos.

Ruth contaba que, cuando era pequeña y había tormenta, era de lo más emocionante. Ni siquiera puedo imaginarlo. Decía que no se daban con frecuencia, solo cuando hacía mucho calor. Y que, tras la acumulación de calor y de tensión, llegaba la lluvia: todo volvía a crecer, todo se renovaba. Yo solo he conocido tormentas como esta. Rojas. Ardientes. Que no alivian.

Me contó que antes había diferentes estaciones: cuatro. Que la

gente esperaba con ansia el paso de una a otra, que lo celebraban. Fiestas en Navidad y vacaciones en verano. Decía que les daba seguridad saber que después de una venía la otra, pero yo no consigo imaginarme que eso pudiera darles paz o libertad.

Sigo sin ver nada más que la pared de polvo rojo y unos puntos de luz: las luces de seguridad del muro principal, donde están los barracones de los guardias. Me vuelvo a la cama. Cass sigue durmiendo; estaba muy cansada. Me acuesto otra vez, con la espalda recta y las piernas extendidas, en línea con las literas de las chicas, que duermen. Cada una con su propia historia, que nadie quiere escuchar. Cada una con sus propios sueños, encerrados en el interior de su mente.

No tengo muy claro de dónde sacaría la idea mamá; quizá hablara de ello con Ruth. El ejército estaba haciendo cada vez más controles aleatorios y llamando a las puertas de las casas para pedir la documentación. Mamá solía pedirme que les dijera de memoria la fecha de nacimiento falsa que figuraba en mi carnet de identidad. Era evidente que ellos se mostraban escépticos, pero no podía culparlos: sabía que mi cuerpo estaba cambiando y que cada vez resultaba más difícil fingir que tenía menos de once años. Mamá solía ir a la fuente al final de la calle a buscar agua. No se podía beber sin hervirla antes, pero valía para lavar. Yo solía lavarme frente al espejo del baño, con un trapo húmedo, y me daba cuenta de que la cintura se me iba estrechando, y de los dolorosos bultitos que empezaban a aparecerme en el pecho. Shey también estaba cambiando. Tenía los hombros más anchos, y la voz se le estaba volviendo tan grave que a veces me asustaba cuando lo oía en la otra habitación, pues pensaba que había entrado alguien en casa. Pero solo era Shey, un Shey diferente. También apestaba con el calor.

Ruth vino a casa el día que mamá me cortó el pelo y se sentó en un extremo de la mesa, muy seria. Tensa. Se quedó mirando mientras mamá me recogía el pelo en una cola de caballo y agarraba las viejas tijeras. Le temblaban las manos, y de pronto oí ese extraño ruido, como un crujido, cuando el filo de las tijeras segó el grueso manojo de pelo. Tuvo que moverlas adelante y atrás, apretando, hasta que mi cola de caballo se le quedó en la mano y noté el roce del pelo corto sobre las orejas. Levanté la mano para tocarme las puntas, impresionada. Ruth tenía los codos apoyados en la mesa y las manos, cubiertas de venas, a los lados de la cabeza. Sabía lo peligroso que era aquello, a lo que nos arriesgábamos si nos pillaban. Asintió al ver a mamá tirando mi cola de caballo a un rincón del salón antes de seguir recortándome el pelo para dejarlo lo más corto posible. Todos sabíamos que solo las mujeres casadas tenían permiso para cortarse el pelo.

Aquella noche, Shey y yo hicimos las maletas. Repasamos bien nuestra historia, y a la mañana siguiente llegó la hora. Shey no podía mirar a mamá, y yo no podía soltarla. Quería olerla, sentirla, quería mirarla a la cara y grabármela en la mente. Metí todos mis dibujos en mi bolsa, y en la puerta de casa mamá nos dijo que iría a buscarnos, que no pararía hasta encontrarnos. Recuerdo aquel gesto en su cara, la mandíbula tensa… Traté de atesorar la sensación de sus brazos en torno a mi cuerpo. Ruth también la abrazó, y nos fuimos.

Ahora que lo pienso, habría resultado creíble si no fuera por lo mucho que nos parecíamos Shey y yo. Nuestra historia era que éramos recién casados y yo estaba embarazada, y que estábamos saliendo de la ciudad para recibir tratamiento médico. Cada vez que lo pienso, es como si tuviera una piedra presionándome la base de la garganta. Estábamos ahí, de pie, mientras Ruth les daba a los

soldados del punto de control nuestros documentos falsos e intentaba preguntarle al soldado por su uniforme —cualquier cosa para distraerlo—, pero vi un brillo en los ojos del guardia, y desapareció para enseñarle nuestros documentos a otro soldado, y en ese momento noté que Shey se venía abajo. Le cogí la mano para que se calmara y le apreté los dedos, pero era demasiado tarde. El pánico era patente en su rostro, le temblaban las rodillas; de pronto noté que me soltaba la mano y echaba a correr.

No puedo pensar en ello. Aunque era mayor que yo, sentí pena por él, una pena terrible, y lo único que recuerdo son los sonidos. Shey chillando mientras lo tiraban al suelo y se lo llevaban a rastras, la bofetada que le dio el soldado a Ruth y luego el golpe sordo de la puerta trasera del furgón en que me metieron.

Suerte que encontré a Cass. Porque lo siguiente que sé es que estaba aquí, en el complejo. Me desnudaron, me registraron. Se llevaron mi ropa, mis dibujos, me dieron mi uniforme y me dejaron ahí fuera, sentada en el suelo. De pronto me había quedado sin palabras. Ni siquiera pude levantar la vista hasta que vi un par de zapatos delante de mí, el borde de una larga falda manchada de polvo, y oí que alguien se sentaba a mi lado. Me acarició el brazo, me dijo que estaría ahí todo el tiempo que hiciera falta. Aún sabe cuándo no encuentro las palabras y se sienta conmigo en silencio cada vez que me falla la voz.

Anoche, al volver al barracón, hubo murmullos. Un frío que flotaba en el aire, pese al insoportable calor. Notaba las miradas de todas. Era casi como si de pronto las otras chicas hubieran establecido la conexión entre mi pelo corto y mi intento de fuga. O al menos, si lo sabían ya antes, no habían dejado que les preocupara. Ya han pasado tres meses y se me va suavizando el pelo, pero sigue siendo una señal, un símbolo, un motivo para

mirarme con desconfianza. Ahora que Charmian ha hecho que todas se fijen en ello, es como si ya no pudieran pasarlo por alto.

Está oscuro, muy oscuro. El color rojo sucio del exterior hace que cualquier señal del amanecer pase desapercibido. El único sonido es la pesada respiración de las chicas mientras duermen, hasta que se oyen pasos. Miro hacia la puerta de la habitación de al lado. Hay sombras, dos figuras, una más baja que la otra, una voz grave. Es Charmian con un guardia. Observo la oscuridad, aguzando el oído. Están muy cerca y estoy segura de que el guardia le ha dado algo, que ella se mete en el bolsillo. Hace ese ruidito femenino que no es exactamente una risa, y me dan arcadas. Me quedo inmóvil, él la manda de nuevo a la cama y oigo otra puerta que se cierra por efecto del viento. Y se hace el silencio otra vez, como si esa extraña interrupción no hubiera tenido lugar. Cierro los ojos y espero la llegada de la mañana.



Capítulo 6

Cass lleva un buen rato sentada en mi cama. El colchón se mueve con su peso. Está charlando con Deva y jugando al dominó. La oigo encajando las piezas, y también la risa de Deva de vez en cuando. El viento sigue soplando en el exterior. Hoy no saldremos; ni siquiera el Padre Renatus se atrevería a enviarnos a los campos con este tiempo.

Deva tiene quince años. No puede subirse a las escaleras como nosotras porque de vez en cuando le dan esos ataques y las medicinas que necesita no siempre están disponibles, así que la dejan trabajar en la cocina, la arrastran a un lado si le da uno de sus episodios y la dejan hasta que se recupera. No le permitirán casarse; lo mejor que puede esperar es quedarse aquí, en las cocinas, y ser útil. A veces no sé si me da pena o envidia.

Escucho el ruido de las piezas contra los tablones del suelo. El juego de dominó es el gran tesoro de Cass, y siempre discuten cuando juegan. Cass está convencida de que el dominó es pura suerte, pero Deva dice que hay que aplicar una estrategia. Me desperezo, y Cass se da cuenta de que estoy despierta, pero deja que me espabile lentamente, y la mente se me va a la escena de

anoche: las dos figuras, la risita de Charmian y lo que el guardia le pasó a oscuras.

—Ahí hay pan —dice Deva. Me estiro y esbozo una sonrisa—. Te has perdido el desayuno. Cass no quería despertarte.

Le toco el brazo a Cass en señal de agradecimiento mientras ella sigue concentrada en el dominó, me apoyo en un codo y me pongo a comer, intentando no dejar migas en el colchón. Hoy las dos llevan el pelo suelto: el de Cass es de un caoba intenso y el de Deva es como dos cortinas de negro azulado. Deva está sentada en el suelo, con las piezas del dominó entre las piernas.

—¡No! —Sonríe—. ¡Tramposa!

Cass también sonríe.

—Buen intento —le reprocha Deva.

Levanto la vista y miro hacia la ventana. El parloteo en el interior del barracón ha aumentado de intensidad.

—¿Cuánto creéis que durará esto? —pregunto.

Deva se encoge de hombros.

—Más descanso, supongo —dice, concentrada en la siguiente tirada.

Me estiro de nuevo en la litera. Podrían pasar días. Días aquí encerradas, todas irritables, mirándome con desconfianza. Solo de pensarlo se me encoge el estómago. Entonces se abre la puerta y aparece una Madre con un pañuelo en torno al rostro. Todo el mundo reacciona y nos ponemos en pie. Deva y Cass también, y las fichas de dominó se dispersan entre ellas, y yo casi me golpeo la cabeza con la litera de arriba al levantarme. Madre Clement deja caer el pañuelo sobre los hombros, y aparece su rostro. Nos observa atentamente.

—Necesito unas cuantas voluntarias —anuncia. Todas intentamos encogernos, desaparecer.

Pasea la mirada por el dormitorio.

—¿Taylor?

Katie Taylor asiente.

—¿Coleman?

Grace Coleman asiente.

Veo que Madre Clement nos escruta con la mirada y, de pronto, siento un extraño deseo de salir de ahí. Levanto la mano.

—¿Jess? —Casi parece sorprendida. Se me queda mirando un momento y asiente de manera casi imperceptible—. Muy bien.

Cass me mira, preocupada.

—Estaré bien —le digo con los labios, en silencio.

—Pues venga, rápido —dice Madre Clement mientras se pone de nuevo el pañuelo en torno al cuello.

Me pongo el vestido de trabajo, me calzo y me uno a la fila, detrás de Grace.

—Tapaos bien la boca —ordena Madre Clement antes de abrir la puerta.

El viento es brutal. Impresionante. Avanzamos con los hombros encogidos, como si eso sirviera de algo. Esperamos, entornamos los párpados para evitar que el polvo se nos meta en los ojos y observamos mientras ella cierra de nuevo la puerta con gran esfuerzo. El viento sacude con violencia las faldas de nuestros vestidos. Intento no respirar demasiado por la nariz; la arena me rasca las mejillas como si fuera papel de lija. Apoyo la mano en el hombro de Katie para poder seguirla a través del patio. Al otro lado, un guardia abre una puerta metálica para que pasemos.

Seguimos a Madre Clement hasta detrás del Salón de Asambleas y llegamos a otro edificio que no he visto nunca. Otro guardia abre la puerta al vernos llegar, y consigo distinguir el nombre en su casaca mientras pasamos. O'Brien. Cuando se cierra la puerta, nos

sorprende la repentina ausencia de ruido. O'Brien cierra con llave sin mirarnos siquiera, como se espera de él. Tardamos un momento en situarnos. Grace está tosiendo, y Katie también. Intentamos quitarnos el polvo de la cara con las mangas. Es como si tuviera los pulmones llenos de tierra. Entonces levanto la vista.

Hay una mesa larga y estrecha a la izquierda, y lo que parecen muestras de seda de colores. Vuelvo a mirar con más atención. No es seda. Son mechones de pelo.

Madre Clement sacude su pañuelo y se alisa la falda.

—Dado que hoy es imposible salir a los campos, haréis pinceles con las chicas.

Ya hay otras cinco chicas trabajando. Una que sé que se llama Xiao parece estar lavando el pelo; otra chica que no conozco está usando un cortaplumas para hacer cilindros rectos con la madera, pulirlos y eliminar los nudos, y otras parecen estar separando pequeños mechones de pelo, cortándolos, pegándolos a los mangos de madera y luego atándolos con una especie de cordel.

—Taylor, tú puedes lavar. Coleman, ve a cortar la madera; Jess, tú puedes atar los pinceles.

Asentimos y nos dirigimos a nuestros puestos. Huele mucho a sustancias químicas, y el ambiente es de intensa concentración. La chica que está atando los pinceles levanta la vista al verme llegar. No sonríe.

—Yo soy Zuri —dice en voz baja, y la reconozco de la Asamblea.

—Hola, yo soy Jess —me presento a mi vez, con la voz quebrada. Soy completamente incapaz de apartar la vista de las mesas.

—No es difícil, no te preocupes —dice, intentando interpretar la expresión de mi rostro.

—No es eso. Es que nunca había pensado en cómo se hacen los

pinceles —explico, avergonzada.

—¿Por qué ibas a hacerlo? —responde mientras se encoge de hombros.

Me mira, y ve que sigo con la vista fija en el pelo extendido sobre la mesa.

—Ya que lo tenemos, es normal usarlo —la oigo decir, pero no consigo asimilarlo. No puedo apartar la mirada del pelo que les han cortado a las chicas que han salido de aquí para casarse, quisieran o no.



Capítulo 7

Al cabo de tres días, el barracón está en ebullición, las palabras son como la yesca, hay acaloradas discusiones por las cosas más insignificantes. Aunque la mayoría no tenemos nada, algunas de las chicas intercambian cosas. De ahí nacen la mayoría de las discusiones, del mercadeo con cosas que les han dado los guardias. Comida. Peines. Cera para el pelo. No sé qué hacen para conseguirlas, pero Cass dice que algunas de las chicas les pasan información a los guardias a cambio de favores, así que más vale que no confíe en nadie. También dice que hacen otras cosas, pero yo de eso no quiero saber nada.

Escucho a Cass, que tararea algo en la litera de arriba, y pienso en los pinceles. He soñado con ellos todas las noches desde que trabajé en el ensamblado. Me avergüenza recordar que cuando llegué a este sitio me reconfortaba verlos, porque me recordaban a cuando pintaba en casa. Me siento extrañamente traicionada al saber que se hacen con nuestro pelo. Oigo a Cass que se gira de lado y mira por la ventana. Hoy está callada, pensativa. Les conté a ella y a Deva lo de los pinceles, pero no les hablé del pelo; no sé si Cass lo sabe, pero no quiero ser yo quien se lo cuente.

—¿Jess?

—¿Mmm?

Casi me parece oírla pensar.

—Si te examinan y te emparejan con alguien para que tengas bastantes posibilidades de tener un hijo sano, ¿qué probabilidad hay de que esa persona te guste realmente? —pregunta, con una voz frágil como el cristal.

—Pues las mismas de que te guste cualquier otra persona, supongo… —respondo mientras sigo su mirada con la mía y observo las nubes de polvo del exterior.

—Pero ¿tú crees que hay más probabilidades por el hecho de que haya una coincidencia biológica?

—No creo que funcione así —le digo, aunque lo cierto es que nunca he pensado demasiado en ello. Sé que ahora tiene la cabeza apoyada sobre las manos, unidas bajo la mejilla con las palmas juntas. Siempre hace eso cuando piensa—. Yo… yo… no creo que haya espacio para… —Me siento tonta diciéndolo—. Para el amor, si te refieres a eso.

Me la imagino sonrojándose mientras observa el paisaje, rojo e infinito, con la mejilla apoyada en las manos.

—Supongo que no —dice en voz baja—. Que no tiene sentido. Pero tú decías que había quien escribía sobre ello.

—Constantemente.

—¿Y era importante?

—Supongo que sí.

No sé qué es lo que quiere que diga. Podría decirle que la gente escribía sobre el amor como si fuera más importante que la propia vida, pero eso no la ayudaría. Podría decirle que he intentado imaginarme de qué color es, pero eso tampoco la reconfortaría.

—Me pregunto qué se siente —dice, pensativa.

—No lo sé —respondo al cabo de un momento.

El caso es que sí que tengo una idea de lo que se siente, y querría decírselo, pero no puedo porque suena de lo más tonto, y porque no se lo he dicho nunca a nadie, ni siquiera a mamá. Es solo que, a veces, en los momentos más extraños, a veces ni siquiera cuando estoy más contenta o cuando alguien hace algo bonito, puede ser en el peor momento o en el lugar más extraño…, a veces siento ese amor intenso, por todo el mundo y por todas las cosas.

Cuando estaba en casa, miraba a través de los barrotes de la ventana y veía a alguien con un niño en brazos y sentía esa conexión, esa calidez, o ese amor estúpido por mi familia, por patético que pareciera. También podía pasarme con Ruth, cuando me enseñaba los libros que me había traído o cuando me pedía que la peinara, y yo me ponía detrás de ella y le veía el cuero cabelludo a través del pelo fino, y sentía la suavidad de su piel envejecida, y entonces me embargaba ese amor desgarrador. Incluso con Shey, notaba su miedo, ese miedo que hacía que no pudiera mirarme a los ojos.

No tiene sentido. Amar algo tan fracturado. Amar cosas que son imperfectas, que están estropeadas. Pero yo siento ese amor, y es de un rosa coral delicado, y de un verde luminoso como la savia, y del color negro grafito más profundo, como el borde del ala de una mariposa.

De pronto, noto una presencia junto a mi litera.

—Levanta —me espeta.

Es Charmian. Ni siquiera la he visto llegar.

Cass levanta la cabeza de golpe y se sienta en la litera, con las piernas colgando. Yo me pongo en pie; estirada me siento vulnerable.

Charmian me mira con frialdad.

—Dame el dominó.

Siento que se me encoge el estómago.

—Es de Cass.

—Dámelo.

Noto que a nuestro alrededor se impone el silencio. Cass se deja caer al suelo, descalza.

—Las traidoras no se merecen tener cosas bonitas —dice Charmian sin apartar la vista de mí. Siento un nudo en el estómago.

—¿Es que no me has oído? Te he dicho que es de Cass. Y es lo único que tiene.

Charmian se toma su tiempo.

—Qué lástima —responde, socarrona.

Cass se gira para sacar la caja de debajo de su colchón.

—No pasa nada… —dice.

—No, Cass —la interrumpo.

Cass me observa, sin saber qué hacer, y desvía la mirada de un lado a otro. Sé que no vale la pena, sé que Charmian disfruta con esto, pero no puedo evitarlo. Las otras chicas perciben la tensión y se acercan cada vez más.

—¿Tienes algo con lo que negociar? —le propongo.

Ella suelta una risita sarcástica y luego aprieta los labios.

Ahora me tomo mi tiempo.

—Debes de tener algo con lo que negociar, ¿no? No lo sé, quizá algo que te diera un guardia…

Al comprender lo que estoy diciendo, me mira aún con más dureza.

—A ti lo que te pasa es que no sabes de lo que hablas. —Se acerca—. Te crees mejor que nosotras, ¿no? ¿Te crees más lista?

Tengo la sensación de que el corazón se me encoge y se hincha, y noto su cálido aliento en las mejillas. Charmian se me queda

mirando, impasible, y me doy cuenta de que me tiemblan las piernas.

—Pensabas que podías vencer al sistema, ¿no?

Ahora su risa es gélida. Ladea la cabeza, como si yo le diera pena.

—¿De verdad eres tan tonta? El único modo de vencer al sistema es formar parte de él —añade con la mirada encendida—. No eres más que escoria.

No lo veo venir. Es como una explosión. Me agarra del pelo y me golpea la cabeza contra la litera de metal de al lado. Cass da un salto adelante, pero llega demasiado tarde. Por una vez no hay gritos histéricos, solo alguna risita contenida. De la sien me cae una gota de sangre que me llega hasta el ojo. Miro atrás, aún confundida, y veo a Charmian sonriendo, satisfecha. Coge el dominó y se aleja.



Capítulo 8

Esta mañana el guardia se presenta con Madre Clement, y eso solo puede significar una cosa. Él se aclara la voz, y ella se sitúa tras él.

—Nadia Polek, has sido emparejada con Bryce Olly. Grace Coleman, has sido emparejada con Frank Naseby. Fia O'Lynn, has sido emparejada con Nathan Williams. —Mira a Madre Clement—. Es todo en este barracón.

Cuando se da media vuelta y se aleja, se percibe una clara sensación de alivio. Las chicas que han oído sus nombres se giran y miran a sus amigas; sabían que pasaría desde que les llegó el periodo, desde que les tomaron muestras de la boca en la sala de enfermería para hacerles análisis y detectar posibles enfermedades genéticas, pero aun así su tensión es evidente.

—Las chicas para la Casa de los Pinceles —dice Madre Clement, y se queda allí esperándonos.

Me pongo en pie; aún me duele la cabeza. Se me ha formado una costra negra en la herida, pero tengo la sien hinchada, y si miro a un lado casi la veo. Anoche Cass se sentó en el suelo del baño, a mi lado, y me presionó la herida con un trapo hasta que dejó de sangrar. Luego nos quedamos allí, en silencio, sin saber qué decir.

Sigo a Katie hacia la puerta, preocupada por tener que dejar sola a Cass, y observo aliviada que Deva se acerca a su litera. Paso junto a Madre Clement con la cabeza gacha.

—Alto —ordena. Siento sus ojos grises sobre mí y me encojo aún más—. Gírate.

Sé que no sirve de nada discutir.

—¿Qué ha pasado?

Me quedo pensando un momento y con el rabillo del ojo veo que Cass le agarra el brazo a Deva.

—Me he caído, Madre.

Ella entorna los párpados, y sé que ahora mismo estoy a expensas de su estado de ánimo. Parece cansada, el hastío se impone a la curiosidad y, afortunadamente, se encoge de hombros y deja el asunto.

Sigo a las otras, afrontando el implacable viento, protegiéndome la sien con la mano para que no me duela tanto. Sabemos adónde vamos, y ahora ya podemos seguir los pasos de la que tenemos delante sin necesidad de levantar la cabeza para mirar. Todavía hace calor, y el ambiente es seco; no parece que esto vaya a acabar nunca. Cuando se cierra la puerta a nuestras espaldas, mientras nos dirigimos al puesto de encolado, levanto la vista y siento una extraña sensación de alivio por estar aquí. Zuri me ha enseñado a juntar los pelos, a igualarlos y a pegarlos en torno al mango de madera antes de atarlos con un cordel hecho de plástico sintético. El truco es girar el pincel, no dar vueltas al cordel, porque entonces se enreda. Se pasó toda una mañana enseñándome, cogiéndome las manos mientras hacía girar el pincel, y tuve que pedirle una y otra vez que fuera más despacio. Al final le cogí el truco y conseguí hacer uno yo sola. Luego levanté la vista, y ninguna de las dos sabíamos si debíamos sonreír ante esa pequeña victoria.

Ahora levanta la vista, la mirada se le va a mi sien y vuelve a apartarla, como si no quisiera parecer entrometida. En la sala reina un silencio delicioso en comparación con el barracón. Madre Clement se queda un rato, pero luego nos deja con los guardias. Parece que O'Brien siempre está ahí, y también hay otro soldado más mayor llamado Hajek, al que no he visto nunca. Mientras espero la llegada de nuevos mangos, me voy a la esquina a lavarme las manos con alcohol para quitarme la cola, que se pega a los dedos. O'Brien, que está sentado cerca, levanta la vista y asiente. Yo no le hago caso, aparto la mirada y me vuelvo con mis pinceles.

Aún recuerdo la primera vez que tuve un pincel en las manos; tenía cuatro años y medio y los pinceles me parecían enormes. Mamá me había visto dibujando en el reverso de los folletos y había conseguido comprarme un estuche de pinturas secas; en realidad, era una lata mellada del tamaño de un ladrillo en cuyo interior había unos cuadrados de algo, aunque tenían todos exactamente el mismo color.

Recuerdo que abrió la caja delante de mí, se chupó un dedo y lo frotó contra los colores, que cobraron vida de pronto. Cada uno llevaba su etiqueta: ocre oscuro, blanco titanio, verde savia, cian, marrón Van Dyke, azul de Prusia, negro noche. Y me pareció que era mágico cómo, añadiendo solo un poquito de agua y frotando, aunque fueran viejos y estuvieran secos, se les podía devolver la vida y hacer algo nuevo con ellos. Mamá recordaba que aquella noche había dormido con el pincel, que no quería soltarlo. Ahora, sin darme cuenta, me sorprendo a mí misma con un pincel en la mano, sumergiéndolo en una lata de agua cercana y pintando instintivamente la mesa con agua. Levanto la vista y me doy cuenta de que O'Brien me está mirando. Frunzo el ceño, vuelvo a dejar el pincel y Grace me pasa más mangos.

Los primeros pinceles que me dio mamá eran duros. Alguien había pintado con ellos y los había dejado secar sin lavarlos. Tuve que separar cada fibra de la punta, una por una. Un día mamá me enseñó a crear diferentes efectos con ellos. Solía reírse y decir: «Debería estar enseñándote técnicas de supervivencia, no a pintar», y yo también me reía.

Zuri acaba otro pincel y va a lavarse las manos, y yo no puedo contenerme. Cojo un pincel acabado, vuelvo a mojarlo en el agua y, por un momento, observo cómo aparecen las olas del mar sobre la mesa. No soy yo, es este sitio. Siento un profundo alivio y, por primera vez desde mi llegada, se me llenan los ojos de lágrimas. Ahora. Aquí. Justo en este sitio. Vuelvo a dejar el pincel y sacudo la cabeza, enfadada conmigo misma. Qué estupidez. Con todo lo que he pasado, esto es lo que me hace llorar.

Levanto la vista otra vez y veo a O'Brien mirándome de nuevo, y casi me dan ganas de gritarle, pero él aparta la mirada enseguida. Veo que el otro guardia empieza a observarme, me giro y voy a lavarme las manos de nuevo. Me las froto con alcohol una y otra vez, hasta que me pica, y echo un vistazo a través de los barrotes de la ventana. Estoy colorada, me duele la cabeza y siento la piel en carne viva, pero al otro lado de la ventana el panorama se ha vuelto más claro.

El viento ha amainado; mañana saldremos a polinizar.



—No puedo creerme que las flores hayan sobrevivido —comento.

Me parece imposible que algo tan delicado pueda ser tan indestructible.

—Aquí también están bien —dice Cass desde el otro lado del

árbol. Se pone a frotar las flores con el pincel—. ¿Cómo pueden soportarlo?

Hoy hace más fresco. No es un alivio, no como el alivio del que hablaba Ruth, pero es algo, un cambio.

—Supongo que estarán bien agarradas.

Le sonrío a Cass. Ella me devuelve la sonrisa y me fijo en que hoy parece más contenta. Quizá el descanso le haya sentado bien. El día está tranquilo, solo sopla una brisa ligera, y las voces de las chicas en los otros árboles son un murmullo lejano.

—¿Quién crees que se come las manzanas? —pregunta Cass, distraída, mientras mueve el brazo por entre las flores. Yo me encojo de hombros y ella sigue pasando el pincel—. ¿Alguna vez has visto una?

Por un momento no sé qué decirle; me pregunto si es algo que le pueda contar.

—Sí —respondo sin más.

Cass deja de mover el pincel, confusa, y luego sonríe.

—¿Las has visto? —Me mira y ladea la cabeza ligeramente, intrigada—. ¿De verdad?

—Sigue polinizando —le digo, y lo hace, pero sin apartar la vista de mí—. Era el cumpleaños de Shey. Cumplía doce años. Ese día mamá fue a hacer la cola del racionamiento, como cada lunes, pero tardaba mucho en volver. Yo estaba preocupada, así que fui a sentarme junto a la ventana. Esperamos una eternidad, hasta que al fin la vimos caminando a toda prisa por la calle, con la bolsa apretada bajo el brazo, así.

Le indico cómo, y Cass abre los ojos como platos.

—Fui corriendo a abrir la puerta y ella pasó a mi lado empujándome, eufórica. Cerré con llave, llegué a la cocina y vi que dejaba la bolsa: traía dos manzanas.

La mirada de Cass irradia asombro. Sigue polinizando, pero sin darse cuenta lo hace más despacio.

—Tuvimos que cantarle el «Cumpleaños feliz» a Shey, y luego nos dejó cogerlas y olerlas. Después me dejó dibujarlas. Eran verdes, pero con muchos tonos verdes y rojizos, y alrededor del tallo tenían unas manchas mate de color marrón, en el huequito donde se hundía el tallo.

Ahora veo el rostro de mamá. Recuerdo que se las regaló a Shey cuando acabé de pintarlas, y que él preguntó si podía compartirlas con nosotras, y el tiempo que tardamos en decidir cómo dividirlas en tres partes.

—Y Shey quería compartirlas —digo—, pero le sabía mal por Ruth, la anciana que vivía en la casa de al lado, así que mamá fue a buscarla. Mamá siempre llevaba un cuchillo escondido en la cinturilla de sus pantalones, así que lo sacó y las cortó en rodajas muy muy finas para que pudiéramos disfrutar del sabor.

Noto que la sonrisa me desaparece del rostro.

—¿Y cómo era? —pregunta Cass.

—Dulce, penetrante, un poco ácido y al mismo tiempo fresco. Era como saborear algo vivo.

Cass me mira, incrédula, con una sonrisa en el rostro. Viéndola sonreír así no puedo contarle que Shey se echó a llorar cuando acabó de comer, que se chupó los dedos después para no perderse ni una gota del jugo. Que de pronto se dio cuenta de que era un año mayor y que estaba un año más cerca de tener que marcharse, e intento no pensar en que me soltó la mano justo antes de que lo placaran y lo tiraran al suelo.

—Fue algo especial —añado en voz baja.

—¿Estáis bien, vosotras dos?

La pregunta nos pilla por sorpresa, y Cass está a punto de

caerse de la escalera. Las dos teníamos la mente muy lejos, y no hemos oído las pisadas. Es O'Brien.

—Estamos bien, gracias —responde Cass, de nuevo tensa.

—Creo que necesitáis agua —dice él.

Miro a Cass, y digo que no con un movimiento casi imperceptible de la cabeza.

—No, gracias —respondo con decisión.

—No, yo creo que necesitáis agua, especialmente tú —me dice —. Ven aquí.

Está mirándome. Me quedo paralizada. Él sigue esperando.

—He dicho que vengas.

No tengo elección. Eso es una orden, y no se puede desoír una orden. Me meto el pincel en el bolsillo del delantal y me agarro a los bordes de la escalera, tanteando los peldaños con los pies. Miro a mi alrededor, pero todas están ocupadas. Me acerco a O'Brien, y él se descuelga la cantimplora del hombro y me la ofrece.

—No quiero agua —aseguro.

Espero que me lo ordene, que me obligue.

—No hace falta que bebas —dice en voz baja, y de pronto lo veo titubeante—. Pero al menos coge la cantimplora, ¿quieres?

Sujeto la cantimplora y él se saca algo del bolsillo. Parece asustado.

—He pensado que a lo mejor te gustaría tenerlos.

No veo qué son. Intento devolverle el agua y él me pone algo pequeño en la mano.

—Guárdatelos en el delantal —dice.

Sorprendida, le obedezco. No puedo pensar. Entonces asiente y se aleja. Me quedo mirándolo un momento y luego me giro, vuelvo a los pies de la escalera y subo lentamente mientras siento el peso de lo que sea que hay en el paquete golpeándome los muslos al subir.

Cass me mira fijamente.

—¿Qué es?

—No lo sé. Ahora no puedo mirarlo. Tendremos que esperar.

Cass apenas puede contener la impaciencia. Meto la mano en el bolsillo de mi delantal, saco el pincel y me pongo a trabajar. De pronto tengo miedo; en primer lugar por lo que acabo de aceptar, y en segundo porque me he ido acostumbrando cada vez más a su rostro; no muestra la superioridad de otros guardias. Y además se le ve joven y asustado.



Capítulo 9

—Es pintura —susurro.

Cass está fuera del cubículo, esperándome. Le veo los pies por debajo de la puerta.

Separo los tubos y los observo. Cinco pequeños cilindros de pintura del tamaño de mis dedos, con las etiquetas desgastadas. Apoyo cuatro de ellos sobre la tapa del váter y abro el otro. Aún están precintados. Me doy cuenta de que me tiemblan los dedos. Cass se ha quedado fuera por si llega alguien.

—Están sin abrir, son nuevos.

—¿Por qué lo ha hecho?

—No estoy segura —respondo—, pero está en la Casa de los Pinceles; quizá me haya visto cómo los cojo.

Cass guarda silencio y yo también, y la pregunta se queda flotando en el aire a ambos lados de la puerta. La mente se me va a las siluetas de Charmian y del guardia aquella noche. Echo otro vistazo a las pinturas y siento una necesidad casi insoportable de abrirlas, de ir a por mi pincel, pero no puedo. Me las meto de nuevo en el bolsillo del delantal y me quedo en silencio un momento.

—Se las devolveré —decido, y, aunque Cass no responde, sé que

lo entiende.

Abro la puerta y entran otras dos chicas. Cass finge usar el váter y yo me lavo las manos con un trapo. Esperamos a que las chicas salgan y Cass se gira hacia mí.

—Ha sido amable por su parte.

—¿Tú crees? A menos que quiera algo a cambio.

—No me parece que sea de esos…

—Cass…

Parece desanimada.

—Pero te encanta pintar… —dice, alicaída.

—Se las devolveré. Es más seguro —insisto, intentando mantener la entereza.

—Sí, claro —responde ella—. Claro.

Menea la cabeza justo cuando suena la campana que indica que tenemos que ir a cenar.

—Vamos —dice mientras me coge del brazo, y nos dirigimos al comedor una al lado de la otra; Cass pensativa y yo con la sensación de que todo el mundo ve las pinturas en el bolsillo de mi delantal.

—Tú actúa normal —me susurra Cass, consciente de que estoy tensa—. Ya sé que es difícil.

No puedo evitar sonreír. Nos ponemos a la cola.

Esa noche Deva está ahí, y le guiña un ojo a Cass. Siempre nos da un poco más. Pero no lo suficiente para que las otras se puedan quejar; solo un poquito. Me dirijo a la última mesa, lejos de todas las demás, y cuando Deva acaba su turno viene a sentarse con nosotras. Como e intento tragar el pan seco con el agua amarga mientras escucho la charla entre Deva y Cass, pero no consigo concentrarme. El peso de las pinturas en el delantal me distrae. No soporto la idea de tenerlas tan cerca y no poder usarlas, y, cuanto más pienso en ello, más me enfado: con O'Brien por haberme leído

la mente de ese modo, y por habernos puesto a los dos en una situación que podría causarnos problemas. Me levanto y echo lo que queda en mi plato en el de Cass.

—¿Estás bien? —me pregunta levantando la vista. Yo digo que sí con la cabeza.

—Tengo que hacer algo.

Deva parece extrañada, pero Cass asiente y, cuando Deva empieza a hacer preguntas, le pone una mano sobre el brazo para obligarla a callar.

Salgo del comedor, pasando junto a las mesas de las chicas, y es evidente que bajan la voz cuando paso a su lado. El corte de la sien se ha convertido ya en un morado que me va desde el lado del ojo hasta el centro de la mejilla. Llego a la puerta y me dirijo al patio de ejercicios. No sé si estará ahí, así que echo un vistazo a todo el perímetro. No lo veo, y decido dirigirme a mi lugar de siempre, sentarme de espaldas a la valla y mirar hacia el lugar en medio del patio donde Charmian me tiró del brazo y se metió conmigo. Por un momento, las escucho a todas riéndose otra vez, y siento náuseas.

Quizá sí que sea una traidora porque, si pudiera, no dudaría en irme de aquí. Dejaría a todas estas pobres chicas que se arreglaran por su cuenta. No quiero acabar cada día de mi vida agotada por haber hecho algo que no tiene ningún sentido, solo porque los que llegaron antes que nosotros no pensaron más que en su presente. No quiero tener un bebé solo para contribuir a mantener las cifras. Quizá debería… quizá debería haber un último bebé, igual que hubo una última abeja. Y quizá fuera lo mejor desequilibrar la balanza una vez más y desaparecer en una sola generación, porque somos tan estúpidos y egoístas que no merecemos este lugar, y ahora siento esas pinturas en mi delantal como si fueran bombas, y el chico estúpido que me las dio ni siquiera está aquí. Quiero gritar.

Está oscureciendo, y veo a Cass y a Deva a lo lejos, caminando, charlando. Me planteo levantarme y marcharme cuando oigo unos pasos a mi espalda. No me doy la vuelta, pero sé que es él, lo noto. Aprieto los dientes. Me saco las pinturas del delantal, me llevo la mano a la espalda y las paso por la reja de alambre.

—Quédatelas —digo haciendo un esfuerzo para que no me tiemble la voz—. No quiero nada de ti.

Él no se mueve. Probablemente también esté de espaldas. No hay nada, ningún movimiento, ninguna voz. Nada.

—Lo siento —dice por fin—. Pensé… Lo siento. Habría podido causarte problemas.

Escucho su voz.

—Si las dejas ahí, las recogeré cuando oscurezca.

Asiento; ya está, pues. Decido levantarme, pero cuando voy a hacerlo no puedo. Me quedo sentada en un silencio incómodo.

—Mi padre era músico —dice él en voz baja—. Tenía una guitarra.

No sé qué decir. Escucho, con las manos apoyadas en la tierra roja, observando cómo va oscureciendo en el patio.

—Mamá decía que solía ponerme sobre la guitarra cuando era un bebé, sobre la curva del centro, y que tocaba unos acordes y con eso yo dejaba de llorar.

Siento una presión en el pecho. Hay algo en su voz, una especie de cambio de tono, que hace que no quiera saber cómo acaba la historia.

—Cuando tenía trece años entró una banda en mi casa, se llevaron a mi madre a una habitación y la mataron. Nos robaron la guitarra. Y fue como si le hubieran quitado su medio para hablar. Se encerró en sí mismo y prácticamente no volvió a hablar. Aquello lo destrozó. He… he visto algo parecido en tus ojos cuando tenías esos

pinceles en la mano.

El silencio que se produce a continuación es más profundo que el negro de la noche cerrada.

—En cualquier caso… —añade, intentando aligerar el tono—. Lo siento mucho.

Oigo que echa a caminar.

—Espera —le digo, y oigo que se para.

—No quiero nada de ti —asegura—. Espero que lo entiendas.

Es extraño, pero le creo.

—Es importante que lo sepas —insiste—. Es solo que pensé que las necesitarías.

—Gracias, O'Brien.

—Me llamo Eliot.

—Yo soy Jess.

Hay otro breve momento de pausa hasta que suena la campana. Entonces echo la mano atrás, busco las pinturas a tientas y me las llevo otra vez.



Capítulo 10

Las puertas se abren rascando el suelo y se oyen los mismos comentarios, las mismas risas procedentes de los guardias. Me giro y miro a Cass. Hoy en el desayuno se me ha sentado muy cerca, no se ha apartado de mí. Ahora cierra los ojos y ambas escuchamos el motor.

Anoche me la quedé mirando mientras se desnudaba. Cuando llegué, hace tres meses, ella solía ir por el barracón en camisón, gesticulando mientras hablaba de esto y de aquello, pero ahora, en cuanto se quita el vestido por la cabeza, cruza los brazos y se mete en la cama enseguida. Está cambiando, y parece darse cuenta. Yo también estoy cambiando. Todas estamos condicionadas por una cuenta atrás que acaba a los dieciséis, y cada día que pasa es uno menos, aunque a veces también se llevan a alguna más joven si creen que cumple con las condiciones médicas para tener hijos. Miro a mi alrededor y veo los flacos rostros de las chicas, con el pelo recogido detrás de la cabeza y la mirada algo perdida. Hacemos el resto del viaje en silencio.

Cierro los ojos y pienso en las pinturas ocultas bajo mi colchón. Hay dos tubos de negro, uno de marrón, uno de rojo y uno de

verde. Anoche esperé a que todas se acostaran, las envolví en una toallita y me fui con ellas al baño. Me encerré en un cubículo y, en el momento de abrir la toalla, me di cuenta de que me temblaban las manos. Primero me fijé en el negro medianoche, le di vueltas en la mano y, aunque hice un gran esfuerzo para contenerme, no pude evitar abrirlo y olerlo. El olor a azufre mezclado con un extraño dulzor. Su textura oleosa y brillante. Curiosamente, no fue lo extraordinario de tener algo solo para mí, de sentirme dueña de la pintura, lo que despertó una sensación nueva en mi interior; fue el tener una idea, el disponer de posibilidades, y ahora me doy cuenta de que mamá tenía razón. Ella nunca había tenido que polinizar los campos, así que no supo prepararme para esto, pero sí que me había dicho que era importante tener algo a lo que agarrarse, que te diera opciones, no creer que el camino estaba marcado. Y lo mismo ocurre con los colores, porque puede que solo tengas tres o cuatro, pero si los mezclas puedes crear muchos más, y, si sigues haciéndolo, al final tus posibilidades son infinitas. Si puedes hacer un retrato de alguien con tonos de un único color, creando luces y sombras, dándole vida, las posibilidades que tienes con más de un color son infinitas.

El conductor da un golpe con la culata de su fusil en el lateral del camión que me devuelve de repente a la realidad, y las chicas empiezan a bajar. Yo me sitúo detrás de una chica del dormitorio de al lado y me dirijo hacia la parte trasera del camión. Cass va detrás de mí. Hoy hace calor. Un día más. Flota una pesadez en el ambiente que resulta sofocante. Camino hacia los árboles con Cass, cojo una escalera y nos ponemos manos a la obra. Trabajamos en silencio, y Cass me echa una mirada de vez en cuando. Las horas van pasando en ese calor insoportable, y siento las gotas de sudor que me caen por la espalda.

—¿Qué te dijo cuando se las devolviste? —me pregunta. Yo sigo pasando el pincel por las flores, mirando al suelo por si hay algún guardia.

—No lo hice.

—¿Qué es lo que no hiciste? ¿No hablaste con él? —pregunta frunciendo el ceño.

—No se las devolví —respondo con la voz firme.

Se queda inmóvil y me mira atónita, con los ojos como platos.

—Pero… ¿qué vas a…? —No acaba la frase. Un guardia se ha girado y se nos acerca.

—Shhhhhh —le digo, y ella mira por encima del hombro y se calla, aunque a regañadientes. Esperamos hasta que pasa el guardia.

—Podrían registrar los dormitorios, alguien podría encontrarlas —susurra entre dientes.

—Lo sé —admito—. Pero es que aún no puedo separarme de ellas.

Cass me mira.

—¿Estás segura de que no quiere nada a cambio?

—No. No tiene nada que ver con Eliot —le aseguro, negando con la cabeza—. Tiene que ver conmigo.

Me mira y sigue pasando el pincel por las flores.

—Pero ¿qué vas a hacer con ellas?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Pero es que… —No sé cómo explicárselo—. Es que tengo la sensación de que debo tenerlas.

Cass me mira con esos ojos azules y lo acepta por fin, acepta lo que le he dicho, igual que todas las otras cosas mías a las que no encuentra ningún sentido. Asiente y seguimos trabajando en silencio.

—Cuéntame lo que decía tu madre —me pide al cabo de un rato, bajo un sol implacable.

Yo esbozo una sonrisa.

—No sé de lo que me hablas —bromeo, pero Cass me mira fingiéndose ofendida.

—Es mi historia favorita —insiste—. Por favor…

—Casi podrías contármela tú a mí —le digo yo, sonriendo.

—Pero es mucho mejor cuando la cuentas tú. Cuéntamela, por favor… —suplica.

Espero un momento, me aclaro la garganta y sigo pasando el pincel mientras entorno los párpados para protegerme de la luz.

—Mamá dice que están creando una nueva comunidad en el norte, que allí hay especies que han sobrevivido y que empiezan a prosperar.

Cass escucha, embelesada, aunque ya ha oído la historia un millón de veces.

—Que están recuperando el ecosistema y que hay animales, y que todo el mundo es libre de hacer lo que quiera, pero que han decidido ayudarse los unos a los otros.

Tiene esa expresión en el rostro, la misma que yo adoptaba cuando Ruth hablaba de las obras de teatro y de las películas que veía en su juventud.

—¿Y no hay que polinizar?

Ladeo la cabeza.

—Un poco sí, pero nunca se sabe, quizá un día encuentren abejas en los campos.

—Es una gran historia, ¿no? —Está relajada, tranquila.

Yo trago saliva. Tengo la boca seca.

—Pero ¿y si no es una historia? —pregunto, y enseguida se gira a mirarme—. ¿Y si es verdad?

Ahora parece insegura, y noto que le cuesta imaginarse que pueda ser verdad.

—¿Tú crees que es real? —pregunta.

Recuerdo haberle hecho la misma pregunta a mamá, si sus amigos lo habían conseguido realmente, si habían podido volver a empezar en un valle lejano. Mamá solía responder igual que yo respondo ahora:

—Sí —decía sin más—. Tiene que ser real.

Veo que Cass se debate por dentro, haciendo un esfuerzo por ampliar los límites de su mente.

—No lo sé —susurra—. Pero sería estupendo, ¿no te parece?



Al final del día volvemos al camión, que nos lleva de nuevo al campamento, pero yo sigo con la mente puesta en el norte, en las pinturas, mientras bajo del camión, así que no me doy cuenta de que la chica de delante ha echado el pie atrás, lo que me hace tropezar y caer al suelo de bruces. Aterrizo pesadamente, jadeando de la sorpresa, trago algo de polvo y me pongo a toser.

—¡Jess! —exclama Cass mientras baja los peldaños de metal. Siento su presencia a mi lado—. ¿Por qué has hecho eso? —grita, presa de la rabia.

Consigo sentarme en el suelo.

—Estoy bien, Cass —digo, tosiendo.

—¡No lo estás! —grita ella—. ¿Por qué has hecho eso? —le vuelve a preguntar a la otra, una chica de pelo rubio, que mira a Cass y se encoge de hombros. Me llevo la mano al pecho. No puedo dejar de toser. Tengo moco y polvo en las manos. El guardia se acerca y se abre paso a empujones.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, impaciente. Yo intento contener la tos.

—Le ha hecho la zancadilla —dice Cass, enfadada.

La chica mira al guardia, le muestra las palmas de las manos y se encoge de hombros.

—Yo estaba bajando, nada más. Se habrá resbalado. No es culpa mía si no sabe ni caminar.

—Arriba —dice el guardia, malhumorado—. He dicho que arriba.

Cass se muerde la lengua mientras me ayuda a ponerme en pie, y las otras chicas empiezan a dispersarse y cruzan la puerta de la verja hacia los barracones. La rubia se va cogida del brazo de Charmian.

Cass me ayuda a quitarme el polvo.

—¿De verdad estás bien?

Le digo que sí con la cabeza, aún sin aliento.

—Ven —dice, tirándome del brazo—. Vamos a lavarnos.

La sigo y siento que no es solo la cara lo que me duele: es el hecho de que algunas de las chicas se están volviendo más crueles. El hecho de que esta vez no ha habido risas ni murmullos de sorpresa. Cuando he caído al suelo, lo único que he oído ha sido el silencio y una ensordecedora indiferencia.

Me quedo mirando cómo resbala el polvo rojo por mis piernas hasta colarse por el desagüe con el agua. Tengo pelada la rodilla con la que he caído y aún me pica la mejilla al contacto con el agua. Nos dan un cuenco de agua por la mañana y otro por la noche, y tienes que hacer que te dure todo el día. Cuando subió la temperatura y se secaron los lagos, el agua empezó a escasear y tuvieron que cavar más hondo para extraerla. Se dieron cuenta de lo importante que era y decidieron hacer negocio con ella, así que empezaron a racionarla. Me seco y, por primera vez en un tiempo, siento el roce

del pelo sobre los hombros. Está creciendo otra vez, y quizá debería estar contenta, porque eso me hará más como ellas, pero lo odio. Es un recordatorio diario del tiempo que llevo aquí. Me pongo la camiseta y me froto los dientes con un trapo. Solo hay un espejo, agrietado y lleno de manchas de óxido. No me he mirado al espejo en meses. Ahora veo mi reflejo fragmentado y por un momento tengo la impresión de que es mi madre la que me mira. Su pelo moreno, su rostro delgado en el mío. Contengo una exclamación de sorpresa, me apoyo en el lavabo y recupero el equilibrio.

Cuando las mujeres han criado a sus hijos y ya se los han arrebatado para que vayan a luchar o a polinizar, el régimen ya no las encuentra útiles. Hacia los cuarenta años, la mayoría de ellas ya no pueden tener hijos, así que las ponen a hacer trabajos manuales, como el riego, o, si saben leer y escribir, a hacer labores administrativas en el ejército. Después de eso, o si enferman, las abandonan a su suerte.

No sé qué hará mamá, porque sé que lo suyo no es cumplir órdenes ni hacer lo que se le dice. Sé que no sabe contar mentiras, y es algo que me encanta de ella, pero también me da miedo, y, al mirarme al espejo y ver una versión más joven de ella en mí, oigo de nuevo la promesa de que nos encontraría, y sé que lo decía de verdad, lo sé. Pero también sé que es imposible. No puedo pensar demasiado en ella, porque lo que más me preocupa es que ni siquiera sé si llegó a enterarse de lo sucedido. No sé si Ruth volvió a casa esa noche después del bofetón. Me preocupa que, si no volvió, mamá aún albergue esperanzas. Quizá se imagine que estamos ahí, fuera de la frontera, en el otro lado del muro, libres, sea lo que sea lo que signifique eso, y quizá haya ido en nuestra búsqueda.

Alguien está dando golpes en el biombo. Me echo la toallita sobre el hombro y respiro hondo, intentando vaciar la mente hasta

que estoy lista para volver a mi litera. Cuando mamá se me mete en la cabeza, me cuesta dejar de pensar en ella. Vuelven a golpear el biombo. Levanto la cabeza, salgo y vuelvo a mi litera. Me estiro y espero a que se haga el silencio en el dormitorio.

No culpo a la chica que me ha hecho la zancadilla. Mamá decía que era la naturaleza humana, que, una vez que alguien quedaba excluido del grupo, la gente evitaba asociarse con esa persona para no verse excluidos ellos también. Era una cuestión de supervivencia, decía, solo que los excluidos solían ser los que habían encontrado su camino en la vida, algo nuevo que hacer. Me duele todo el cuerpo, la adrenalina aún me corre por las venas y no puedo pensar en nada más que en el agua que caía por el desagüe hace un momento y en cómo todas miramos por nosotras mismas. Cierro los ojos y escucho a Cass tararear una melodía que hace que todas las demás vayan callándose, y eso me ayuda a conciliar el sueño.

Quizá a ellas también les cantaran. Y, si no, quizá les cantaran a sus madres, o a las madres de sus madres, y conservan algún recuerdo en la mente, o en el corazón, o en su ADN. Si el colapso nos enseñó algo, fue que las cosas son más complicadas de lo que podríamos imaginarnos. Siento que el cuerpo me pesa cada vez más, empezando por los pies, y tengo la sensación de que no distingo lo que es real de lo que no, y de pronto veo algo parecido a un caleidoscopio, algo que Ruth tenía en su casa, y todos esos colores que se mezclan y se separan y se mezclan otra vez, y entonces me duermo un rato, para luego despertarme de golpe, como siempre.



Capítulo 11

Es otra vez ese momento, en plena noche, en el que no puedo respirar, y en que esos pensamientos vuelven a asaltarme, y me siento como si estuviera fuera de mi cuerpo, como si me hubiera separado de mí misma. Se me cierra la garganta, como si estuviera ahogándome. Estaba soñando con el pincel y con lo que han hecho de él el Padre Renatus y este lugar, donde no usamos los pinceles para lo que se crearon y donde no nos dejan ser lo que se supone que tenemos que ser.

Oigo todos los sonidos que se transmiten por el duro suelo. Me apoyo en el codo y escucho. Escucho. El silencio es total, así que levanto la cabeza y me siento en la cama. Alargo la mano a oscuras y cojo mi delantal, a los pies de la cama. Noto el pincel a través de la tela, y meto los dedos en el bolsillo. Lo agarro entre los dedos y lo observo: es como cualquier otro pincel, pero no lo es. Los pinceles no deberían estar hechos de pelo de mujer, no deberían usarse para polinizar flores. Las manos se me van a la almohada, y saco las pinturas, siento el frío de los tubos contra la palma de la mano y me quedo inmóvil un momento. No hay verdad en el pincel: eso es lo que dijo Ruth sobre la pintura. Me lo dijo cuando me vio

aprendiendo a dibujar. Decía que un hombre le había contado que las pinturas eran la mentira que nos ayuda a ver la verdad, y de pronto me doy cuenta de que debió de decírmelo por algún motivo. Y no sé lo que estoy haciendo, pero de pronto me encuentro cogiendo las pinturas con una mano. Busco mi toallita y me envuelvo la mano con ella para que no se vean las pinturas. Luego bajo los pies y los apoyo en el frío suelo.

Al momento se me pone la piel de gallina. Aguzo todos los sentidos. Las chicas duermen, no se oye nada más que algún murmullo ocasional de alguna que habla en sueños, y no me lo puedo creer, pero estoy de pie entre las literas, intentando no hacer ruido al respirar. Dirijo la vista hacia la puerta de salida, que da al patio de ejercicios, y levanto un pie, lo pongo delante del otro con cuidado, en silencio, y así hasta que llego a la puerta. Miro al otro lado y veo a Madre Jackson sentada en una silla en el dormitorio contiguo, con la cabeza caída hacia un lado: está durmiendo. El corazón me golpea el pecho con fuerza, hasta el punto de que oigo mis propios latidos. Alargo la mano y tiro del pomo. Corro la puerta hacia un lado y siento el aire fresco en las piernas al abrir una rendija suficiente como para escabullirme.

Contengo la respiración. Hacía una eternidad que no estaba fuera de noche. La luna emite una luz intensa, haciendo que la tierra roja parezca negra, y todo está en calma. Solo se ve una extensión de tierra salpicada de puntos de luz tenue y las estrellas en lo alto. Nunca las he visto así, solo a través de las ventanas y de los barrotes; mamá no se habría arriesgado nunca a sacarnos de noche. Siento un nudo en la garganta, y me doy cuenta de que son las lágrimas. Las estrellas son imponentes: hay muchísimas, hasta donde alcanza la vista, y lo único en lo que puedo pensar es en que no han cambiado. No lo han hecho desde que nació mi madre.

Desde que nació mi abuela. Siguen igual desde los inicios de la Tierra.

Me doy cuenta de que hace aproximadamente un minuto que no respiro y que tengo el vientre apretado, así que me apoyo la palma de la mano en el estómago e intento controlar la respiración. Trato de concentrarme. Permanezco entre las sombras, camino descalza junto al edificio, hasta la valla, detrás del barracón. Es una valla metálica de unos cuatro metros de altura, coronada con alambre de espino. Miro a derecha e izquierda, pero desde mi posición es imposible ver gran cosa. Me acerco a la valla; más allá hay un espacio de veinte metros, con un camino de tierra hasta el muro exterior.

Espero, escucho, percibo una luz imprecisa en la oscuridad. Sé que los guardias patrullan de noche, he visto el movimiento lento de sus linternas a través de la ventana del dormitorio alguna vez que he tardado en conciliar el sueño. He contado los segundos entre una luz y la siguiente, unos mil doscientos segundos, veinte minutos más o menos. Espero a que la luz se vuelva cada vez más intensa. Aguanto la respiración e intento apartar de la mente una pregunta: «¿Qué demonios estoy haciendo?». Espero a que pase la luz; desde este ángulo no puedo ver gran cosa. Debe de haberse ido, y sé que no puedo perder más tiempo; tengo que ir y volver antes de que llegue el siguiente guardia. Tendré que confiar en que no haya nadie allí. Pienso en lo que haría mamá y decido que no tengo elección. Es ahora o nunca.

Me pongo la toallita en torno al cuello, me meto el pincel bajo la ropa interior, por un lado, y aferro los tubos de pintura con una mano. Me agarro a la red de alambre con la punta de los dedos, intentando encontrar puntos de apoyo. El metal hace algo de ruido cuando me cuelgo, e intento trepar despacio, en línea recta, sin dar

demasiados tirones. Subo sin problemas, con la fuerza que he adquirido polinizando las flores. Sin la falda ni el vestido, el maldito vestido, puedo moverme más libremente. Es como ser una niña otra vez. Llego a lo más alto y los brazos me tiemblan mientras me cuelo por debajo del alambre de espino, que brilla de forma amenazadora a la luz de la luna. Se me engancha el pelo en las púas del alambre, y tiro de él para deshacer el nudo, pero justo en ese momento se me cae un tubo de pintura de la mano y va a parar al lado interior de la reja. Se me cierra otra vez la garganta y contengo un improperio. Con la oscuridad no lo veo. Paso la pierna y me quedo colgada de lo alto de la reja; intento bajar los pies para recuperar la verticalidad y tenso los hombros y los dedos para dejarme caer con seguridad al otro lado.

Me giro, examino la base de la reja y veo el tubo caído a unos diez centímetros de la alambrada. Me acerco, me agacho y meto los dedos por entre la valla metálica hasta que no pueden ir más allá; con la punta de los dedos rozo el tubo, y siento el sudor en la espalda a pesar de que no hace calor; el pánico se está apoderando de mí. Dejo los otros tubos en el suelo, vuelvo a intentarlo, intento usar los dos índices a modo de pinza para agarrar el tubo por el extremo plano, y noto que se mueve. Miro fijamente a través de la oscuridad, tiro de él, lo hago pasar por el orificio. Recojo otra vez las pinturas, me pongo en pie, con todo el cuerpo dolorido, y me giro a mirar el muro que tengo a mis espaldas. Los ojos ya se me están acostumbrando a la oscuridad, y me doy cuenta de que los borrones que veía en el cielo y que pensaba que eran nubes son en realidad formaciones de estrellas lejanas. No oigo nada, así que echo a caminar, con el corazón en un puño, atravesando el espacio que separa la alambrada del muro exterior.

Ahí no hay donde esconderse; nada que me proporcione una

sombra en la que ocultarme. Y me siento en paz: si me pillan, me pillan.

Avanzo todo lo rápido que puedo, y de pronto me encuentro a los pies del muro. Es tan grande que sería imposible escalarlo, pero no es eso lo que quiero. En la oscuridad, a la luz de las estrellas, no es más que un lienzo. Un lienzo en blanco, liso, infinito, perfecto.

Me quedo inmóvil un momento, sintiéndome más viva que nunca. Con manos temblorosas quito el tapón a los tubos y me pongo a pintar.



Capítulo 12

—¡Jess! —Oigo la voz de Cass muy cerca—. ¡Jess!

La conmoción es total. Intento abrir los ojos, me duelen los brazos, tengo las piernas agarrotadas.

—¡Jess! —insiste, angustiada. Por fin reacciono y abro los ojos de golpe.

Me mira, con las manos apoyadas en mis brazos. No puede decir lo que querría decir, pero sus ojos lo dejan claro.

—Ha pasado algo… —dice, poniendo énfasis en el «algo».

En el dormitorio se oyen voces, pero cuando levanto la cabeza y me siento en la cama me doy cuenta de que está casi vacío, que todo el mundo está fuera, gritando, chillando. Las Madres también gritan.

Cass me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué has hecho? —me susurra, nerviosa.

Yo me la quedo mirando, sin más.

—Más vale que te vistas —dice, tirándome mi vestido.

Me lo pongo por la cabeza y sigo a Cass al exterior, bajo la cegadora luz del sol. Allí reina el caos. Cass me mira, agitada, mientras nos abrimos paso por entre la multitud. Hay cientos de

chicas ahí fuera, algunas de ellas gritando.

—¡Ya basta! ¡Adentro!

Unas cuantas de las Madres están intentando conducir a las chicas de nuevo hacia los barracones, pero, curiosamente, ninguna obedece. Nos acercamos a la valla frente a la que se agolpan las chicas, todas estirando el cuello para ver mejor, introduciendo los dedos en los agujeros de la valla metálica. Cass y yo nos vemos engullidas por la multitud, y a nuestro alrededor se oyen protestas porque algunas de las chicas de delante están tomándose demasiado tiempo.

—¡Dejadnos ver! —gritan las otras—. ¡Salid de en medio!

Al final, las chicas de delante se ven apartadas a empujones. La multitud empieza a dispersarse, y veo por fin el muro. La pintura. La puerta abierta, de color marrón. Un triángulo de luz que conduce al espectador a través de la puerta y más allá, hacia un mundo de plantas, enredaderas y flores. La luz del sol aporta un elemento que yo no habría podido prever, porque su sombra hace que de algún modo la imagen se despegue del muro. Cass me agarra de la mano, y yo me quedo sin aliento. No sabía que podía sentirme tan fuerte y tan débil al mismo tiempo. Me giro y veo a Cass, que contempla la imagen.

—Es la imagen de la libertad —murmura, impresionada.

Miro a mi alrededor y observo, fascinada, a las otras chicas que miran, cautivadas, con los ojos brillantes. De pronto quiero llorar, porque sé que han sentido algo, que algo en mi interior ha hablado con algo en el interior de ellas.

Vuelvo a mirar a Cass, y de pronto un fusil dispara al aire. Ambas nos agachamos de forma instintiva e involuntaria. Me agarra de la mano, asustada, y buscamos protección con la cabeza gacha.

—¡Todas en fila! —gritan los guardias, y cada vez llegan más.

El aire está cargado de una energía casi eléctrica. Las Madres nos ordenan ponernos en formación, y de pronto tomo conciencia de lo peligroso que es esto. Nunca he oído tanto jaleo, tanta excitación, un atisbo de rebelión. Tardamos mucho más de lo habitual en formar, las chicas están desbocadas, pero al final conseguimos ocupar nuestro sitio y las Madres nos piden a todas que extendamos las manos. Yo ya sabía que esto ocurriría. Tras ellas vienen los guardias, que entran en los barracones. Ruido de literas volcadas, de colchones levantados. Sabía que harían algo así, de modo que anoche enterré los tubos vacíos junto al muro, lavé el pincel y me aseguré de que no quedara ni rastro de pintura.

El rostro de Madre Clement es la imagen de la indignación, con la mandíbula y la garganta en tensión.

—¡Las manos a la vista, he dicho! —grita, y la voz se le quiebra de la rabia. Nunca la he visto tan furiosa.

Las chicas se miran unas a otras y extienden las manos. Yo observo a Madre Clement, que se pone a caminar por la formación, buscando seguramente restos de pintura en nuestras manos, nuestros vestidos, nuestro pelo. Se acerca, escrutándolo todo. Oigo llorar a algunas de las niñas más pequeñas. Veo cómo se va acortando su sombra en la tierra del suelo al acercarse y, horrorizada, observo un temblor en mis manos, pero no de miedo, sino de adrenalina. Por la sensación de haber recuperado algo.

Sus pasos se acercan, y yo intento controlar el temblor. Nos mira de arriba abajo, y de pronto la tengo ahí delante. Se detiene, sin intentar siquiera disimular su desconfianza, y me examina las manos, entornando los párpados.

—El otro lado —ordena con la voz vibrándole en la garganta. Sé que no hay ni rastro de pintura, pero algo en mi interior me dice que podría haberlo—. He dicho el otro lado —repite, tensando aún más

la voz.

Yo me concentro en mis manos en un intento de controlar el temblor de los dedos. El mejor modo de hacerlo es mirarla fijamente a los ojos y girar las manos despacio, mostrándole las palmas. Ella vuelve a mirarme a la cara, levanta la barbilla y deja pasar un momento antes de seguir adelante.

El comedor está más animado que nunca. No sé si son imaginaciones mías, pero es casi como si algunas de las chicas caminaran con más descaro. Como si se movieran con más soltura. Todas comen rápido para poder volver a salir. Hoy tienen que llevarnos a trabajar; quieren alejarnos del muro, y las flores no van a esperar.

Deva viene a nuestro lado, muy animada.

—¿Lo habéis visto? —pregunta.

—Es increíble —dice Cass, asintiendo.

Yo sigo comiendo y trato de no mostrar demasiada emoción.

—Casi me daba la impresión de que podía pasar al otro lado, atravesar ese estúpido muro… ¿Os lo imagináis?

Levanto la vista.

—Pues sí.

Los ojos de Deva están viendo cosas, es evidente.

—Pasar al otro lado, hacia esas flores, hacia ese espacio verde…

Entonces me fijo en que la tristeza ha asomado a sus ojos y que tiene la voz entrecortada por las lágrimas. Es como si se hubiera abierto algo en su interior. Cass le coge la mano y Deva contiene las lágrimas.

—Me ha hecho sentir libre, eso es todo.

La miro y sonrío con tristeza mientras intento acabarme la comida. Luego seguimos al resto hasta los camiones y se oyen gritos y protestas cuando las chicas ven que los guardias ya están

borrando la pintura, cargados con cubos, largas brochas y productos químicos. La imagen va desapareciendo, y se nota el malestar en el ambiente, el descontento.

Podrán borrarla, quizá, pero no creo que consigan borrarla de la mente de las chicas. Algo ha cambiado. Es como si alguien hubiera encendido una cerilla.



Capítulo 13

Hoy Cass está más callada de lo que pensaba. Nos subimos al camión y escuchamos la incesante charla de las otras chicas. Captamos fragmentos de conversaciones por todas partes.

—Yo iría en busca de mi hermano —dice una chica.

—Yo iría a ver el mar. No lo he visto nunca.

Cass y yo escuchamos todo lo que dicen mientras los camiones se ponen en marcha hacia el oeste. Las chicas van haciéndose sugerencias las unas a las otras, y escuchan entre risas. Observo a Cass y pienso en qué es lo que la preocupa. Ella cierra los ojos antes de que pueda preguntarle, y no lo hago; no quiero molestarla.

Nunca he sentido esto, sea lo que sea. Es un poco lo que siento cuando me despierto por la noche, pero tiene una dirección; la energía tiene adónde ir, los pensamientos tienen un destino, en lugar de dar vueltas en mi cabeza sin más. Los rostros de las chicas tienen un brillo nuevo, como si alguien les hubiera quitado un velo de polvo de encima, y todo se ve con más claridad. Cada vez que las miro y las veo sonreír, cada vez que pienso en la pintura, el corazón me da un vuelco porque veo que pueden imaginárselo. Pueden ver algo diferente.

Paseo la mirada por el paisaje vacío. Las manos se me van al pincel, en el bolsillo del delantal, y la mente se me va a Eliot, y me pregunto si podría conseguir más pintura. Siento un nudo en el estómago por las ganas de volver a hacerlo. Hoy no vamos lejos, y, cuando Cass y yo bajamos, me aseguro de que pase ella delante, para que no puedan volver a hacerme la zancadilla. Cogemos una escalera cada una y nos dirigimos a los árboles.

Una vez Ruth me enseñó una pintura, la imagen de un manzano que tenía todos los colores del arcoíris. No parecía en absoluto un manzano, pero lo era. Las ramas estaban retorcidas, viejas y nudosas, lo cual le daba un aspecto antiguo, precioso. Los árboles de aquí son jóvenes, y los podan para que tengan una forma precisa; ni siquiera ellos pueden crecer libremente. Observo a Cass, que busca un lugar en el tronco para apoyar su escalera, y yo subo a mi lado del árbol, y es entonces cuando me acuerdo. La miro de frente; con tantas emociones esta mañana, se me ha olvidado. Se me ha olvidado por completo.

—¡Es tu cumpleaños! —exclamo.

Cass me mira, y de pronto los ojos se le llenan de lágrimas. Asiente.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada. No es algo que haya que celebrar.

—Catorce —digo yo, y la palabra queda flotando entre nosotras —. Con toda la conmoción de esta mañana…

—No pasa nada —repite con un nudo en la garganta. Se la ve muy asustada.

—Feliz cumpleaños, Cass —digo suavizando la voz. Ruth decía que, cuando ella era pequeña, lo celebraban con fiestas, globos, juegos y cosas buenas para comer.

—Gracias, Jess —responde Cass, y empieza a polinizar las flores.

Mamá solía hacer algo tonto para nuestros cumpleaños, algo diferente, como la vez que fue a buscar manzanas para Shey o cuando decoró mi habitación con una guirnalda de copos de nieve de papel.

—Dado que es tu cumpleaños, si quieres, puedo contarte una historia.

Cass no se gira a mirarme, pero veo asomar una sonrisa en la comisura de su boca. No dice nada, y no la presiono.

—¿Qué tipo de historia? —pregunta por fin. Entonces le sonrío.

—Bueno, puedo hablarte de esa gente que solía comerse el cielo, y sabía a sandía y a carne, pero abusaron, así que el cielo se enfadó y se separó de la tierra…

Cass menea la cabeza.

—¿Qué tal una historia sobre un barco volador?

Ahora se ríe.

—Qué rara eres —murmura.

—Muy bien, muy bien. ¿Quieres oír la historia de una oca enorme y una vieja gruñona?

Ahora se ríe y pone los ojos en blanco.

—Vale, la oca es…

—¡No, por favor! —exclama.

La veo reírse y levantar la mano.

—El año que viene estarás celebrando tu cumpleaños en otro sitio —digo, y de pronto se pone muy seria.

—No…

Meneo la cabeza.

—No, quiero decir que estarás en otro sitio. Libre. Estoy segura.

—Eso espero —dice, y de golpe nos quedamos en silencio; solo se oye el murmullo lejano de las otras chicas.

—Si tienes ganas de contarme una historia, puedes contarme mi

preferida.

Ahora soy yo la que pone los ojos en blanco.

—Otra vez no… —le imploro.

—Sí, otra vez.

Y me paso el resto de la tarde hablándole del norte.



Hoy a la hora de la cena se oyen más risas. Las chicas charlan animadamente. Los guardias parecen tensos, no están acostumbrados a ese volumen, pero en realidad no tienen motivo para decir nada ni para castigar a nadie. Cass y yo comemos juntas, y Deva le pone doble ración y le susurra «Feliz cumpleaños», y luego nos ordenan que entremos en los barracones. Quizá tengan miedo de que nos congreguemos de nuevo junto a la valla, aunque ya han borrado la pintura.

Nos estiramos juntas en la litera de abajo y escuchamos a una de las chicas del dormitorio de al lado, que canta en un idioma que no entendemos. Creo que es polaco.

—¿De qué crees que va? —susurra Cass.

Escucho. La canción tiene un aire nostálgico.

—No lo sé —confieso—. Algo medio alegre, medio triste.

—¿Quizá sobre alguien a quien le han roto el corazón?

—Quizá.

—O quizá de alguien que se ha perdido y está buscando el camino de vuelta a casa —sugiere.

Escuchamos hasta que se acaba la canción, y luego otra chica se pone a cantar, y escuchamos fragmentos de otro idioma, de otro mundo desaparecido.

Nos quedamos ahí estiradas un buen rato, mientras flotan en el

aire diferentes sentimientos, hasta que Madre Clement nos grita a todas que nos callemos. Cass me da un beso en la mejilla y se sube a su litera.

Me quedo despierta, pensando en la pintura, en cómo la miraban las chicas, y en las canciones.

—Feliz cumpleaños, Cass —susurro, pero ella ya está dormida.



Capítulo 14

El Padre Renatus está en la tarima cuando entramos. Es una asamblea especial, aunque todas imaginamos el motivo. Ha querido llegar antes que nosotras para mirarnos desde lo alto, supongo que con la intención de impresionarnos. Tiene la cabeza ladeada y los nudillos blancos de tanto apretar los lados del viejo atril. Hoy hay más ruido de lo habitual, aunque no se distinguen las voces, pero las chicas parecen más animadas mientras ocupan sus sitios. Luego se cierran las puertas y se hace el silencio. Tras una pausa, el Padre se aclara la garganta.

—Sé que ha sido un error —dice por fin, con la voz tensa como el cable de un trapecio—, quienquiera que haya pintado ese mural —añade, escrutándonos.

Yo escucho muy recta, con el hombro pegado al de Cass.

—Y, aunque esa persona quizá no sepa que ha sido un error, acabará dándose cuenta. Quienquiera que haya hecho eso os está engañando —dice para intentar apagar el fuego del único modo que sabe—. Quienquiera que lo haya hecho pretendía deciros que estáis atrapadas, cuando en realidad somos una familia. Una unidad.

Charmian está delante de nosotras, y veo que tensa un poco el

cuerpo. Es asombroso cómo puede hablar con esa voz tan modulada y sonar tan razonable.

—Estamos aquí para protegeros del mundo… —añade, adoptando un gesto de preocupación—. Para protegeros del hambre, de las luchas, de los hombres que podrían… —Deja la frase a medias —. Abrir la puerta al exterior es un concepto peligroso. Aquí hay libertad. Libertad para vivir y trabajar con seguridad, para no pasar hambre, para tener una vida productiva. Para cambiar las cosas.

Aunque nadie dice una palabra, noto que la sensación de rebelión va disipándose entre las chicas que me rodean, que les asaltan las dudas. Eso era lo que me temía.

—Quienquiera que sea esa persona quiere arrastraros al peligro y a la incertidumbre. A vosotras, chicas, jovencitas, que sois las personas más vulnerables de nuestra comunidad.

Percibo cómo los ánimos se van calmando aún más.

—Lo peor de todo, quizá, es que es evidente que esa persona no se da cuenta de cuánto la valoramos…

De pronto tengo las mejillas encendidas, con una rabia que él está intentando poner al descubierto.

—Así que quiero que estéis atentas para que podamos identificar a la persona responsable de esto, y, una vez identificada, podamos ayudarla. Y, si no podemos ayudarla, nos aseguraremos de que no siembra el malestar entre las demás. Que no crea que puede saltarse las normas a su antojo cuando todas las demás sois tan cumplidoras, tan buenas chicas.

Entonces cambia de asunto, nos pide que recitemos nuestra promesa de lealtad y empieza con los anuncios. Repasa las estadísticas de hectáreas polinizadas, vuelve a tomar el control, les recuerda a las chicas sus obligaciones, elimina cualquier distracción exterior. Yo desconecto y me pongo a mirar a las chicas a mi

alrededor. El brillo de sus ojos parece haber desaparecido otra vez. La cosecha que obtendremos se usará para comprar combustible, armas, baterías, productos químicos, equipos de irrigación. No puedo escuchar todo eso. Ha apagado el incendio con palabras, y de pronto siento que la pequeña llama chisporrotea, a punto de apagarse, y pienso en papá.

Mamá no tuvo que polinizar. Era demasiado mayor para que la enviaran a este lugar cuando se crearon los primeros campamentos y aún era soltera. Siempre dijo que no quería tener hijos hasta que conoció a mi padre. Él había desertado del ejército, y se conocieron en una manifestación. Ambos estaban en la calle gritando consignas cuando llegaron los militares y tuvieron que salir corriendo. Se refugiaron en un coche quemado juntos, agazapados en la parte de atrás hasta que pasaron los soldados. Mamá decía que habían estado hablando en susurros casi todo el tiempo que pasaron juntos en el coche. Cuando salieron, ambos estaban cubiertos de hollín y se reían, aunque no recordaba por qué. Mamá dijo que se apoyaban el uno en la otra, que eran capaces de infundirse alegría mutuamente.

Papá pensaba que los mítines, las protestas, las palabras podían cambiar las cosas, pero el régimen distorsionó todos los mensajes. Estaba seguro de que el lenguaje era el único medio para ganar, para contarle a la gente lo que estaba pasando exactamente, para evitar que se llevaran a los niños y a las niñas, para detenerlos, pero el Gobierno tachaba de loco a cualquiera que le llevara la contraria. Les robaron la tinta, las palabras, emborronaron sus mensajes. Mamá decía que papá inició su proceso de autodestrucción después de que naciéramos Shey y yo, que estaba furioso y se volvió imprudente por el sentido de culpa que tenía después de habernos traído a este mundo, que las esperanzas de un futuro mejor que siempre había albergado chocaban con la realidad. A veces

desaparecía durante días, hasta que al final la milicia lo encontró y lo arrestó. Creo que mamá quería que yo supiera que no era una mala persona.

Ahora están cortando el pelo a las últimas chicas seleccionadas. Una de ellas está intentando no llorar, y de pronto me hierve la sangre cuando veo que es Grace Coleman, que echa la cabeza hacia delante mientras las tijeras le cortan la hermosa melena. Noto que Cass se encoge a mi lado y Deva, a su otro lado, le agarra la mano.

Fijo la mirada en el Padre Renatus, que observa cómo Grace contiene las lágrimas, y veo algo en su rostro: una sensación de control, de tranquilidad, y el motivo por el que la reconozco es porque yo también la he sentido.



Capítulo 15

Los camiones están de nuevo en formación, y yo me dirijo hacia ahí detrás de Cass cuando noto que alguien me toca el brazo. Me llevo una mano a los ojos para protegerme del sol y me giro. Es Zuri. Está casi sin aliento.

—Hoy te necesitamos con los pinceles —dice.

Miro a Cass, que se ha detenido y también está mirando a Zuri. Hoy tiene los ojos hundidos, con unas oscuras ojeras debajo.

—Grace se ha ido…

—Por supuesto —respondo.

Cass frunce el ceño.

—¿Eso significa que a partir de ahora vas a trabajar ahí? —pregunta.

Me giro hacia Zuri, que se encoge de hombros.

—Venga, nos están esperando —dice, y echa a caminar.

Miro a Cass y sonrío para intentar reconfortarla.

—Te veo luego —le digo.

Ella asiente, sonríe y se va hacia el camión más cercano. Me giro y sigo a Zuri hacia el barracón. Noto una extraña presión en el estómago al pensar en esos pequeños momentos compartidos con

Cass mientras polinizábamos. Esos segundos en los que nos dejábamos llevar, nos olvidábamos de dónde estábamos y la observaba a través de las flores. Aunque fueran una ilusión, eran momentos fugaces de libertad.

Tardo un momento en acostumbrar los ojos otra vez a la oscuridad del barracón, y sigo a Madre Clement en dirección a la Casa de los Pinceles. Al malestar por haber dejado a Cass, se suma la posibilidad de ver a Eliot y de preguntarle qué han dicho los guardias sobre la pintura. Esperamos en el exterior a que nos abran y, al entrar, el olor a cola sintética se nos pega a la garganta.

Entorno los párpados, miro alrededor y veo al otro guardia y a otra Madre, pero no a Eliot. Eso me intranquiliza un poco. Me acerco al lugar de trabajo de Grace, que está como si no se hubiera ido. Cojo unos cuantos mangos, los sumerjo en la primera capa de cola y la mente se me va de nuevo al equipo de pintura que tenía en casa.

Mis pinceles estaban hechos con cerdas de jabalí, o eso me había dicho mamá, fijadas con cera de abeja y luego atadas. Estaban diseñados para que los trazos fueran regulares, bonitos, para que liberaran el color y el papel se saturara de pigmentos. Dejo los mangos de pinceles sobre la mesa y los voy poniendo uno junto al otro. No se oye ningún ruido más que el de las chicas que afinan los mangos con sus cuchillos y el de las virutas de madera que caen al suelo. Los cuchillos se cuentan al entrar y al salir, y la mente se me va de nuevo a Eliot.

Cuando todo se vino abajo, se pusieron a hacer cada vez más cosas sintéticas: intentaron sustituir las naturales, encontrar nuevos materiales. Invirtieron en ciencia, sin darse cuenta de que no había lugar para la ciencia en un mundo que no funcionaba. En un momento dado, antes de todas las guerras y todo el caos, crearon drones y otras máquinas para polinizar, pero, en cuanto estalló la

batalla campal, empezamos a ir hacia atrás.

Los países que podían extraer materias primas para las baterías se las quedaban para ellos o comerciaban únicamente con países que tuvieran algo que les interesara; había corrupción por todas partes, se hizo imposible conseguir los metales necesarios para la tecnología, así que solo el ejército y los más poderosos podían tener teléfonos y mantener las comunicaciones. Cayeron los gobiernos, las milicias tomaron el control y dirigieron lo que quedaba de los países como mejor les parecía. Los hijos de los que controlaban el ejército se convirtieron en líderes locales. Cass decía que el Padre Renatus era uno de los hijos del general Porter.

Intentaron encontrar formas más complicadas de hacer las cosas. Energía, tejidos, comida. No puedo evitar sonreír al pensar en lo absurdo que es. La naturaleza nos daba madera, nos daba cerdas de jabalí, pelos de caballo y velas de cera de abeja, que nos proporcionaban una luz limpia con la que trabajar. Y, sin embargo, aquí estoy, haciendo pinceles de este modo.

—Se te da cada vez mejor.

Es Zuri. Me mira las manos mientras remojo los mechones de pelo en la cola y hago rodar el mango por encima, en un movimiento que ya empieza a ser instintivo. Me encojo de hombros. Ella está atando los pinceles a mi lado, con la mirada puesta en el trabajo.

—Sé lo que es, ¿sabes? —dice en voz baja, echando una mirada fugaz a la piel magullada de mi mejilla.

Levanto la vista y frunzo el ceño.

—Los insultos, los empujones —añade.

Vuelvo a bajar la mirada sin saber qué decir.

—Mi pelo. Ver cómo tiran una melena como la mía a la basura.

La escucho. Es reflexiva, perspicaz.

—He oído que sabes leer —dice, y de pronto siento una conexión

—. Mi abuela también me enseñó. Libros de historia, sobre todo, pero también le encantaba la ficción.

Me asusto al ver que el guardia se pone en pie, pues pienso que viene hacia aquí, pero se acerca a hablar con Madre Clement, y dejo caer los hombros, aliviada.

—Una vez Charmian me dijo que mentía, que esto no ha ocurrido nunca, que la gente nunca ha estado retenida en sitios así. Y lo decía con una seguridad en sí misma…

Veo lo mucho que eso le duele a Zuri.

—Lo cierto es que me alegro de lo de mi pelo. Mi ADN se está rebelando contra estos estúpidos pinceles. Todo mi cuerpo lucha contra esto.

La miro y sonrío.

—¡Volved al trabajo! —Es el guardia. Se ha girado y se dirige hacia nosotras. Las dos bajamos la mirada y nos esforzamos en mantener las manos ocupadas.



Cuando regreso me encuentro a Deva y Cass sentadas sobre la litera de Cass. Me siento debajo y escucho sus risas. Es agradable oírlas así, alegres. Cuanto más tiempo pasan juntas, más en sintonía están. No estoy enfadada ni celosa. A veces incluso me pregunto si soy una buena influencia para Cass; ella necesita confianza y yo solo le provoco incertidumbre.

Al cabo de un rato me levanto y salgo. Falta aún media hora para que suene la campana para irse a la cama. Cruzo mi lugar favorito sin mirar al otro lado del muro, donde sigue el fantasma de mi pintura sobre el cemento, cubierto por un manchurrón blanco. Me siento, con la espalda contra la valla, y me quedo mirando a las

chicas, que vuelven a estar enfrascadas en sus trueques.

Y entonces oigo la voz de Eliot:

—Fue brillante.

Intento disimular el sobresalto, y noto que dejo caer los hombros, aliviada. Me quedo ahí sentada, en silencio, escuchando el parloteo de las chicas a lo lejos. Acerco las rodillas al cuerpo y apoyo los codos encima.

—Pensaba que te enfadarías.

—¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—Podía haberme metido en un lío, y meterte también a ti. En realidad, no pensaba que te importara, pero lo cierto es que no te conozco demasiado.

—Con esas pinturas hiciste más de lo que habría podido imaginarme —dice en voz baja—. Y están preocupados, muy preocupados.

—¿Quiénes?

—Los guardias, las Madres, el Padre Renatus.

Me doy cuenta de que, sin quererlo, he ensanchado los hombros de satisfacción.

—No suelen preocuparse por nada. Pero nos convocaron a una reunión. Hablaron de cómo calmar a las chicas. Nos pidieron que estuviéramos atentos. Es como si hubieras accionado un mecanismo que no pueden controlar…

—Pero sí que han podido… El Padre Renatus consiguió calmarlas…

—Por esta vez.

—No tengo claro que las otras chicas estén listas. Fue como si se despertara algo en su interior, pero no sé cómo seguir adelante…

La frase se me queda atascada en la garganta.

—Las revueltas en la ciudad han empeorado; la milicia apenas mantiene el control. ¡Ahora no puedes parar!

—¿De dónde las sacaste? Las pinturas, quiero decir —pregunto al fin.

—Un día a la semana nos llevan a la ciudad —dice Eliot—. Para hacer guardia en los puestos de control. Allí cerca hay una vieja fábrica, saqueada; todo lo que tenía algún valor se lo han llevado. Pero hay pinturas, pinturas para artistas. Es lo que se fabricaba allí. Aunque supongo que no vale para pintar casas o muebles, porque nadie las quiere.

Me quedo pensando un momento.

—¿Cuánta pintura hay?

—Toda una sala llena.

El corazón se me dispara en el pecho; ni siquiera soy capaz de imaginarme toda esa pintura.

—¿Es peligroso hacerse con ella?

—Sí.

—No me había dado cuenta… Lo siento mucho. No puedo pedirte…

—¿Así que estás pensando en pintar algo más? —me pregunta, con urgencia en la voz—. Estaba pensando que quizá podría llevar unas cuantas a la Casa de los Pinceles y ocultarlas ahí.

—No lo sé, Eliot. Ahora será mucho más difícil. Estarán vigilando… y si nos pillan…

No consigo acabar la frase.

—A mí no pueden matarme —dice él, sin más—. Ni siquiera estoy seguro de estar vivo.

Esbozo una sonrisa triste.

—Pero, si no nos pillan, quizá puedas ponerlos a todos de rodillas.

Por un momento siento el peso de sus palabras; los dos nos sumimos en nuestros pensamientos.

—De hecho, no hay mucho que saber sobre mí —añade al cabo de un rato.

—No sé qué quieres decir —respondo frunciendo el ceño.

—Dijiste que no me conocías.

Sonrío.

—Bueno, es evidente que no te importa correr riesgos.

—Solo corro riesgos por cosas importantes —afirma, convencido —. Y esto es importante, Jess.

Se hace el silencio y lo oigo respirar.

—Bueno, ¿qué dices?

De pronto los pensamientos me retumban en la mente.

—Si lo hacemos… —respondo—, voy a necesitar más pinceles.



Capítulo 16

Ha sido una larga semana de trabajo. Cada mañana busco a Zuri con la mirada por si viene a buscarme para hacer pinceles, pero no la veo. Cada mañana los guardias nos anuncian a gritos el trabajo que tenemos que hacer, las zonas que tenemos que polinizar antes de que acabe la semana. Llevan toda la semana sacándonos temprano por la mañana y devolviéndonos tarde a los barracones para intentar recuperar el tiempo perdido con la tormenta. Me paso el día encaramada a la escalera, con la garganta seca, cepillando las flores con una chica a la que en realidad no conozco. Pasamos el polen de una flor blanca en forma de estrella a otra. Creo que son limoneros.

Anoche Cass tuvo un sueño y empezó a respirar entrecortadamente. Da la impresión de que se traga el miedo todo el día para ofrecer una imagen de serenidad, pero luego se le escapa mientras duerme, cuando no puede controlarlo, y respira de un modo extraño, tensa el cuerpo y aprieta los dientes.

A veces me levanto, le apoyo una mano en el brazo e intento hacerla reaccionar un poco, pero anoche estaba demasiado tensa.

Shey era sonámbulo. Hacía tiempo que no pensaba en ello, pero recuerdo que a veces se levantaba de la cama, se ponía a caminar

por la casa y gimoteaba. Yo me despertaba asustada, y mamá también, y me ponía a temblar de miedo, hasta que me daba cuenta de que era él. No era más que Shey, de pie en la cocina, llorando y gritando, y, aunque sabía que era él, tenía que taparme los oídos, porque era insoportable, y no conseguía entender que no se despertara. Pese a todo aquel ruido, acababa volviendo a la cama, y por la mañana no se acordaba de nada.

Mamá decía que había algunos sonidos que afectaban especialmente a los humanos. Decía que era como cuando lloraba un bebé, que no solo te afecta al oído o a los nervios, sino también a algo mucho más profundo, que nos conecta con algo más grande, y que esos llantos y aullidos eran lo mismo. Yo la creo: lo que nos hace humanos es ese impulso de coger en brazos a un niño que llora, de tender la mano a alguien que sufre.

El caso es que Shey lloró. Lloró cuando lo apresaron, y yo no pude ir a abrazarlo. No puedo recordarlo bien porque, cada vez que mi corazón empieza a recomponer la escena, mi cerebro la rompe en pedazos. El sonido que emitía cuando se lo llevaban a rastras no eran palabras, era algo mucho más profundo. Algo como la rabia, la humillación, la frustración y, lo peor de todo, la rendición. Lo habían pillado, lo sabía, y lo obligarían a combatir.

Levanto la vista y veo a los guardias de pie, formando una línea, a intervalos de cien metros, la distancia a la que llegan las balas.

Mamá le contó a Shey lo que harían; quería que estuviera preparado. Empezarían afeitándole la cabeza y hablándole de la gente que lo vería pasar hambre y se regodearía con ello. Le susurrarían cosas sobre los hombres que vendrían del otro lado de la frontera y arrasarían con todo lo que teníamos, llevándose a las mujeres y a las niñas. Todo se reducía a la vida o la muerte, al bien contra el mal, y le dijo que tendría que ser fuerte para poder

mantener la cordura ante aquella matanza.

Yo sigo pasando el pincel por las flores, mirando de vez en cuando a la chica al otro lado del árbol; a ninguna de las dos nos apetece hablar. Luego mamá dijo que después llegaría la crueldad, para endurecerlos. Quizá dándole una paliza a alguno hasta dejarlo medio muerto, los juegos mentales, el lenguaje brutal, que los dejaría petrificados hasta el punto de convertirlos en hombres deshumanizados.

Eliot me dijo que conseguiría más pinturas, pero que dependería de cuándo volvieran a destinarlo a la ciudad. Esta vez necesitaré pinceles más grandes, y será más difícil, ya que los guardias estarán más atentos. Lo que necesitamos es hacer los pinceles y guardarlos en la Casa de los Pinceles. Si Eliot puede llevar las pinturas ahí, podemos guardarlas hasta que estemos listos y, llegada la noche de la pintada, puede enterrarlas junto a la valla. La tierra está tan seca que no me llevaría demasiado tiempo escarbar y sacarlas de nuevo.

Siento una presión en el estómago solo de imaginarlo, y no puedo dejar de pensar en Shey. Su espíritu bondadoso será lo que lo mate o lo que lo mantenga con vida, eso lo tengo claro. Hará que se le parta el corazón, como le pasó a nuestro padre, o se convertirá en lo que le dé fuerza. A eso me agarro, al hecho de que es tan bueno que, aunque lo quieran endurecer a golpes, quedará suficiente bondad en su interior como para salvarlo.

Sigo dando pinceladas, pero hace muchísimo calor, un calor insufrible.

—Tú eres amiga de Cass. —La voz de la chica interrumpe mis pensamientos.

La miro y sigo trabajando. Ella no me devuelve la mirada.

—Sí —respondo, y ella asiente, con un gesto que sugiere algo más.

Espero, pero no dice nada.

—¿Pasa algo? —pregunto.

Ahora me mira, y me doy cuenta de lo pequeña que es. Tiene la cara estrecha y la nariz puntiaguda. Como un pájaro.

—Odio la gente que habla, y las chicas no hacen más que hablar y cotillear. No me gusta.

La miro y frunzo el ceño. Ahora sopla una suave brisa que le alborota la punta de los mechones rebeldes que le enmarcan el rostro.

—¿No te gusta?

—No me gusta contar chismes —dice con una mueca de incomodidad.

—¿Cómo te llamas?

—Emily —responde, comedida.

—Emily, ¿qué pasa? —pregunto.

—Tú eres su amiga, por eso…

—¡¿Por eso qué?!

Baja el brazo y deja de polinizar un momento, agarrada a lo alto de la escalera con las dos manos.

—Dicen que Deva y Cass son más que amigas, que están juntas…

Intento no mostrar ninguna emoción. Tan solo asimilarlo, sin más.

—No digas tonterías —respondo, un poco a la defensiva.

Ella me mira fijamente, sin parpadear.

—Solo es algo que he oído, nada más. He pensado que deberías saberlo. Es peligroso. —Hace una pausa—. Si fuera mi amiga, yo querría saberlo.

Pienso en Deva y Cass, en cómo se ríen juntas, en cómo se miran a los ojos.

—Eso es ridículo.

Emily se encoge de hombros. Me la quedo mirando. Suele estar sola, siempre al final de la cola, y nunca he visto que se mostrara cruel o que fuera por ahí cotilleando. Le agradezco que sea tan directa y valiente, y que me lo haya contado.

—Mira, estás equivocada —digo sin pensarlo—. Quienquiera que lo haya dicho se equivoca… Pero gracias por contármelo.

Ella se encoge de hombros y sigue trabajando. Yo también, pero siento una extraña vibración en el interior del cuerpo. Voy pasando el polen de flor en flor, salpicándolas con el polvo dorado.



Capítulo 17

Está oscureciendo, y ceno con Deva y Cass, evitando buscar señales. Lo que ha dicho Emily es ridículo. No digo nada y, cuando me preguntan si quiero ir paseando con ellas hasta el patio de ejercicios, me dirijo a mi litera para estirarme a pensar. No se puede querer a alguien del mismo sexo que tú, eso no existe. Antes pasaba, hace años, me lo dijo Ruth. Dijo que había un tiempo en que cada uno era libre de amar a quien quisiera, y que una de las primeras cosas que pasaron tras prohibir los libros fue que encarcelaron a la gente que amaba a personas del mismo sexo. Decían que eran egoístas, antinaturales. ¡Antinaturales! Después de todo lo que le habían hecho al mundo, los llamaban antinaturales, pero, en cuanto las chicas tuvieron como única función polinizar y tener bebés, eso se convirtió en tabú. Era algo horrible. Si se extienden los rumores, se llevarán a Cass; se las llevarán a las dos.

Las chicas hablan porque se aburren, porque necesitan tener algo en lo que pensar. Lo entiendo, pero no entiendo por qué hablan así unas de otras, y estoy demasiado cansada para pensar en nada. Me duelen los brazos, las rodillas, los lados de los pies, de presionarlos contra el interior de la escalera, y lo único que oigo es

el murmullo de las chicas en el patio, cada vez más alto, y luego el sonido de una de las puertas exteriores que dan al campamento. Cadenas, y luego chillidos. Unos chillidos como no los he oído nunca. Levanto la cabeza, me siento en la cama y me doy cuenta de lo sucios que tengo los pies. Me dirijo a la entrada y veo un montón de gente acercándose al barracón. Charmian va en el centro, con gesto serio pero triunfante. En los brazos lleva un cajón de algo que parecen manzanas. A su alrededor se desata la histeria, pero ella avanza como una reina, rodeada de los gritos y las exclamaciones de las chicas. Tras ella va otra chica, con otra caja de manzanas, y a lo lejos veo que Cass y Deva se giran a mirar.

—¡Poneos en fila! —grita un guardia.

Las chicas están tan excitadas que no consiguen ponerse en orden, y es un caos. Recibo los empujones de las que salen del barracón y se precipitan al patio de ejercicios.

Charmian ha dejado la caja en el suelo, y la otra chica hace lo mismo. Madre Clement toca el silbato, y las chicas se callan.

—Venga, venga… —exclama una chica, casi sin aliento, mientras me aparta y pasa delante. Localizo a Deva y a Cass y me acerco a ellas.

—Esto es un regalo del Padre Renatus —dice Madre Clement en voz baja, obligando a las chicas a callarse del todo para oírla—. Ha sido una semana difícil, y os lo quiere recompensar, para que veáis lo mucho que apreciamos vuestro duro trabajo.

El corazón se me encoge en el pecho al oír los gritos de felicidad. Eliot me ha dicho que estaban preocupados; deben de estarlo mucho, para habernos enviado esto. Un guardián recoge una de las cajas y sigue a Charmian, que recorre la fila dándole una manzana a cada chica. A muchas de ellas ni siquiera las he visto nunca. Yo estoy a tres cuartos del final de la fila más o menos, y el

estómago se me revuelve al verla con el rabillo del ojo.

—Es para que veáis lo mucho que se os valora —explica Madre Clement.

Las primeras chicas huelen su manzana, agarrándola con fuerza contra el pecho. Algunas no se han podido resistir y ya le han dado un bocado a la suya, por si alguien cambia de opinión y decide llevárselas.

—Una para ti, y una para ti —dice Charmian, cada vez más cerca.

Las niñas más pequeñas no pueden creerse la suerte que han tenido; las mayores están más calladas, pero tienen las mismas ganas de probar la fruta. De pronto, pienso en esa historia que me contó mamá sobre la manzana que mordió una mujer llamada Eva, que luego convenció a Adán para que la probara. Fue la debilidad de Eva lo que condenó al mundo. Hay historias que quizá sea mejor olvidar.

—Una para ti, y una para ti.

Todas las chicas levantan las manos, con las palmas abiertas, listas para recibir su regalo. Noto la presencia de Charmian cada vez más cerca y observo que algunas de las manzanas están golpeadas, por lo que probablemente no tengan la suficiente calidad como para venderlas o comerciar con ellas. Siento náuseas, no por las manzanas golpeadas o por tener que estar en fila, sino por lo condescendiente del gesto, por lo cándidas que el Padre Renatus se cree que somos y por la facilidad con la que dejan las chicas que juegue con ellas. Ya solo nos separan tres chicas, y me llega el olor ligeramente agrio de las manzanas demasiado maduras. A mi lado, una niña de pelo negro coge la fruta y, de repente, ahí está: Charmian. De pie frente a mí, mirándome sin contemplaciones, con cierto orgullo en los ojos. Pero sé que no deseo nada de lo que

pueda darme el Padre Renatus.

—Una para ti, por ser buena chica.

Dejo las manos a los lados del cuerpo y ella se frena de golpe, incrédula.

—¿No quieres una?

Me tiende la manzana como si me estuviera ofreciendo el mejor de los regalos. Yo fijo la vista en el horizonte, sabiendo que eso podría atraer la atención hacia mí, que lo inteligente sería coger la manzana y tirarla luego, pero no puedo. Es como si tuviera los brazos encolados a los costados del cuerpo. Y entonces ella me mira con una cara que no le he visto nunca. Parece herida, confusa, como si no se le hubiera ocurrido que rechazar la manzana fuera una opción, que pudiéramos desafiar a la autoridad.

—¡Venga, sigue! —le ordena el guardia, y Charmian sigue adelante.

Entonces ocurre algo excepcional. Como yo la he rechazado, Zuri, a mi lado, también la rechaza. Y Cass, y Deva. Y Emily, Xiao, Rhiannon. Todas la rechazan. Madre Clement se nos acerca, haciendo caso omiso a las exclamaciones contenidas que nos rodean.

—Habrá consecuencias —dice sin alterarse.

Ninguna de nosotras reaccionamos, y nos quedamos esperando hasta que se va. Al final se llevan las manzanas y se rompe la fila. Me doy cuenta de que estaba tan rígida que me duele el cuello. Noto que Cass me abraza un momento y luego se aleja con Deva, cogidas del brazo. Vuelvo a respirar y me giro a mirar cómo se comen sus manzanas las otras, encandiladas. A lo lejos veo que Cass mira a Deva con esa misma expresión, y de pronto me doy cuenta de lo ciega que he estado.



Capítulo 18

Dos días más tarde, Zuri viene a buscarme. Me pongo en pie y la sigo. Hace días que no duermo, e intento no mirar a Deva y a Cass, pero ahora que lo he visto me pregunto cuántas chicas más se habrán dado cuenta. Cuando Deva habla, Cass la observa fascinada, con ese brillo en los ojos que no puede controlar, y cada vez que veo la imagen en mi cabeza pienso en lo que le ocurrirá, o, mejor dicho, en lo que les ocurrirá a las dos. Me planteo hablar con ellas, pedirles que mantengan las distancias, lo que sea para que no les pase nada, pero el único momento en que he visto a Cass a gusto es cuando está junto a Deva.

Sigo a Zuri y cruzo el patio sin levantar la cabeza. Cuando entramos en la Casa de los Pinceles, veo a Eliot sentado en su rincón, pero hoy no levanta la vista. A su derecha está Emily, con otra chica que le enseña a tallar los mangos de madera. Ella sí levanta la cabeza al vernos entrar y esboza una sonrisa mínima. Me dirijo a las mesas, y Zuri y yo nos ponemos a trabajar.

Lo más difícil será hacer los pinceles mucho más grandes sin que nadie se dé cuenta y luego colocarlos en el estante junto a Eliot para que él pueda poner un trapo encima. Al menos no echarán de

menos la madera; hay tanta que, aunque falten un par de trozos, no se darán cuenta. Las chicas que lavan el pelo y las que hacen los mangos estarán muy enfrascadas en su trabajo; los que me preocupan son Zuri y el otro guardia. Ellos sí podrían ser un problema. Decido dejarlo para el final del turno, cuando todos estén ya más cansados y bajen la guardia.

Trabajamos unas horas, y el calor sofocante hace que la frente se me cubra de sudor. Voy poniendo los pelos en los pinceles sin pensar, sin sentir. Estos pinceles finos están bien para polinizar, pero, para pintar a la escala que estoy pensando, deben tener un par de centímetros de grosor.

—Fue muy valiente por tu parte —comenta Zuri sin levantar la vista—. Lo de rechazar la manzana.

Enrollo el hilo alrededor de mi pincel y lo ato.

—Lo mismo podría decir de ti.

Ella esboza una sonrisa.

—Tú ve con cuidado, es lo único que te digo.

Oigo que se abre la puerta. Madre Clement ha salido a almorzar. Nosotras solo comemos dos veces al día porque no trabajamos tan duro como las Madres, dicen. Echo una mirada al guardia más mayor, que parece adormilado por el calor. Eliot tiene la mirada fija en la pared de enfrente.

A cada hora, Zuri se va al otro lado de la mesa y selecciona otros mechones de pelo. Yo espero a que lo haga y entonces ato en un pincel cinco veces la cantidad de pelo habitual, preguntándome si el cordón será lo suficientemente largo, si el mango soportará la tensión, pero por suerte funciona. Intento trabajar al mismo ritmo, no correr más por el miedo. Curiosamente, con los pinceles más gruesos tardo menos, ya que son más estables. Me aseguro de atarlo bien antes de dejarlo caer en el bolsillo de mi delantal. Cojo

otro mango, pero en ese momento noto que Zuri está volviendo a su sitio, así que lo suelto otra vez y sigo con el trabajo habitual. Tendré que esperar otra hora.



Hacia el final del día tengo cuatro pinceles gruesos en mi delantal, y sé que tendré que deshacerme de ellos antes de volver al barracón, ya que si no se me vería el bulto al caminar. Zuri no parece haberse dado cuenta de nada, y estoy segura de que el otro guardia está casi dormido. Aún nos queda una hora más o menos, y veo que Eliot mira en nuestra dirección de vez en cuando. Se ha quitado la casaca y la ha puesto sobre el estante que tiene al lado. Tendré que acercarme, pedir agua o algo, lo que sea, para poder colocar los pinceles bajo la casaca. Él puede esconderlos cuando acabemos, después de marcharnos.

Espero, las otras chicas se acercan a ver el resultado de todo el día de trabajo, y una de ellas dice que estaba segura de haber hecho más mangos de pincel. Respondo que es fácil confundirse con el calor. Se encoge de hombros, demasiado cansada para discutir. Yo me doy la vuelta mientras las otras empiezan a recoger y se lavan las manos.

Entonces aprovecho la ocasión y me acerco a Eliot, que finge sorpresa al verme llegar. Me quedo junto al estante e inclino el cuerpo ligeramente hacia delante.

—Tengo muchísima sed —digo intentando no sonar demasiado dramática para no llamar la atención.

Él se pone en pie y se pasa la correa de la cantimplora por encima de la cabeza. En ese momento coloco dos pinceles bajo la casaca. Espero a que me dé la cantimplora y echo un trago, aunque

es como no beber nada, ya que el agua está templada. Agarro la cantimplora con la mano izquierda al tiempo que intento sacar los otros dos pinceles del bolsillo del delantal y, en el momento en que lo hago, uno se me resbala y cae al suelo. Entonces oigo un chillido a mis espaldas, y siento un nudo en la garganta. El guardia de más edad se levanta de un salto y sale corriendo hacia Zuri, que ha derramado la cola caliente sobre la parte delantera de su vestido.

—¡Au, au! —chilla.

—¡Al lavadero! —grita él, y nos giramos hacia allí.

Eliot me quita el pincel de la mano, recoge el otro del suelo y los oculta los dos bajo su casaca.

Me giro y voy corriendo junto a Zuri. Dos de las otras chicas ya le están quitando el delantal. La rodeamos para darle un poco de privacidad y que pueda echarse un vistazo a los muslos y los antebrazos. No parece que se haya quemado.

—Estoy bien, estoy bien —dice.

Eliot y el otro guardia se giran de espaldas para proteger su intimidad, aunque no hay nada que ver, y Zuri se estira la falda y suelta una risita.

—Desde luego, qué patosa… —dice, mirándome a los ojos—. Lo siento mucho —repite.

La miro, y tengo claro que lo sabe. Asiento a modo de agradecimiento y nos preparamos para marcharnos, dejando atrás el delantal sucio y los pinceles nuevos.



Esa noche querría ir a ver cómo está Zuri, pero no puedo; está en otro dormitorio. Me preocupa que se meta en un lío por estropear el delantal. Veo una mano que cae de la litera de arriba. Es Cass.

Busca la mía, y se la cojo, como en esas primeras noches, cuando yo no sabía lo que pasaba allí y Cass sí, así que dejaba caer la mano para cogerme la mía.

—Últimamente estás muy callada —susurra—. ¿Qué pasa?

No respondo. No sé qué decirle. Quiero hablarle de lo asustada que estoy por ella, de lo de los pinceles, de Eliot y de Zuri, pero es demasiado. Siento la calidez de su mano en la mía. Ella detecta mi inquietud y se deja caer al suelo, se mete en mi litera y me abraza. Los colchones son muy estrechos, apenas suficientes para una persona, y mucho menos para dos.

—Cuéntame —me dice, a oscuras.

Yo fijo la vista en el somier de su litera. No digo nada.

—Ya sabes que me doy cuenta de que a veces me ocultas cosas, y no sé por qué —me dice en voz baja. Y sonrío.

—¿No podría decir yo lo mismo de ti?

—¿A qué te refieres?

—A nada —respondo.

—Es como si quisieras evitarme preocupaciones, pero a mí no me da miedo saber cosas. Recuerda que soy mayor que tú.

—Pero tú no eres como yo —le digo.

—¿Cómo? ¿Rarita?

Me río en silencio, y el colchón tiembla un poco.

—No lo sé. Tú eres buena, tú ves lo mejor de cada uno.

—Yo espero lo mejor, hay una gran diferencia.

Nos callamos de golpe al oír a alguien que grita en sueños a lo lejos. Luego Cass se gira hacia mí.

—Mi… mi madre murió en el parto, al tenerme. Creo que eso no te lo he contado —dice en voz baja—. Perdió mucha sangre. A mi padre y a ella los habían emparejado por compatibilidad biológica, pero lo cierto era que no se conocían. Él volvió al ejército y me dejó

con su anciana tía. La odiaba. La odiaba de verdad —me cuenta, y siento la tensión de su cuerpo a mi lado—. Solía decirme que yo había matado a mi madre.

La crueldad de esas palabras me provoca una mueca de dolor.

—Y entonces me mandaron aquí, muy pronto, en cuanto pudieron librarse de mí —añade, con una voz tan baja que es casi un susurro—. Cuando llegué aquí, esperaba que las cosas fueran mejor, pero algunas de las chicas… —La voz se le queda atascada en la garganta— eran muy crueles. Me dije a mí misma que nadie debería sufrir eso; nadie debería sentirse tan… invisible.

Pienso en el día en que llegué. En cómo vino a mi lado, me ofreció el brazo. En cómo me agarró la mano por la noche, y de pronto todo cobró sentido. El hecho de que estuviera conmigo a mi llegada, de que se sentara a mi lado pese a mi pelo corto, que me señalaba como alguien en quien no se podía confiar. Ella sabía lo que era ser una marginada. Siento el contacto de su cabeza en el hombro.

—Solo sé una cosa de mi madre, y es que le gustaba el color azul, así que lo busco: en el cielo, en los ojos de la gente. En cualquier sitio, realmente. ¿No es una tontería?

—Yo creo que no.

—También es el color favorito de Deva.

Pienso en Deva, en la preocupación que he visto en los ojos de Emily.

—¿La quieres, Cass?

Pronuncio esas palabras antes incluso de darme cuenta de que lo he hecho. Temo haberla traicionado de algún modo, porque yo he tenido más tiempo que ella misma para pensar en esto.

Se apoya en un codo, con la cara muy cerca de la mía, y me mira fijamente.

—¿Qué?

—Yo solo quiero que estés a salvo —digo sin poder mirarla a los ojos—. Creo que la gente se ha dado cuenta —añado, y me siento como si estuviera pisoteando una pluma o una flor.

—Nunca he tenido nada mío —dice; su gesto se oscurece y en su voz detecto un dolor que no he oído antes y que no quiero volver a oír.

—Lo siento mucho. No pasa nada. Todo irá bien. Pero id con cuidado. No os dejéis ver juntas demasiado. No querrás que se extiendan los rumores.

Presiona el rostro contra mi hombro y noto que intenta reprimir sus sollozos.

—Todo irá bien —le aseguro—. Siempre hay una solución. Te lo prometo, todo irá bien.

Espero a oír que vuelve a respirar acompasadamente hasta que, agotada, se queda dormida y empieza a respirar más despacio. Intento no moverme; no quiero despertarla. Ahora mismo solo puedo pensar en lo que decía Eliot de que podemos poner a este lugar de rodillas, y en que vamos a tener que hacerlo si queremos sobrevivir.



Capítulo 19

Me arrancan la sábana de un tirón, y me despierto sobresaltada. En la semioscuridad veo a Madre Clement con una mueca de rabia en el rostro.

—Arriba —ordena, cortante.

Me pongo en pie como puedo, con las manos temblorosas por la falta de alimento y la sorpresa. Ella me mira con cara de asco. También le arranca la sábana de un tirón a Cass, que se mueve en la cama.

—Las dos, vestíos.

Asiento, sin saber muy bien qué está pasando, haciendo un esfuerzo por despertar y buscando a tientas en la oscuridad mi Primer Vestido. Madre Clement despierta también a Deva, Emily, Xiao y Rhiannon, y poco a poco, pese a la oscuridad, empiezo a ver claro que está despertando a todas las que rechazaron la manzana. Esperamos junto a la puerta, desorientadas y medio dormidas. La Madre señala a Cass y a Emily.

—Vosotras dos, a la lavandería.

Asienten y se van a recoger los grandes carritos con los que se recogen todos los vestidos cada dos semanas para lavarlos. La

limpieza del barracón se hace una vez a la semana, y es una tarea en lo que solemos participar todas. Este es nuestro castigo, y nuestra humillación, justo en el momento en que se despiertan las otras chicas. Tardaremos horas.

Luego Madre Clement mira a Xiao y a Deva.

—Vosotras dos, las sábanas —dice, y luego se gira hacia Rhiannon—. Tú ve a buscar unos cubos. Quiero todos los suelos brillantes, y los baños también.

Rhiannon tarda un momento en decidirse, no quiere dejarme sola.

—¡Ya! —le grita Madre Clement, lo que hace que dé un respingo.

Yo la miro y asiento, y ella se va a buscar los viejos cubos de metal al baño.

Ahora solo quedamos Madre Clement y yo. Me mira de arriba abajo como si por una vez fuera digna de su interés. El incómodo silencio parece durar horas.

—¿Por qué no aceptaste la manzana?

La pregunta me sorprende. No sé qué decir. Tengo la garganta seca.

—No la quería —respondo intentando mantener la voz firme.

Se me acerca, y su pálido rostro contrasta con el gris de la mañana.

—Pero ¿por qué? —repite mirándome fijamente a los ojos.

—No lo sé —respondo, esquivo su mirada y clavo la vista más allá, en el patio de ejercicios.

Hace una breve pausa y de pronto levanta la mano tan rápido que no puedo reaccionar, y me da una bofetada en la mejilla. No se oye nada, solo su respiración agitada y la reacción de mi moflete irritado.

—Te he preguntado por qué, y vas a responder —insiste.

Pienso en ello, y también en lo que quiere que le diga. Siento su aliento en mi rostro, y huele a agrio; está esperando que le diga algo.

—Porque… porque… quería que hubiera bastantes manzanas para todas —miento mientras la miro fijamente a los ojos.

Suelta una media carcajada resentida, sin dejar de mirarme.

—Ven conmigo —dice, con la voz temblándole de la rabia.

Sigo a Madre Clement. Cruzamos el patio de ejercicios en dirección a la valla. Coge las llaves que lleva colgando del cinto y abre la puerta, echándose a un lado para dejarme pasar. El corazón me late con fuerza: no puedo creerme que me esté llevando a las dependencias de las Madres. La sigo y me llega un sonido extraño, un sonido que hace tiempo que no oigo: el de las risas de unos adultos. Abre la puerta y me hace pasar a una cocina de colores claros, e inmediatamente me llega el olor. Un olor que me provoca náuseas y también arcadas. Hay un charco asqueroso en el suelo. Da la impresión de que una nevera se ha roto, la comida se ha podrido y ha ido soltando un líquido apestoso que se ha colado por las hendiduras y se ha secado y ha dejado charcos de color intenso.

—Límpialo —me ordena—. La comida podrida hay que tirarla en el cubo de fuera. Tendrás que llevarla a mano. Ahí tienes unos trapos para limpiar el suelo.

Asiento imperceptiblemente e intento no respirar por la nariz. Oigo el zumbido de las moscas que revolotean junto al techo.

—Cuando hayas acabado, puedes limpiar las paredes y la vajilla.

Levanto la vista y veo decenas de tazas.

—Pero parece que están limpias…

—Hay que lavarlas otra vez —dice, curvando la boca en una extraña mueca que casi parece una sonrisa—. Y, cuando acabes con eso, puedes limpiar el lavadero.

Es imposible hacer todo eso en un día. Ella lo sabe, y yo lo sé.

Se dirige a una puerta, la abre y se adentra aún más en las dependencias de las Madres. Levanto la vista y veo una habitación limpia con una mesa y muchas sillas. Ella se gira, me lanza una mirada dura y cierra la puerta. Vuelvo a mirar el suelo. Ese olor nauseabundo, la podredumbre…, siento un calor en la garganta. Me acerco a la nevera, abro la puerta y sale más líquido negro. No puedo contener las arcadas, voy corriendo a la puerta y vomito en el exterior. Intento recobrar la compostura, abstraerme, respirar hondo por la boca, y, cuando levanto la vista, veo a Charmian junto a la puerta del patio de ejercicios, al lado de Madre Jackson. En el exterior hay una especie de camión, y veo que Charmian se sube a él. Madre Jackson cierra la puerta. Charmian parece tranquila, consciente de la situación, y estoy segura de que mira en mi dirección en el momento en que se alejan.

Madre Clement viene de vez en cuando a ver cómo avanza la limpieza, irritada por la lentitud de mi trabajo. El suelo es de cemento, así que los agujeros son muy difíciles de limpiar. Me duele la espalda, me duelen los dedos, me duelen las piernas y tengo las rodillas rojas, peladas de tener que pasar todo el rato arrodillada en el suelo. Oigo a alguna de las Madres yendo y viniendo; me resulta extraño ver este pequeño resquicio de sus vidas y me pregunto cómo debe de ser haber llegado aquí a los diez años y haberse quedado. Acabo el suelo, lo limpio lo mejor que puedo y dejo la puerta abierta para que se seque, lo cual será rápido, con este calor. En ese momento regresa el camión: lo oigo a lo lejos y me acerco a la puerta para ver. Se detiene algo más lejos, en el otro extremo del Salón de Asambleas, donde están las otras oficinas. Veo a Charmian que baja, pasa por una puerta y desaparece.

Empiezo con las paredes, con el brazo dolorido, y percibo mi olor

corporal, tan ofensivo que casi lo noto en la boca. Cuando acabo con las paredes, empiezo a lavar las tazas y los platos. Da la impresión de que se han olvidado de mí; solo se escucha un murmullo de voces en la habitación de al lado.

El estómago se me encoge de hambre y, de pronto, me llega el olor de algo delicioso, diferente a cualquier otra cosa que haya olido antes. Ruth solía describir la comida de un modo que hacía que te doliera el estómago, y no lo hacía por crueldad; era pura nostalgia, porque la echaba de menos. Cuando ella era joven, aún había fruta para la gente normal, y esa bebida amarga que llaman café. Y zumo, huevos, leche y carne. Cuando la oía hablar de ello, me preguntaba cómo podía ser que deseara algo que no había probado nunca, algo que no podía ni siquiera imaginarme. Pero así era, y ahora mismo el olor de la comida está haciendo que me sienta sin fuerzas. Me acerco a la puerta y apoyo la oreja en la madera. Oigo voces amortiguadas, y levanto la mano para llamar.

La mano se me queda flotando en el aire hasta que el hambre me hace reunir el valor necesario y dar unos golpecitos con los nudillos. No hay respuesta. Están hablando demasiado fuerte. Pruebo a abrir el pomo, despacio, muy despacio, empujo la puerta lo mínimo posible y acerco el ojo a la rendija. Y ahí están, iluminadas por un rayo de luz intensa: las veo en torno a la mesa, comiendo, y es como la imagen de un cuadro. Hay uvas, estoy segura de que son uvas, y queso, y verduras.

Siento que el corazón se me encoge en el pecho y noto también una presión en el estómago y una rabia que va en aumento. Están charlando alegremente sobre algo, animadas como no las vemos nunca en los barracones. Siento un fuego que me corroe por dentro, hasta que al cabo de un momento recuerdo dónde estoy y cierro la puerta otra vez. Me doy cuenta de que respiro con dificultad y de

que no puedo moverme del sitio. Me giro en dirección al patio de ejercicios y veo las oscuras siluetas de las chicas, paseando tras su cena de pan seco. Me siento débil, agotada, fatigada, enferma. Oigo unos pasos y entonces la puerta a mis espaldas se abre una vez más.

—¿Has acabado?

Es Madre Clement. Me giro, y ella cierra la puerta a sus espaldas.

—Sí.

Ella mira el suelo, irritada.

—Muy bien, pues vuelve junto a la valla y espera allí. Enviaré a un guardia para que te deje pasar.

Asiento y, curiosamente, es como si no entendiera lo que me está diciendo.

—He dicho que vuelvas. Enviaré a un guardia.

Frunzo el ceño. Tiene el mismo aspecto de siempre, es la misma Madre Clement, pero ahora acabo de ver que es otra persona. Clavo la mirada en ella, y sé que lo nota. Inclina la cabeza adelante.

—Vete —dice muy despacio, deliberadamente.

Asiento, sonriendo.

—Por supuesto, Madre Clement.

Me giro y echo a caminar en dirección a la valla. Me hace esperar allí al menos dos horas más antes de enviar a un guardia a abrirme la puerta. Para cuando regreso al barracón, todo el mundo duerme. Hay un poco de agua limpia en un cubo e intento lavarme con ella y, al hacerlo, me tiemblan las manos y todo el cuerpo, de hambre, de agotamiento y de rabia. De pronto estoy encendida de rabia, intentando limpiarme, quitarme de la piel la sensación que me produce saber la verdad, hasta que oigo algo o a alguien a mis espaldas.

La puerta de uno de los váteres se abre y sale Charmian. La

rabia se me acumula en los brazos, en los puños. Me habría lanzado a por ella si no fuera porque no parece en absoluto la Charmian que conozco. Tiene la misma cara y los mismos ojos, pero su gesto es diferente, contenido. Tiene manchas en la piel del cuello y los ojos brillantes de haber llorado. Nos miramos la una a la otra, ambas rabiosas, hasta que extrañamente gira la cabeza y se aleja.



Capítulo 20

—He estado pensando que… tienes razón —dice Cass en voz baja mientras yo engullo mi desayuno—. Hablaré con Deva; tenemos que ir con más cuidado.

Me ve devorar las gachas y me acerca su cuenco.

—No hace falta —digo.

—Anoche no cenaste, Jess. Yo sí.

Me mira fijamente, hasta que acepto la comida de más.

—¿Dónde estabas? —pregunta, y en lo único que puedo pensar es en la noche pasada en la cama, bullendo de rabia.

—Limpiando un suelo en la casa de las Madres.

Cass abre los ojos como platos.

—No creo que nadie haya estado allí nunca —dice, asombrada—. ¿Cómo era?

Giro la cuchara y doy vueltas a la masa de gachas. La miro y sé que puedo decirle la verdad; me dijo que podía contarle la verdad.

—Me ordenó que limpiara un suelo lleno de porquería y tardé todo el día, y cuando acabé tuve que limpiar las paredes y lavar las tazas, pero luego no vino nadie a buscarme, y no sabía qué hacer —digo apoyando la cuchara en la mesa—. Y estuve escuchando:

estaban todas en la sala de al lado, y olía a comida, abrí la puerta y…

Cass escucha, perpleja.

—Abrí la puerta y estaban comiendo. Había mucha comida. Comida buena, Cass. Tenían fruta, había carne…, comida fresca. Y se reían, como si no tuvieran la más mínima preocupación.

Cass frunce el ceño, como si no entendiera lo que digo.

—Pero ¿eso cómo puede ser? Pensaba que comíamos las mismas cosas. Como una familia. Pensaba que hacían lo mejor para nosotras —dice, y sé que para ella es un consuelo creer lo que siempre ha creído, tener fe en la gente que nos rodea.

—No viven como nosotras, Cass.

—No… —replica meneando la cabeza.

—Cass, lo siento, pero es verdad. Nos hacen trabajar, venden la fruta, imponen sus propias normas. El Padre Renatus trabaja en el ejército, y el ejército es el gobierno. No vivimos igual, Cass.

—Pero dijeron que éramos una familia…

No puedo evitar reírme, y veo que eso a Cass le molesta.

—Jess, no lo hagas. Esta… es la única familia que he conocido.

No se me había ocurrido pensar hasta qué punto necesitaba esto.

—Para ti no es un problema, Jess, tú has tenido una madre, un hermano, gente que te quería.

Los ojos se le llenan de lágrimas, y a mí también.

—Lo siento. Es que tú te mereces mucho más, Cass, y he estado pensando mucho. —Alargo la mano para coger la suya—. Anoche me sentí tan impotente…, pero luego me di cuenta… de que en realidad tenemos ventaja.

Cass me mira, incrédula, y parece que quiere decir algo.

—No, escúchame, Cass —insisto—. Por favor. Ellos se

aprovechan de nuestro trabajo, lo convierten en poder, que se quedan para sí. Pero si no polinizamos, si no trabajamos…

—Entonces… ¿el panal se viene abajo? —susurra.

—¡Exacto!

De pronto flota en el aire una extraña carga estática, una energía entre las dos, cuando adquirimos conciencia de la verdad.

—Es difícil de creer, ¿verdad? —dice Cass—. Después de todo lo que hemos perdido, que puedan volver a comportarse del mismo modo… Esa codicia… —Ahora menea la cabeza—. Quiero decir… ¿por qué iban a ser tan inconscientes?

—¿Por qué iba a ser tan inconsciente quién?

Es Deva, que viene a sentarse a nuestro lado. Sin pensar en lo que hace, Cass alarga la mano para tocar la suya, pero se da cuenta y la retira, lo que hace que Deva la mire, extrañada.

—Nada —dice Cass, mirándola—. Luego te lo cuento.

Y de pronto no oigo nada más que el repiqueteo de las bandejas, y no puedo pensar en nada más que en el momento en que Eliot me traiga la pintura.



Me pongo en formación junto a los camiones y espero a Cass. Con el rabillo del ojo veo a Charmian. Le echo una mirada y, aunque la veo algo más pálida, parece más ella misma; su mirada vuelve a ser dura. De pronto veo la punta de la trenza pelirroja de Cass. Me ve y se echa atrás el sombrero. Parece cansada. La sigo hasta el camión más cercano, nos subimos y nos sentamos. Escuchamos el murmullo de las chicas mientras van tomando posiciones. Cass está pensativa.

—He hablado con Deva —dice por fin—. Le he dicho que debemos mantener las distancias —añade sin mirarme a los ojos. Yo

asiento, espero un momento.

—A lo mejor solo tiene que ser durante un tiempo —sugiero.

Ahora es ella la que asiente, y sé que hay palabras en su interior que están pidiendo salir al exterior, pero no puede empezar a hablar por el miedo que le da pronunciarlas en voz alta.

—Es solo por seguridad —añado.

Los camiones atraviesan el perímetro del campamento y van hacia el oeste, en dirección a la ciudad. A través de la bruma, a lo lejos, se ve la silueta de algunos de los viejos edificios. Cass está callada; a pesar de todo lo que ha ocurrido, de todo lo que está pasando, no hay mucho que decir. Llegamos y bajamos del camión. Hoy el guardia se acerca y nos separa a medida que nos acercamos a los árboles. A veces lo hacen, para asegurarse de que ninguna adquiere demasiada confianza con sus amigas. Levanto la vista y me pregunto si Eliot estará ahí, pero no lo veo. Cojo una escalera, me subo y me encuentro emparejada por primera vez con Willow Harrison, una chica agradable con el rostro cubierto de pecas. Hay dos filas de árboles, y al otro lado veo a un montón de niñas más pequeñas. Me fijo en una de unos once años que intenta acercar su escalera al árbol, muy decidida. Me mira, yo le dedico una sonrisa y me doy cuenta de lo asustada que está. Se sube, agarrándose a los travesaños con las manos y arrastrando la falda de su vestido, y yo le hago un gesto para indicarle que se la agarre con la cinta del delantal para no tropezar. Asiente, hace lo que le digo y nos ponemos al trabajo.

Trabajamos todo el día, y es raro, porque no puedo dejar de observar a la niña. Lo intenta con todas sus ganas, quiere hacerlo bien. Se la ve cada vez más cansada, porque sus bracitos no están acostumbrados a este trabajo, y el calor va haciendo mella en su cuerpo. La miro, hago una mueca cómica y ella suelta una risita, y

me imagino a Cass el primer día que llegó aquí, cuando no tenía ni diez años: las manos cubiertas de llagas, el dolor en el hombro al cargar con una escalera demasiado grande para ella, la mirada de aquellos ojos, que solo querían hacerlo bien… y solo de pensarlo se me encoge el estómago de asco. Me quedo un momento inmóvil, agarrada a la escalera para recuperar el equilibrio, y Willow me mira, preocupada. Respiro unas cuantas veces, la miro y asiento para que sepa que estoy bien.



Al final del día volvemos al camión y a lo lejos veo a Zuri. Acelero el paso para llegar a su altura y ella se gira a mirarme, sonriendo. Hace calor y tiene la respiración agitada.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, claro.

—Espero que no te metieras en ningún problema con lo del delantal.

—No pasó nada —responde sin dejar de caminar.

—Solo… solo quería darte las gracias.

Se detiene un momento y coge aire.

—¿Por qué?

La miro fijamente, intrigada. Quizá me haya equivocado.

—Ya sabes, por…

—No sé de lo que hablas —dice.

No lo entiendo. Estaba segura de que había derramado la cola a propósito. Doy un paso atrás, irritada por el calor, por el cansancio, por lo confuso de la situación. Asiento.

—Vale, no te preocupes. Me he equivocado. Lo siento —me disculpo.

Noto que estoy frunciendo el ceño y echo a caminar, pero justo en ese momento la oigo a mis espaldas.

—No hace falta que me des las gracias, porque habría hecho eso y mucho más.

Me giro y la veo sonriendo. Me detengo de golpe, y veo que se acerca.

—Eres toda una artista —dice pasando por delante de mí—. Y me encanta tu obra. Si necesitas ayuda, dímelo.

Me la quedo mirando mientras se dirige al camión, con paso seguro, y de pronto me siento menos sola.



Capítulo 21

Hoy volvemos a ir al norte y, por primera vez en mucho tiempo, Cass y yo polinizamos juntas. Hace un día relativamente bueno: ni demasiado calor ni demasiado viento.

Cass lleva días alicaída. Come aún menos de lo habitual y, cuando se pone el camisón y se tiende en la cama, se le marcan los huesos de las caderas. A la hora de la cena se queda mirando la bandeja mientras Deva le sirve la comida; lo curioso es que ahora que intentan mantener las distancias se nota aún más que están juntas. Es como si, pese a los esfuerzos que hacen para ignorarse la una a la otra, la energía que las rodea fuera evidente, estruendosa.

—Cuéntame algo —dice Cass intentando concentrarse en las flores, o en cualquier otra cosa que no sea Deva.

Yo sigo pasando el pincel por las flores. Me pongo a pensar.

—¿Qué quieres que te cuente?

—¿Una historia? —sugiere a la vez que se encoge de hombros.

Pienso en todos los libros que había en casa de Ruth, que formaban más un montón desordenado que una colección, como si fueran los únicos que hubieran sobrevivido. Ella decía que los libros más «difíciles» —los que desafiaban, los que contrariaban a la gente

— eran los primeros que se habían usado como combustible, así que los que quedaban eran sobre todo los libros más antiguos, los menos polémicos: los que solían definir como clásicos.

—Cuéntame tu historia favorita —dice Cass.

—¿En serio? —respondo con un suspiro.

Es raro, pero, cuanto más tiempo llevamos aquí, más lejanas parecen las historias. Tengo la impresión de que van volviéndose más difusas. Quizá sea la rutina, el trabajo agotador, que nos deja el cuerpo y la mente exhaustos, o quizá sea otra cosa.

—¿Jess?

Pienso, pienso, y lo único que me viene a la mente es un niño en un planeta.

—Había una vez un piloto que se estrelló en el desierto.

Cass se pone seria.

—¿Se hizo daño?

—No —le respondo sin dejar de pasar el pincel—. Pero tenía que reparar el avión y, mientras lo hacía, se encontró con un niño, un principito.

—¿En el desierto?

Asiento.

—¿Solo?

—Es un cuento…

—Sigue.

—El caso es que el principito le pide que le dibuje un cordero… y él se lo dibuja, y se hacen amigos. El niño le explica al piloto que es de otro planeta en el que crece una rosa de la que él se había enamorado.

Cass frunce el ceño. Deja de agitar el pincel.

—Vaya, eso es precioso —dice inesperadamente.

—Pero la rosa es vanidosa y engreída, y, al final, aunque la

quiere, ha decidido aventurarse por el mundo en busca del significado del amor y de la vida.

Cass se pone a polinizar de nuevo, pero despacio, concentrada en la historia.

—Así que visita diferentes planetas, y en ellos encuentra a adultos de todo tipo: un rey que exige obediencia aunque no tiene a nadie a quien gobernar, un hombre de negocios que cree que posee todas las estrellas…

Al oír eso, Cass se ríe, y me alegra ver cómo se le ilumina el rostro.

—Y un geógrafo que no sabe nada de su propio planeta porque solo sabe pensar lo que le dicen otros.

Intento recordar la historia de aquel viejo libro que me dio Ruth, con nombres en otros idiomas en la cubierta.

—¿Y? —pregunta Cass.

—Al final llega a la Tierra y conoce a una serpiente que le dice que puede devolverlo a su casa si le deja que lo muerda.

—¡No!

—Y una flor que le dice que las personas no tienen raíces.

Cass carraspea para aclararse la garganta.

—¿Y al final qué hace?

—Bueno, lleva al piloto hasta un pozo para que puedan beber y luego deja que la serpiente le muerda.

Cass se lleva una mano al pecho y me busca con la mirada.

—¿Y consigue volver a casa?

Me la quedo mirando, y me pregunto si debo mentirle o no.

—Sí —digo, sin explicarle cómo.

—No lo entiendo. ¿Por qué se fue de casa si tenía un lugar donde estar y alguien que le quería?

Ya me duele el brazo, así que lo dejo caer y sacudo un poco la

mano.

—Quizá sintiera curiosidad.

—Eso no tiene sentido.

—¿Quizá porque se imaginaba que habría algo más?

—Pero… ¿dejarlo todo atrás?

—En cualquier caso, antes de abandonar la Tierra conoce a un zorro que le dice que se proporcionarán una gran alegría el uno al otro.

—¿Un zorro?

—Era como una especie de cruce entre un perro y un gato, con el pelo rojo y una cola muy peluda con la punta blanca.

—Qué gracioso —comenta.

—El caso es que el zorro y él se hacen amigos, y el zorro le dice que en realidad solo vemos con el corazón y no con los ojos.

Cass levanta la mirada, impresionada, y arruga la frente. Luego asiente, de pronto muy seria, y me doy cuenta de que tiene ganas de llorar.

Cass se acuesta pronto; últimamente se cansa con más facilidad. Como con Deva y Zuri, y siento esa tensión insoportable al pensar en Cass en su litera, al pensar en las dependencias de las Madres, al pensar en las niñas polinizando y en el miedo que me da ir olvidando mis historias. Me levanto y les digo a las otras que salgo a dar un paseo.

Esta noche se ha levantado viento. Está muy nublado, no hay luna ni estrellas, solo el peso muerto del cielo sobre nuestras cabezas. No hay muchas chicas en el exterior, ya que el viento empieza a levantar polvo. A mí no me importa; me voy a mi lugar de siempre. Paso la mirada por la valla por si veo a Eliot y, aunque no está, me siento en el suelo.

Escruto la oscuridad a través de la valla de alambre y el muro

que está al otro lado, y la mente se me llena de una sucesión de imágenes. Ansío tener un pincel entre los dedos, mis pinceles en la Casa de los Pinceles. Cuando cierro los ojos, oigo el roce de las cerdas cubriendo el muro con pintura, siento la intensidad del color, las papilas gustativas y la nariz se me llenan del olor amargo y oleoso de la pintura. Las imágenes se forman y desaparecen, y vuelven a formarse otra vez.

Una vez mamá me encontró unas tizas, unos colores que se difuminaban y que te secaban la piel de los dedos, y a mí me encantaban. También me gustaban los lápices de colores, por supuesto, pero nada supera la pintura. Su densidad, el modo en que gotea como la miel, el cuerpo que tiene, la presencia.

—Pensaba que no volvería a verte.

Abro los ojos de golpe, sorprendida al oír su voz.

—¡Eliot!

—¡Shhh! —susurra.

Tengo muchas preguntas, muchas.

—¿Dónde has estado? ¡Han pasado semanas!

Se aclara la garganta. Cuando vuelve a hablar, noto la vacilación en su voz.

—Las cosas se están… —Se interrumpe, y me doy cuenta de que está buscando la palabra adecuada—. Deteriorando aún más… en la ciudad.

—¿Qué quieres decir?

—Llega menos comida. Hay gente muriéndose de hambre. Otros han entrado en pánico, se han registrado ataques en las bases militares, hay mucha frustración. Intentamos mantener el orden, pero la gente…

No acaba la frase, y siento que el corazón me empieza a latir más rápido.

—La gente está desesperada. No sé cuánto tiempo puede mantenerse esta situación. La gente ya no puede más; llevamos demasiado tiempo con esta situación tan dura, y las protestas cada vez son más frecuentes.

Se hace el silencio, un silencio cubierto de sombras.

—Aun así, he conseguido un poco —dice—. De pintura, quiero decir.

Aguzo el oído: no quiero perderme nada.

—¿Cuánta?

—De momento cuatro tubos grandes. Los he escondido en la Casa de los Pinceles.

—¿No te ha visto nadie?

—No. Un día había mucho caos: escaramuzas, hombres que nos tiraban piedras en la ciudad… Y en medio de todo el jaleo… —Pero no acaba la frase. De nuevo el silencio.

—¿Eliot? ¿Estás bien?

—En medio de todo el jaleo, el guardia que tenía al lado recibió un golpe en la cabeza, en la sien, y simplemente cayó a plomo…

De pronto es como si hubiera cambiado la cadencia de sus palabras.

—Lo siento mucho —le digo.

—No es que fuera amigo mío ni nada…

—¿Eso importa? —pregunto, y dejo que el silencio nos envuelva por un momento.

—Y entonces el otro guardia disparó al tipo que tiraba las piedras, y él también cayó…

Siento náuseas.

—Es solo que no había visto nunca nada así…, no tan de cerca. De pronto les cambiaba la cara, y estaban muertos.

Escucho a Eliot, dejo que las palabras floten a nuestro alrededor,

en el pesado cielo.

—¿Sabes? Mi madre siempre decía que estaba segura de que había otro lugar.

—¿Otro lugar?

—Ella cree que hay una colonia al norte, en un valle escondido, en algún sitio.

Casi oigo a Eliot imaginándose el lugar mentalmente, y, pese a todo, sonrío solo de pensarlo.

—Un lugar intacto. Verde. Tranquilo. Donde te puedes sentar bajo los árboles, a la sombra. Escuchar los pájaros. Sentir la hierba bajo los pies.

Ambos estamos allí mentalmente, lo noto. Él, con la espalda contra la valla y la mirada puesta en el desierto; yo, observando los barracones, ahora que las chicas se preparan para ir a dormir tras los barrotes. Lo oigo sorberse la nariz y me doy cuenta de que está llorando. No tengo modo de ponerle el brazo en torno a los hombros ni de reconfortarlo. Espero hasta que acaba, y siento una desagradable presión en el corazón.

—La semana que viene vuelvo a la ciudad —dice por fin—. Te conseguiré el resto de la pintura. Y entonces podrás escoger tu noche.

Siento un hormigueo que nace en el interior de mi cuerpo y se irradia hacia las piernas y los brazos.

—Lo enterraré todo junto al muro, también los pinceles. Y te avisaré cuando esté listo.

—Gracias.

Detecto la sonrisa en el tono de su voz.

—No es nada —dice, y echa a caminar.

—¿Eliot?

Se detiene.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré.

—No, lo digo de verdad. Por favor, ten cuidado. No tengo muchos amigos. Tienes que prometérmelo.

Se produce una pausa.

—Lo prometo.



Capítulo 22

Anoche soñé con el principito, con cómo se enamoraba de la flor. Cuando abrí los ojos, Cass estaba tirándome del brazo, intentando despertarme. Me pongo en fila para lavarme, cansada, pensando en lo fácil y lo difícil que era amar a la rosa y en lo confuso que debió de ser para el principito. Cass está detrás de mí y apoya la cabeza contra mi omóplato. Llega mi turno y paso tras el biombo de los lavabos; me tomo todo el tiempo que puedo para asearme y luego Cass y yo nos vamos al comedor. Siento que se tensa al ver a Deva con el rabillo del ojo, y tengo que darle un golpecito con el codo para recordarle que coja la bandeja.

Ella mantiene la mirada gacha, y me fijo en que Deva hace lo mismo. Veo a Cass tenderle la bandeja a Deva, sin mirarse la una a la otra, y de pronto algo cambia en el rostro de Deva, que pone los ojos en blanco. La vieja cuchara de metal que tiene en la mano se le cae y repiquetea en nuestras bandejas en el momento en que ella se desploma. Cass levanta la vista de golpe, horrorizada, justo cuando Deva desaparece.

—¿Deva? ¡Deva! —grita Cass, que deja la bandeja y se va corriendo al otro lado del mostrador. Yo la sigo. Deva está en el

suelo, convulsionando, con la espalda arqueada—. ¡Deva! —grita Cass arrodillándose a su lado.

Sé que Deva ya la había advertido de lo que ocurre cuando le da un ataque de epilepsia, pero verlo es otra cosa. Cass le sostiene la cabeza tal como le explicó Deva para que no se haga daño, y de pronto me doy cuenta de que estamos rodeadas de gente.

—¡Ayudadla! —exclamo, pero sus compañeras se limitan a recoger la cuchara y me miran con una expresión indiferente, como si aquello no fuera nada nuevo para ellas.

De pronto se extiende un murmullo entre las chicas, señal de que se acerca un guardia. Se sitúa detrás de nosotras.

—¡Dejadla! —ordena mirando fijamente a Cass.

El corazón se me dispara en el pecho cuando veo el gesto de pánico en el rostro de Cass, que le susurra a Deva, angustiada.

—Estoy aquí, estoy aquí —le dice una y otra vez mientras pega la mejilla a la de Deva.

—¡He dicho que la dejéis! ¡Arriba! —repite el guardia agarrando a Cass.

Ella sacude el brazo para quitárselo de encima. Yo los miro a los dos, y percibo la creciente tensión del guardia.

—¿Cass? —le digo con voz suave.

Pero me doy cuenta de que ni siquiera es plenamente consciente de la presencia del guardia: solo existe Deva. En ese momento, el guardia la agarra del brazo hasta que chilla, se la lleva a rastras al centro del comedor y la deja caer.

—¡Cass! —Compruebo que Deva está volviendo en sí y voy corriendo hacia Cass, que ha aterrizado pesadamente junto a una mesa. Se pone de pie otra vez y veo que está furiosa, pero el guardia vuelve hacia nosotras—. Cass, escúchame. Deva está bien. Ya está volviendo en sí.

Es como si ni siquiera me oyera, porque vuelve a acercarse a Deva. Yo me sitúo delante para intentar mantenerla a mi espalda al ver que el guardia se acerca.

—Son amigas, solo está preocupada —intento explicarle, consciente de que todo el mundo está mirando, pero él me aparta de un empujón y me quedo helada al ver que desenfunda la pistola.

—¡Atrás! —grita, y de pronto golpea a Cass en la cara con el dorso de la mano.

Cass parece perpleja, atónita. Se gira hacia Deva, que ya está sentada en el suelo, y ambas se miran, las dos llenas de dolor. En ese momento lo único en lo que puedo pensar es en sacarla de aquí.



Hoy en la ciudad hay grandes incendios. Columnas de humo que se elevan hacia el cielo y ocultan el sol. Cuesta respirar. Nos llevan de nuevo al norte, y hasta los guardias que vigilan el perímetro parecen apagados. Veo a Charmian que nos mira desde la parte trasera del camión que tenemos delante. Cass no ha vuelto a hablar desde que salimos del comedor. Yo no paro de decirle que Deva estará bien, pero es como si estuviera agotada, como si no pudiera ya más. Es casi como si la hubiera invadido una indiferencia producida por un dolor que es aún peor que el castigo. Estar lejos de Deva le hace daño.

Hoy tocan manzanos otra vez, pero ni siquiera el color rosado y la frescura de las flores consiguen ponernos de buen humor. Cass se aleja, taciturna, y se va a polinizar más allá. Aliviada, observo que es Zuri la que coge una escalera y se sitúa a mi lado. Me saluda con un gesto de la cabeza antes incluso de llegar al árbol y ponernos a trabajar.

—¿Cass está bien? —pregunta.

Yo asiento, intentando mantener la vista en las flores.

—Deva y ella son buenas amigas —contesto, aunque no sé muy bien por qué.

Sé que Zuri lo entenderá. Ella asiente.

—He estado hablando con las chicas de mi dormitorio; ya no pueden más —me explica en voz baja mientras mira por encima del hombro para ver dónde se encuentra el guardia más cercano.

—A veces yo también lo pienso, pero luego no cambia nada —respondo.

—Esta vez es diferente —dice sin dejar de agitar el pincel—. De vez en cuando alguien se pone a hablar de esa puerta; es como si no pudieran dejar de pensar en ella. —Percibe mi escepticismo—. Al menos yo no puedo. ¿Sabes que soñé con ella?

Eso me hace pensar.

—Soñé que la abría, que salía al otro lado…

Sonrío, complacida, pero el humo se vuelve más denso y me hace toser. Me siento débil. Las preguntas que me han estado acechando durante semanas empiezan a salir a la superficie.

—Pero… ¿Y si… la puerta no lleva a ninguna parte? —pregunto por fin—. ¿Y si el Padre Renatus tiene razón? ¿Y si son todo falsas esperanzas y no hay nada mejor ahí fuera? ¿Cómo podría vivir con eso? ¿Conducir a todo el mundo a algo falso, a algo peor?

Ella me mira como si fuera tonta.

—Ha conseguido hacer mella en ti —constata, abatida.

—No. —Meneo la cabeza—. Es solo que…

—Es solo que nada —replica, cortante—. Jess, ¿qué podría ser peor que esto?

—Si abrimos esa puerta, me preocupan las más pequeñas. Las niñas.

Ahora me mira como si le diera pena.

—¿Te preocupan ellas? ¡Preocúpate de que tengan que quedarse *aquí*!

El modo en que dice «aquí» me revuelve el estómago.

—¡Nos han lavado el cerebro! No nos protegen, nos están utilizando. ¿Es que no te enseñaron nada los libros?

Siento que me ruborizo de la vergüenza.

—La cosecha somos *nosotras*, Jess. Nos consumen, y luego nos tiran a la basura.

Y la intensidad de su voz de pronto activa un mecanismo en mi interior.



Capítulo 23

Cass está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas; observo cómo va rastrillando la tierra con los dedos. Hace días que no dice nada.

—Eliot ha conseguido más pintura —le digo, esperando suscitar alguna reacción por su parte. Palidece al oír la noticia y, de pronto, se queda inmóvil.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Me encojo de hombros.

—No quería darte otro motivo de preocupación.

La miro a la cara y sé que está pensando en Deva, en lo mucho que la echa de menos.

—No podemos seguir viviendo así, Cass. Esto no es vida. Zuri, Emily, Deva, todas piensan lo mismo… Y, si ellas lo piensan y nosotras también…, bueno, debe de haber más. He escondido unos pinceles, esta vez más grandes. Si pinto otro mural, podría servir para ver cómo está el ambiente.

—Pero ¿qué crees que sucederá?

—No lo sé exactamente. ¿Algo? ¿Lo que sea? Si conseguimos que abran los ojos…

—¿Y el corazón? —sugiere tímidamente.

—Eso también… Cuando tenga toda la pintura, escogeré una noche. Dentro de poco celebrarán el Desfile de la Victoria del general.

Cass sabe que cada año intentan fomentar la unidad en la ciudad con un estúpido desfile militar.

—Pero ¿y si te pillan?

—¿Qué? Y si me pillan, ¿qué? ¿Puede ser mucho peor que esto?

Nos quedamos allí sentadas en silencio, y la mente se me va al caos desatado en el exterior de los muros del campamento.

—¿Tú crees que pensaban que había tiempo para encontrar una solución? —planteo, aunque la pregunta no va dirigida a Cass en particular.

—¿Qué quieres decir?

—Es que, si no, no le encuentro sentido. Debían de pensar que aún tenían tiempo de arreglar las cosas, aunque el mundo ya estuviera cambiando. Debían creer que todos los pasos eran reversibles, que, si poco a poco conseguíamos retroceder, recuperaríamos lo perdido.

Callo y escucho, a la espera de una respuesta. Cass se queda pensando.

—No lo sé —dice por fin.

—Es raro que pensaran que tenían el poder de hacerlo. El poder de llegar a comprender cosas tan complicadas. ¿De verdad pensaban que podrían revivir el coral o devolverle la vida a una libélula? Es estúpido, ¿no crees?

—A lo mejor esperaban que se arreglara solo —dice en voz baja.

Esbozo una sonrisa triste.

—Cometieron los mismos errores una y otra vez, aunque contaban con palabras, con libros, con formas de hablarse los unos a

los otros todo el tiempo.

—Piensas demasiado —bromea Cass mientras me toca el brazo.

En ese momento vemos una figura que se acerca. Es Deva. Cass se pone en pie de un salto, va corriendo hacia ella y la abraza con fuerza. Miro a nuestro alrededor: está oscuro, no debería suponer un problema. Las oigo cuchichear apresuradamente; no se han visto desde el ataque de Deva. Se me acercan y se sientan, calladas de pronto, y, aunque sé que podría quedarme, tengo la sensación de que es mejor que las deje solas en este rincón oscuro del patio, bajo el humo y las estrellas. Aunque solo sea un momento, mientras puedan.



Está oscuro. Desde que apareció la pintura, Madre Clement duerme aquí. Han situado a una Madre en cada dormitorio para tenernos controladas. A través de las sombras distingo su cabeza sobre la almohada. Busco con la mirada el pelo de Cass, la forma de su espalda en el somier de la litera de arriba, pero no la veo. Frunzo el ceño y aguzo el oído. Alargo la mano, presiono su colchón un poco para asegurarme y siento un escalofrío. Dirijo la mirada a la ventana, a los barrotes, al desierto que se extiende al otro lado, y lo veo inmóvil, más de lo que lo ha estado en semanas. Levanto la cabeza de la almohada y recorro el dormitorio con la vista. No hay nada, más que la luz de la luna sobre el suelo de madera. Empiezo a contar el tiempo. Quizá ha ido al baño justo antes de que yo me despertara, así que debería estar de vuelta dentro de unos minutos. Cuento mientras pienso en las veces en que contaba el tiempo esperando el regreso de mamá. Un hábito que aún conservo.

Después de que Shey la abrazara y le rogara que fuera con

cuidado por la calle, igual que cada vez que salía de casa, me ponía a contar. Mamá solía tardar unos treinta y siete minutos en llegar a la cola de racionamiento, dos mil doscientos veinte segundos. Así es como yo lo medía: unos mil ochocientos segundos para hacer la fila y dos mil doscientos veinte segundos para volver. Parecerá tonto, supongo, cuando tienes todo el tiempo del mundo, cuando no había nada más que hacer en todo el día, pero el único modo de mantener la cordura es medir el tiempo para que tenga algún significado, algún valor.

Shey solía decir que el problema del tiempo era que, si una situación duraba una semana o un mes, podías contarlo en horas y segundos, pero que, si la situación en la que te encuentras dura años, el tiempo se vuelve irrelevante. Desaparece, porque ya no importa. Ahora pienso en él, y lo siento más cercano de lo que lo he sentido en semanas. Pienso en lo nervioso que se ponía cuando yo contaba: venía y me golpeaba en el brazo, a veces incluso me tapaba la boca con la mano para que dejara de hacerlo, pero yo no podía callar. No podía parar. Me pregunto si no debería ponerme a contar hasta el momento en que lo vuelva a ver.

Se oye un ruido. Escucho, oigo unos pasos, pies descalzos por el suelo. Levanto la vista y es Cass. Relajo los hombros, aliviada. Camina sin hacer ruido, apoyando primero la punta de los pies, para intentar no despertar a nadie. No sabe que ya estoy despierta. Se dispone a subir a su litera, y, cuando le toco la pierna, se asusta y contiene un grito. Luego se agacha, se me acerca y veo su rostro, radiante. Está pletórica.

—¿Dónde has estado? —pregunto moviendo solo los labios, en silencio.

Ella me empuja para hacerse sitio en la cama, se estira a mi lado y pega la boca a mi oreja.

—¿Qué? —me pregunta al oído.

—¿Dónde has estado? —repito, y no puedo evitar parecer molesta.

Está fría; da la impresión de que lleva mucho rato fuera de la cama.

—En ningún sitio.

Está mintiendo. Yo sé que está mintiendo; ella sabe que está mintiendo.

La miro a la cara y veo algo diferente. Está radiante por primera vez en meses. Es como si se hubiera encendido por dentro, como si le hubieran insuflado vida. Me mira, con unos ojos enormes que brillan en la oscuridad.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Parece que va a estallar. De hecho, noto que tiembla.

—Cass, me estás asustando.

Me mira, pero es como si mirara al infinito.

—Cass, ¿me vas a decir qué ha pasado?

Me mira fijamente, y entonces veo las lágrimas que le surcan las mejillas y se abren camino hasta mi almohada.

—Yo… la he besado —dice, como si ella misma no se lo creyera, y se lleva las manos a la boca—. La he besado, Jess, y ha sido como tú decías…

Es como si le hubiera picado algo, y la miro, preguntándome cómo habrá sido esa caricia en los labios.

—La he besado —dice de nuevo, maravillada—, y sabía a manzana.



Capítulo 24

Hoy hay más chicas de lo habitual en el estrado, y hace tanto calor que el Padre Renatus se ha quitado la chaqueta, dejando a la vista unas manchas de sudor bajo las axilas. Hoy debe de haber veinte chicas y, como ya llevo más tiempo, son más los rostros que reconozco. El Padre Renatus se pasa el dorso de la mano por la frente y de pronto me doy cuenta de lo blancas que son sus manos, del poco trabajo manual que debe de hacer con ellas. Se aclara la garganta y el murmullo generalizado da paso al silencio.

—Hoy nos encontramos aquí para celebrar que estamos haciendo grandes progresos con la polinización.

La sala está llena, un mar de tela marrón a cuadros.

—Y para celebrar los inminentes matrimonios de estas jovencitas.

Otro murmullo, esta vez procedente de las niñas más pequeñas, que miran para ver si pueden reconocer a alguna de las chicas.

—Han cumplido con su deber y están listas para dar el paso siguiente y ofrecer una nueva esperanza al mundo en forma de hijos.

Madre Jackson está en el estrado, con las tijeras listas. La

primera chica se le acerca y se sienta, con las puntas de los pies apoyadas en el suelo y los talones sobre las patas de la silla, como una niña, que es lo que es. Se tapa el rostro con las manos mientras Madre Jackson recoge su negra melena.

—Celebremos esta ocasión y demostremos nuestro agradecimiento.

El Padre Renatus aplaude, y los guardias nos miran.

Las niñas más pequeñas son las que empiezan a aplaudir primero, y luego las mayores. Al mirar hacia las filas delanteras, veo a la pequeña a la que le hice una mueca. Ella no aplaude; analiza la escena con la mirada, como si empezara a comprender lo que está pasando. Siento el contacto del codo de Cass en las costillas, y me doy cuenta de que yo también tengo que aplaudir. Todas las células de mi cuerpo se rebelan ante la idea de hacerlo, pero luego recuerdo que no debo llamar la atención y levanto las manos, aplaudiendo sin demasiada convicción mientras vemos pasar a una chica tras otra. Les cortan la melena, y el pelo va cayendo en las cestas de atrás. Ahora ya sé que luego se clasificará y se lavará, y que Zuri, Emily y yo lo convertiremos en pinceles. Se me revuelven las tripas solo de pensarlo.

El Padre Renatus nos mira a nosotras, no a las chicas que se llevan los guardias para que recojan sus efectos personales de los barracones, como si tuvieran algo de valor. Las últimas ya se han ido, y se produce una pausa incómoda, a la espera de que el Padre Renatus siga con la ceremonia, la dé por acabada o lo que sea. Entonces veo que agarra el atril y frunzo el ceño.

—El motivo por el que celebramos lo que han conseguido estas chicas —dice lentamente— es que están cumpliendo con su deber. Es esencial que cada uno de nosotros cumpla con su cometido. Cada uno de nosotros forma parte de la comunidad. No podemos

sobrevivir solos.

Echo una mirada a Zuri, que tiene los ojos puestos en él, con una expresión de miedo en el rostro. Vuelvo a mirar al Padre Renatus.

—Y me ha llamado la atención que algunas de vosotras no estáis igual de implicadas que otras. Que no os veis como parte de nuestra familia.

Hoy tengo a Cass delante, así que no le puedo ver el rostro, pero por su forma de respirar me doy cuenta de que está tensa.

—No me resulta agradable en absoluto recordaros que estamos vigilantes, y que vamos a ser muy cuidadosos erradicando a quienes no trabajen al servicio de los demás.

El murmullo va en aumento, algo difuso, reflejo del miedo y la curiosidad.

—E intentamos mostrar nuestro agradecimiento por vuestro trabajo, pero para algunas parece que eso no basta.

El corazón me golpea el pecho con fuerza, y empiezo a buscar a Deva entre las cabezas que tengo delante, preguntándome si lo sabrán, si sabrán lo de Cass y Deva…

—¿Yvonne O'Neill?

Asustadas, las chicas empiezan a cuchichear.

—¿Quieres venir conmigo, por favor?

Una chica de otro barracón sale de entre el público y se dirige al estrado con la cabeza gacha y las manos juntas delante del cuerpo.

—Sube, rápido —la apremia el Padre Renatus. Ella sube los escalones y se acerca a él tímidamente—. Ahora comparte esa historia con nosotros.

Ella se ruboriza y empieza a respirar más rápido.

—¡Venga! —La voz del Padre Renatus es áspera como el papel de lija.

—Alguien tiene ya el periodo, señor…

Él la mira de frente, con la mandíbula tensa.

—¡Habla! —le espeta.

—Alguien tiene ya el periodo, señor.

Se oyen murmullos entre sus amigas, escondidas entre el público.

—¡Silencio! —grita él, y su voz resuena en el auditorio—. Sigue…

—Alguien tiene ya el periodo, señor, y lo ha estado ocultando.

—¡Más fuerte!

—¡Alguien…! —Fuerza la voz, y se le quiebra—. ¡Alguien tiene ya el periodo y ha estado ocultándolo!

Se echa a llorar.

—¿Y cómo se llama?

Se hace un silencio letal.

—Willow Harrison.

Miro hacia las amigas de Willow mientras se anuncia su nombre, y la veo destrozada. Contrae el semblante, incrédula, y se queda absolutamente inmóvil mientras las demás se arremolinan a su alrededor, hasta que de pronto aparecen dos guardias que la cogen de los brazos, uno a cada lado.

—Willow Harrison se convirtió en mujer hace unos meses —anuncia el Padre Renatus, y el eufemismo suena sucio en su boca.

He oído que esto no es la primera vez que pasa.

—Pero ha estado ocultándolo.

Ahora Willow sacude la cabeza desesperadamente, con los ojos llenos de lágrimas. Una de sus amigas intenta llegar hasta ella, pasar por delante de los guardias, pero no lo consigue, y se la llevan a rastras hasta el estrado, donde le dan la vuelta para que todas le veamos la cara.

—Este es el rostro de una traidora —sentencia el Padre Renatus

—. Una joven que no quiere cumplir con su deber.

Willow mira a su alrededor con los ojos desorbitados, aterrada, y yo aparto la mirada. No puedo soportarlo. Cass fija la vista en el suelo.

—Intentamos cuidar a nuestras chicas todo lo que podemos, así que esto es… —se interrumpe, como si quisiera escoger la palabra correcta—. Decepcionante.

Hace una breve pausa para asegurarse de que todo el mundo le escucha.

—Cuando una joven se vuelve mujer, adquiere responsabilidades de adulta. Tiene que crecer. Si eres lo bastante mayor como para tener hijos, también lo eres para cargar con las consecuencias de no afrontar tus obligaciones.

Los guardias se llevan a Willow al exterior y sus amigas gritan, aterradas. Pero Willow guarda silencio. Cierro los ojos. Las puertas vuelven a cerrarse con un golpetazo y ya no se oye nada más que el llanto de algunas de las niñas y el silencio mortal de todas las demás.



Capítulo 25

Ruth tenía un libro, y me lo dio. Era un libro de arte sobre cómo dibujar el cuerpo humano. Era un libro viejo, muy viejo, pero a mí me encantaba. Había páginas con figuras humanas, sobre todo de mujeres, todas ellas desnudas, en diferentes poses. Recuerdo que un día lo encontró Shey y empezó a reírse y a hacer el bobo y a meterse conmigo, hasta que me hizo enfadar y lo escondí.

Paso el cordel en torno al pincel, escuchando cómo trabajan las otras chicas. Ato el extremo del cordel y agarro otro mechón de pelo.

Según parece, había muchas maneras de dibujar a una persona. En cada página había una retícula en la que tenías que dibujar al sujeto, como troceándolo en cuadraditos para concentrarte en una parte cada vez, hasta que todas las partes de pronto formaran un todo. Yo lo intenté, pero era muy difícil. Había que ir con sumo cuidado para que encajaran todas las líneas, para que todo quedara proporcionado, o, si no, el resultado sería extraño. Nunca resultaba obvio que estuviera mal, pero el ojo siempre se daba cuenta de que había algo fuera de lugar.

A mí no me gustaba componer las figuras humanas a partir de

una retícula, así que intenté otro método: descomponer la silueta de la persona en formas redondeadas. Un óvalo para la cabeza, un cilindro para el cuello y luego el cuerpo: ibas acumulando las formas sobre la página, casi igual que hace un escultor con la arcilla, hasta que empieza a aparecer una forma. Así me iba mejor, pero seguía pareciéndome extraño empezar por una forma general e intentar ir acercándome cada vez más a la forma que estaba buscando.

Hoy se trabaja en silencio. Eliot no está, y yo estoy impaciente por saber si va a conseguir el resto de la pintura.

De todos modos, las modelos del libro eran todas muy similares: piel blanca, formas redondeadas, sin pelo entre las piernas y dedos largos de perfiles cuadrados. Unas formas limpias, perfectas, con la mirada casi siempre perdida y unos hoyuelos en la parte alta de los glúteos, que mostraban siempre las mismas curvas abundantes. Eran casi extraterrestres, comparadas con mamá, con Ruth y conmigo.

Mamá estaba cada vez más delgada, la piel del rostro moteada por el sol, las raíces del pelo gris. Y Ruth tenía los brazos delgados, y la piel le colgaba por debajo, pero estaba guapísima con el pelo blanco. Guapa, pero no al estilo de las mujeres del libro. Y luego estaba yo, con el cuerpo fibroso, huesudo, tenso. Con los omóplatos marcados y los ojos serios, como diría mamá. No podía imaginarme lo que sería tener esas formas blandas, y lo que recuerdo es que en el libro esas mujeres solían aparecer sosteniendo rosas cuyos pétalos caían con suavidad sobre su piel blanca. No tenían nunca sangre ni señales, como las cicatrices de los brazos de mi madre, no había ángulos ni irregularidades, y me pregunto en qué tipo de mundo vivirían esas mujeres, o qué tipo de mundo quería eliminar a la mitad de las mujeres.

Ya no me quedan mangos, así que me levanto y doy unos pasos,

esperando a que me den más, intentando no mirar hacia donde están escondidos los pinceles y las pinturas. Intenté pintar a Shey cientos de veces, y cada vez me acercaba un poco más. Se movía tanto que prefería dibujarlo cuando no miraba, cuando estaba leyendo o dormido. Las proporciones eran difíciles: la longitud de los miembros, la luz de la habitación, los rasgos, la nariz… La nariz me costaba mucho. Y, una vez que fui cogiéndole el tranquillo, tuve que enfrentarme a los ojos, y lo que aprendí es que en realidad no pintas lo que ves. Intentas pintar lo que lleva dentro esa persona. Pintas lo que lleva dentro pintando solo lo que puedes ver, lo cual no tiene mucho sentido, pero el caso es que dibujas unos ojos una y otra vez hasta que, de pronto, llega un día en que dibujas un par de ojos y te encuentras con que te están mirando. Te siguen por toda la habitación. Cojo los nuevos mangos, me vuelvo a mi sitio, le sonrío a Zuri.

En el libro había una sección sobre los modelos prerrafaelitas, con el pelo como el de Cass, todos con gesto afligido y mirada triste, la boca abierta y el cutis pálido, y me pregunto por qué eran así. Eran tan bellos y parecían tan llenos de vida que, a veces, yo los dibujaba felices, riéndose, echando atrás la cabeza, soltando una carcajada, o rabiosos, celosos, irritados, distantes… Así solía dibujar también a mamá.

Es difícil dibujar a tu propia madre, a la persona de la que procedes. Es como verte a la vez a ti misma y ver algo más. Las formas que contiene, que son también las tuyas, la mandíbula tenaz, la frente preocupada, los pliegues en torno a los ojos cuando se ríe, más profundos que los tuyos porque ella es mayor, pero también hay otras cosas. Me encantaba dibujarla, aunque se quejara de que se aburría de pasar tanto rato sentada. Mamá sentada en un trono, con un cetro en una mano. Mamá nadando en el mar, mamá paseando

por un jardín. Intentaba darle más vidas de las que tenía.



Se acaba la jornada y las chicas están recogiendo, pero yo sigo con la mente puesta en mamá. Me dijo que llegaría un día en que nadie recordaría la vida antes del colapso, que sin libros la gente olvidaría las historias, que viviríamos en la nada. Recuerdo que le pregunté si no sería todo más fácil, como le sucedía a Ruth con la memoria. A Ruth empezaba a fallarle, y eso la ponía de mal humor, y el motivo de que la pusiera de mal humor era que recordaba justo lo suficiente. Cuando llegara el momento en que ya no supiera si recordaba o no, y solo quedara el olvido, quizá su mente se encontrara más en paz. Pero mamá se me acercó, meneando la cabeza, y me agarró de los brazos. Se puso muy seria de repente, y me hizo prometer que siempre siempre intentaría recordar.

Se acerca la hora de irse a la cama. Lo noto en los huesos. Aunque hoy no he salido a polinizar, estoy cansada, no puedo quitarme de dentro el olor de la cola de la Casa de los Pinceles ni la tensión por lo que va a venir. Me siento, con la mirada puesta en los barracones, y observo que hoy la luna está baja. Veo a Cass a lo lejos, hablando con alguien, y la mayoría de las chicas empiezan a retirarse a los dormitorios. Me dispongo a ponerme en pie, sin esperar más a Eliot, cuando oigo una voz.

—Ya tengo el resto.

Cierro los ojos, aliviada.

—Siento haber tardado tanto…

—No pasa nada —susurro.

—Hay un guardia que hace la ronda conmigo, y me controla todo el rato. Lo odio. —Eliot está justo detrás de mí—. Ya lo he enterrado

todo.

—¿Ya? —pregunto, sorprendida.

—Tenía una oportunidad, y la he aprovechado.

—Así pues, estamos listos —digo yo.

—Estamos listos —repite él.

Siento que se me forma un nudo en el estómago, y los dos nos quedamos en silencio.

—¿Ya sabes qué pintarás? —me pregunta en voz baja.

Me quedo pensando en ello: llevo días dándole vueltas, pero cada vez que lo pienso cambio de opinión.

—Aún no lo sé —respondo—. Me vienen muchas ideas a la cabeza, pero luego se me van.

—Mi padre era así —continúa en voz baja—. Componía canciones, y para empezar a veces solo tenía un acorde, una palabra o una nota, no mucho. Pero entonces llegaba el momento en que se sentía preparado y empezaba a ponerlo todo junto. Y entonces todo adquiría sentido.

Sonrío al imaginármelo.

—Solo tienes que confiar —añade—. Solo tienes que confiar en que llegará.

Hay unos guardias abriendo la puerta que da al patio de ejercicios, y el tintineo de sus llaves rompe el silencio. La puerta se abre con un chirrido.

—Mañana por la noche habrá luna llena, y ensayos para el desfile militar, así que muchos guardias estarán fuera hasta tarde.

Pienso en ello.

—Así que tendría sentido hacerlo entonces —sugiere.

Nos quedamos mirando a los guardias que se acercan al barracón.

—Pues mañana —respondo—. Está decidido.

De pronto se oye un jaleo, y me vuelvo a mirar los cuadrados de luz en que se han convertido las puertas y las ventanas de los barracones. Frunzo el ceño. Se oyen gritos y me pongo en pie de un salto, agitada. Otro grito, y se me hiela la sangre de pronto. Es Cass. Estoy segura de que es Cass.

—¿Qué pasa? —pregunta Eliot.

—No lo sé —respondo, pero echo a correr hacia el barracón sin pensármelo.

Al acercarme, intento entender qué está pasando y veo que sacan a alguien a rastras por la puerta, una chica que chilla y patalea, con un guardia a cada lado. Tras ellos va Cass, que grita, suplica, chilla…, y yo no puedo pensar, casi no puedo entender lo que estoy viendo.

—¡Cass! ¡Cass! —grito, y de algún modo encuentra mi rostro entre el pánico.

Se gira y me mira fijamente. Parece aterrada, sobrecogida.

—¡Deva! ¡Se están llevando a Deva! —grita.

Zuri aparece al lado de Cass, Emily también, y la cogen en brazos, impiden que vaya tras los guardias. Deva chilla y patalea, levantando polvo con los talones, y el corazón se me parte al ver el rostro de Cass y el modo en que las otras chicas la contienen, por su propia seguridad, e intentan apaciguarla con palabras.

—Cass, escucha. Cass… —le dice Zuri con voz suave.

—¡Se llevan a Deva! —grita Cass otra vez mientras los guardias siguen arrastrando a Deva.

Y entonces oímos el ruido de la puerta de la valla que se abre, el repiqueteo de las llaves y los gritos de Deva, cada vez más lejanos.

Me quedo allí de pie, impotente, respirando pesadamente, intentando pensar. Piensa. Cass puede tener hijos; para ellos es más valiosa que Deva. Me quedo mirando, paralizada, mientras Zuri

abraza a Cass, que le hunde la cabeza en el hueco del cuello, y Emily observa la escena, desconsolada. Cass se deja caer, derrotada, y de pronto levanto la vista y veo a una chica apoyada en el marco de la puerta: es Charmian, con los brazos cruzados y un extraño gesto de satisfacción en el rostro.



Capítulo 26

—¿Cass? Tienes que levantarte —digo con voz suave. Estoy de pie junto a su litera, acariciándole la mejilla con el pulgar. Tiene los ojos hinchados de tanto llorar, los párpados enrojecidos, la piel cubierta de lágrimas—. ¿Cass?

Sé que está despierta, no ha dormido, pero no quiere escuchar. Decido dejarla, ir a lavarme y luego traerle algo de desayuno. Me pongo en la fila del baño, con mi toallita al hombro.

—Así que las dos son traidoras.

Es la voz de una de las amigas de Charmian, y escucharla hace que se me tense el cuerpo. Estoy cansada, muy cansada de todo esto. Doy un paso adelante para intentar aislar sus voces.

—No es de extrañar que sean tan amigas. Una de ellas intentó huir antes incluso de llegar aquí y la otra está… confundida.

Me concentro en respirar hondo y me trago mis palabras.

—En cualquier caso, es mejor que Deva ya no esté, porque así Cass puede volver a la normalidad. Curarse.

Cierro los ojos e intento controlar las emociones. Yo tampoco he podido dormir imaginando lo que le harían a Deva. No se le permite casarse, eso lo sabemos. El estómago se me encoge solo de

pensarlo. Aún es joven para trabajar, tiene eso a su favor. Intento no pensar en lo que podría sucederle si está sola.

Rodeo el biombo e intento lavarme, con la mente desbocada. Me seco bien y me retiro, y paso junto a la fila. Intento no hacer caso a sus miradas, hasta que oigo la voz de Charmian, que se está riendo. Hay unas cuantas chicas a su alrededor, y está diciendo algo sobre Deva que no consigo ignorar.

—¿Puedes imaginarte entrar y encontrarte eso? A las dos besándose, en plena acción.

Me detengo y cierro los ojos, asqueada, con mi toallita en la mano; oír esas palabras en la boca de Charmian hace que lo ocurrido parezca algo sucio.

—Es asqueroso, las dos ahí sudando, acaloradas.

Las otras escuchan atentamente cada una de sus palabras. Yo me doy la vuelta sin pensar, me acerco a ella y veo que se gira y me mira, preparándose para la discusión.

—Me das asco —le digo.

Charmian sonríe.

—Lo que es asqueroso es dos chicas juntas, eso sí que es asqueroso. Es asqueroso y egoísta.

—¿Egoísta?

—¿Es que van a tener bebés?

Las chicas se ríen, y me doy cuenta de que estoy apretando el puño.

—¿Es eso en lo único en lo que piensas?

—¿Para qué crees que estamos aquí? —pregunta.

—¿Así que crees que no somos más que eso? ¿Eso es todo lo que nos merecemos?

Parece confundida e improvisa una sonrisa falsa al ver cuestionada su única referencia.

—¿Es eso lo único que quieres de la vida? —le pregunto.

Charmian levanta la barbilla, pero yo no he hecho más que empezar.

—¿O quizá es que tienes celos? ¿Es eso? ¿Estás celosa de dos personas que se quieren? ¿Que son capaces de sentir algo de verdad? —añado, y veo que ya no sonríe tan convencida.

Se queda mirándome un momento, en silencio, y luego levanta la mano de golpe para darme una bofetada. Pero esta vez le agarro la muñeca. Se queda perpleja. Avergonzada.

—No te atrevas —le advierto con un temblor rabioso en la voz—. No te atrevas.

Endurece el gesto, con la cara apenas a unos centímetros de la mía.

—Te crees muy lista, ¿verdad? —dice—. Pero no eres capaz de ver a quién o a qué te enfrentas.

Retira el brazo, libera la muñeca y ladea la cabeza.

—Vigila tu espalda, Jess —añade con un tono glacial.



Consigo sacar a Cass de la cama. No quiero que se meta en problemas, así que le pongo un poco de pan en las manos para que desayune y me la llevo a los camiones. Me aseguro de cubrirle las espaldas mientras nos dirigimos al norte, y cojo la escalera al lado de la suya. Veo a Eliot con el rabillo del ojo, pero él no me mira. Le digo a Cass que se suba a la escalera y lo hace de forma automática.

Polinizamos en silencio todo el día, y de vez en cuando miro de reojo a Cass, pero ella no dice nada, no me mira, y no es porque haya decidido no hacerlo, sino porque no puede. Porque el mundo le ha quitado lo único bonito que tenía y lo ha pisoteado. Porque algo

que era tan íntimo ha sido profanado, exhibido en público y convertido en motivo de risa. Sé que lo mejor que puedo hacer es no decir nada, simplemente estar ahí y no presionarla.

La mente se me va a Charmian, a esa habilidad que tiene para hacerte sentir en peligro, a esa advertencia de que vigile mis espaldas. Sé perfectamente que no debo dejar que eso me afecte, pero hay algo que me tiene intranquila, algo en sus ojos que nunca había visto. Algo de verdad. Pienso en ello, en lo que podría haber querido decir, pero enseguida decido fijar la atención otra vez en las flores que tengo delante y me concentro en el trabajo.

Dicen que muy pronto iremos a los invernaderos, que la floración está acabando por este año, aunque nada es seguro. De todos modos, he observado que últimamente hay menos flores y menos polen.

Miro a Cass, que ha dejado de pasar el pincel.

—¿Cass?

Parece perdida, asustada.

—¿Cass?

Me da miedo que se caiga de la escalera, así que bajo, rodeo el árbol y subo tras ella, por si acaso. Veo que Eliot se acerca.

—¿Cass? —le susurro al oído—. ¿Estás bien?

Asiente.

—¿Necesita agua?

Es Eliot. Bajo la vista, agarro a Cass del codo y tiro de ella para que me siga. Baja al suelo, y entonces Eliot se acerca, se quita la cantimplora que lleva colgada del hombro y desenrosca el tapón. Me la pasa, y yo se la pongo a Cass en los labios.

Me mira, preocupado.

—Quería deciros que intentaré descubrir lo que pueda.

Al oír eso, Cass levanta la vista y abre bien los ojos.

—No puedo prometeros nada, pero intentaré enterarme de adónde se la han llevado.

Le acerco la cantimplora a los labios, pero ella la rechaza.

—Cass, por favor —insisto—. Tienes que beber, tienes que comer. Si queremos salir de aquí, tienes que ayudarnos.

Ella me mira a la cara, y luego mira a Eliot.

—¿Descubrirás dónde está? —pregunta con la voz quebrada.

—Haré todo lo que pueda —responde él—. Ahora bebe.

Ella asiente y, sin apartar la vista de él, toma un poquito de agua hasta que le da la tos. Miro a Eliot y sé que no tengo que decirle lo agradecida que estoy.



Capítulo 27

Cass se ha dormido antes de la hora de la cena. Me quedo mirándola, en su litera, y me pregunto si debería despertarla o no. Está muy delgada, demacrada, los huesos de los pómulos se le marcan bajo la piel y las pequitas de debajo de los ojos se han disuelto en una mancha marrón. Al final decido dejarla descansar, con la esperanza de que coma por la mañana.

Está oscureciendo, y las chicas empiezan a acostarse. Me tiendo bajo la litera de Cass y veo pasar a las últimas chicas, con su toallita al hombro, y de pronto me doy cuenta de que está ocurriendo algo raro. Mi cuerpo, que suele vibrar de la tensión, está en calma, invadido por una extraña tranquilidad nada frecuente en mí. La única vez que me sentí así fue cuando estaba en aquel puesto fronterizo con Shey, con la barbilla levantada, la mirada firme y desafiante. Es como si hubiera llegado al ojo de la tormenta, un lugar de tranquilidad donde dejarme llevar, donde me encuentro con algo que llevo dentro, una parte de mí que suele estar desconectada, más obstinada, más valiente. Me toco las piernas, pesadas, y los brazos, y me doy cuenta de que no me tiemblan. Siento los músculos relajados, blandos, porque por una vez tengo un propósito.

Eso es lo que tiene la vida en este mundo: da la impresión de que no hay nada que hacer más allá de lo necesario para sobrevivir. Mamá iba a la cola del racionamiento, recogía ropa, intentaba intercambiar cosas, llegaba a casa, y aquí nos lavamos, comemos y polinizamos. No hay nada más.

Me pregunto cómo debía ser tener opciones, ser capaz de hacer cosas. Decidir salir a dar un paseo o qué trabajo hacer, tener el control de tu propio tiempo. Debía de ser algo maravilloso. La gente debía de disfrutar con ello, y a veces me imagino días felices en los que yo hago eso mismo: dispongo de mi propio espacio, me despierto sintiéndome segura y como fruta. No sé imaginarme dónde vivo, pero sí que como fruta y luego salgo a dar un paseo, quizá junto al mar, o por el bosque, o por la ciudad, y me paro en un café y luego quizá me voy a trabajar. Me imagino cómo podría ser y creo que haría algo con la gente que solía trabajar representando historias, o quizá en segundo plano, pintando los decorados que vi en uno de los libros de Ruth. Luego, al final del día, saldría con amigos, comeríamos algo y nos iríamos a casa.

Cada vez que me imagino esos días, el cuerpo me tiembla por dentro ante la imposibilidad de algo así. Y, aunque Ruth me los describió, ahora mismo me parecen algo de lo más lejano y difuso. Las imágenes que veo en mi mente van encogiéndose por los extremos, como los pósteres que tenía en mi habitación. Presto atención y oigo entrar a Madre Clement, que se sienta junto a la ventana y se queda mirando a la oscuridad, con la boca cerrada en una mueca tensa. Quizá sea mejor que esas imágenes vayan difuminándose, pero me pregunto si la gente disfrutaba de verdad viviendo así. O si pensaban que habría algo mejor, algo más, y en su búsqueda de ese algo mejor destruyeron lo que tenían. Me giro de lado y miro por la ventana. Cass emite un quejido en sueños.

Creo que Cass sería profesora, o una de esas personas que cuidaban a los animales, y sé que se habría casado por amor y, a diferencia de mí, la veo como madre, rodeada de niños pelirrojos con las mejillas rosadas y los pies sucios. ¿Y a Zuri? Ella sería alguien importante, alguien que resuelve problemas y gestiona algún tipo de negocio, y Emily quizá sería arquitecta.

Una vez mamá me preguntó qué querría ser si el mundo no fuera como es, y yo le hablé de la pintura, de pintar escenarios. Ella me dijo que se me daría mejor actuar yo misma, pero le contesté que nadie puede actuar sin el escenario adecuado, y se rio, me dijo que era rara y que me quería.

Se ha hecho el silencio, las chicas se han dormido. Hay luna llena, tal como dijo Eliot, pero las nubes hacen de filtro y suavizan la luz. Pienso en la piedra que Eliot ha dicho que ha puesto sobre las pinturas enterradas, y me giro para ver a Madre Clement, que ya empieza a cabecear.

Me quedo mirando la litera de Cass y dejo vagar la mente pensando en los decorados de teatro que pintaría. Bosques y castillos, cielos y animales. Llenaría todos los escenarios, de modo que la gente que los viera pensara que estaba en otra parte y que los actores no estaban fingiendo, sino que eran reales. Eso sería mágico, sin duda. Poder coger esa pintura y darle vida, hacer que insuflara realidad a todo el que la mirara.

Ahora Madre Clement está roncando y respira más despacio. Está en un sueño profundo. Me levanto, aguzando todos los sentidos, dejo mi vestido a los pies de la cama y apoyo las plantas de los pies en el suelo. Mientras me pongo lentamente en pie, siento un cosquilleo en la piel de la emoción. Me quedo un momento inmóvil, en camisón, mirando a mi alrededor, intentando aguantar el aliento para poder determinar los patrones de respiración de todas

las demás. He aprendido que es muy difícil fingir que estás dormida. Entonces me giro, sintiendo que la piel de los pies se me pega un poco al suelo, y me dirijo a la puerta. Madre Clement está dormida sobre la silla, con sus blandas carnes cayéndole por los lados del asiento. Aguanto la respiración, intento correr la puerta. Está atascada. Empujo otra vez; se mueve ligeramente, pero llega a un tope, y me doy cuenta, sorprendida, de que está cerrada con llave, con una barra de metal que la cruza de extremo a extremo. El corazón se me para de golpe, y entonces veo las llaves colgadas del cinturón de Madre Clement. Tengo la boca seca. Es muy arriesgado. Demasiado arriesgado, pero, si no lo hago ahora…, ¿cuándo? Esta noche hay menos guardias y podrían descubrir las pinturas en cualquier momento. Es posible que no haya más oportunidades.

Cruzo el barracón de nuevo y me acerco a Madre Clement, que tiene la cabeza aún más caída que antes y las manos sobre el regazo. Las llaves descansan sobre el lateral de su vestido. Las contemplo mientras brillan en la oscuridad, y casi no siento el cuerpo. Se entrechocarán, tintinearán entre mis dedos y la despertaré. Pienso, pienso. El único modo de hacerme con ellas es agarrarlas con confianza, sin dejar que rocen unas con otras, lo cual no es moco de pavo, ya que hay al menos cinco llaves. Veo su piel gris, su pelo gris, y me siento alta a su lado. De pronto, me da pena. Por su cuerpo blando y ajado, por la edad visible en el dorso de las manos. Extiendo la mano lentamente, muy despacio, acercándome cada vez más, hasta que casi siento el calor de su cuerpo sobre el mío. Alargo los dedos mientras el corazón me late desbocado en el pecho. Soy consciente de lo peligroso que es esto, pero lo hago. Agarro las llaves, con fuerza, y las desengancho del cinturón. Ella se sobresalta y levanta la cabeza, y por un momento tengo la impresión de que me voy a morir del susto al ver que abre los ojos y mira

hacia la oscuridad. Se me forma un nudo en la garganta cuando parpadea una vez, y luego otra, lentamente, hasta que me doy cuenta de que está dormida. Deja caer la cabeza hacia el otro lado y me quedo allí de pie, mirándola, con las llaves en la mano.

Me giro, sintiendo la presión del corazón en el pecho, y vuelvo hacia la puerta. Deslizo una llave en la cerradura, despacio, sin hacer ruido, pero no funciona. Cierro los ojos, cuento hasta tres, pruebo otra y, aliviada, observo que abre la puerta. La abro lo mínimo necesario para escabullirme por la rendija y cierro la puerta tras de mí. Miro alrededor, no veo a nadie. No veo ningún guardia, pero, aunque Eliot me ha dicho que habría menos, sé que nunca dejan los dormitorios desatendidos demasiado tiempo. Me agacho y dejo las llaves junto a la puerta.

Cruzo el patio de ejercicios en dirección a la valla, vuelvo a mirar alrededor y me pongo a trepar. Mi cuerpo se mueve como si no lo controlara yo, como si supiera lo que debe hacer. Al llegar a lo alto de la valla, echo una mirada más allá del muro exterior, pero no veo a nadie. Paso por encima de la valla de alambre pero por debajo de la concertina de púas, que me rozan ligeramente la parte trasera de los muslos. Me descuelgo por el otro lado y de pronto siento el contacto del suelo bajo los pies.

Miro a la izquierda, a la derecha, me pregunto si me estarán observando. No veo nada, no oigo nada, solo la larga pared desnuda que se ha extendido a ambos lados, el alambre de espino por encima y, más allá, las estrellas. Camino hacia el muro a paso rápido, escrutando el terreno con la mirada. Eliot dijo que dejaría una piedra para señalar el lugar donde están las pinturas. Busco, busco, pero está muy oscuro, a pesar de la luna. Empieza a invadirme el pánico. Tendré que volver atrás. Si no veo la piedra, no podré encontrar las pinturas y, si no las encuentro, todo esto habrá

sido para nada. Camino algo más hacia el otro lado. Nada.

Casi estoy por darme la vuelta, a oscuras, y justo en ese momento la luna asoma ligeramente, y con el rabillo del ojo distingo una forma junto a la pared. Una piedra. Me acerco y relajo los hombros, aliviada. Me agacho, me pongo a cavar debajo, hundiendo los dedos en la tierra seca, pero no encuentro nada. Se me agita la respiración, ahí no hay nada más que polvo y más polvo, y entonces se me ocurre que deben de haber movido la piedra, que alguien le habrá dado una patada, pero no pueden haberla desplazado mucho. Miro a mi alrededor, examino la tierra y veo unas ondulaciones cerca, pero la tierra está muy seca, y el viento levanta el polvo, así que podría no significar nada. Decido tantear un poco el terreno con los dedos antes de volverme al barracón y me agacho, presiono, presiono, buscando algo, lo que sea. De pronto, mis dedos encuentran algo duro en el suelo. Me arrodillo y me pongo a cavar, apartando el polvo con las manos, y noto el reconfortante contacto de un pincel.

No tengo una paleta para mezclar los colores; tendrán que mezclarse directamente en la pared. Tengo cuatro pinceles y ningún sitio donde lavarlos, así que tendré que empezar con los colores más claros e ir progresando hacia los oscuros, que es justo lo opuesto a lo que haría normalmente, y ya me he entretenido demasiado. Dispongo los tubos de pintura sobre el suelo, los abro, echo pintura sobre uno de los pinceles y empiezo a dibujar figuras. Trazo los perfiles rápidamente, dejando que los brazos y la mente tomen el control. Oigo el roce de los pinceles contra la superficie áspera del muro, el sonido de la densa pintura al mezclarse.

Cuanto más trabajo, más me evado. Es como si no estuviera allí, me he ido a otro lugar, donde mi mente está creando algo sin que yo sepa qué es, y lo único que puedo hacer es dejar que suceda, que

fluya como el agua. Me pregunto si todos los que pintan se sienten así, si el padre de Eliot se sentía así cuando tocaba la guitarra o Ruth cuando leía. Y es la segunda vez desde mi llegada a este lugar que me siento descansada. Descansada con algo que me protege del mundo, algo que habla por mí, que le cuenta a los demás lo que quiero decir, pero no tengo que hacerlo yo, lo hace por mí.

Cambio de pincel, pruebo con colores más oscuros. Desde hace unos días se me han ido ocurriendo imágenes de lo que podía pintar. Imágenes de rabia, con mucho rojo, carmín, bermellón y cadmio, colores de pérdida y de sangre que hablan de la gente que tira piedras, de cómo se llevaron a Deva a rastras; imágenes que reflejan la maldad de Madre Clement, en amarillo de cobalto y naranja, y luego esas sombras funestas en negro carbón y azul de Prusia. Luego, sin embargo, todas esas imágenes se disiparon y me abandonaron, y lo único que quedó fue la imagen que tengo delante.

Pinto sin parar, buscando mi camino, acumulando color y sombras, rápido, rápido, y, aunque me canso, noto el brazo fuerte de tanto polinizar. Sonrío al pensar en ello, en lo reconfortante que es esto.

Es una gran superficie, y, aunque los pinceles son más grandes, no bastan para cubrir tanto espacio rápidamente. Empiezo con los detalles, de claro a oscuro, y ya casi estoy acabando cuando oigo un ruido y me quedo paralizada. Vehículos. Me giro y escucho, y casi juraría que oigo el latido de mi propio corazón.

Bajo la vista y veo el caos de tubos y tapones a mis pies. Contengo la respiración. Debe de ser el Padre Renatus que regresa; oigo el chirrido de las verjas de metal a lo lejos. Me giro hacia la pared; hay que acabar la pintura, pase lo que pase. Repaso mentalmente, y a toda prisa, lo que queda por hacer y acabo a toda

velocidad, pinto los últimos detalles y doy un paso atrás. Tendré que conformarme.

Estoy sudando, y tengo polvo en todos los poros de la piel. Me agacho a tapar los tubos de pintura y esta vez noto que me tiemblan las manos: no es de nervios, sino de cansancio, ahora que empieza a disiparse la adrenalina. Tengo los dedos entumecidos y no los controlo; cuanto más lo intento, menos lo consigo. Me rindo. Tendré que enterrarlo todo de cualquier modo. Me alejo un poco de la pared, para no enterrarlo junto a la pintura, y me pongo a escarbar. Corro adelante y atrás, con el corazón en un puño, y lo entierro todo, intentando contar los tapones, los pinceles, tratando de no dejar nada incriminatorio a la vista. Oigo voces a lo lejos, y se me eriza el vello de la nuca. Pateo la tierra del suelo para alisar el terreno e intentar que no se note que he escarbado, y entonces me giro, corro haciendo el mínimo ruido posible y me acerco a la valla.

Miro al otro lado; las voces se acercan. Demasiado. Escucho y oigo a dos guardias hablando; horrorizada, veo que la luz se acerca, haciendo que la oscuridad se vuelva menos intensa. Es como si los guardias se hubieran parado a charlar. Me pongo en pie, con todos los nervios de punta, hasta que reemprenden la marcha. Cuando oigo que las voces se alejan, empiezo a trepar y me abro camino por entre la valla metálica y el alambre de espino de arriba, pero en el momento en que me dejo caer al otro lado observo que hay mucha más luz. Debería moverme lentamente, con cuidado, pero no hay tiempo. Corro hasta la puerta, recojo las llaves e intento controlar la respiración, escuchando un momento, para asegurarme de que en el interior no se oye nada.

Deslizo la puerta e introduzco la cabeza lentamente para ver si Madre Clement sigue durmiendo. Suspiro, vuelvo a cerrar la puerta y decido dejar las llaves en el suelo, a su lado. Podrían habérsele caído

durante el sueño. Me agacho, suelto las llaves despacio, muy despacio, hasta que caen al suelo con un mínimo tintineo. Me levanto, me giro y dirijo la vista hacia mi litera. Debería lavarme, pero está amaneciendo. No tengo ni idea de si tengo pintura en los brazos o en las manos, pero no puedo arriesgarme. Eso tendrá que esperar. Tendrá que esperar hasta la mañana.



Capítulo 28

La sensación es de tranquilidad, de paz. Estoy estirada en la cama, con los ojos cerrados, no del todo despierta, en ese espacio de libertad entre el sueño y la vigilia. Siento el cuerpo pesado, la mente en blanco, y no puedo pensar en nada más que en la sensación de estar allí tendida, hinchando y deshinchando el pecho a cada respiración, dentro y fuera, dentro y fuera.

Entonces empieza el murmullo. No es intenso, solo un leve cambio de energía, una vibración, un sonido que imagino parecido al que harían las abejas al entrar y salir de la colmena. Un zumbido insistente que anuncia un cambio. Va ganando intensidad, pero yo sigo sin abrir los ojos, bloqueándolo, y me veo bajo esos árboles con un denso follaje por el que se cuelan haces de luz, el lugar donde mi madre se veía sentada en sueños, y oigo las abejas, y eso me proporciona una sensación cálida, de fatiga, y entorno los párpados para protegerme de los rayos de sol que se cuelan por entre las verdes hojas de los árboles, y siento una suave brisa que me despeina. El sonido vuelve a aumentar de volumen; el movimiento de la litera al bajar Cass de un salto me saca por fin de ese estado de torpor. El crujido de las literas, los pasos sobre los tablones de

madera y los murmullos acaban de inclinar la balanza: de pronto, estoy despierta. La mente se me va a lo que pasó anoche. Abro los ojos, veo la litera vacía de Cass y me quedo inmóvil unos momentos, escuchando, atenta al murmullo procedente del exterior, cada vez más fuerte. Me levanto de un salto, me pongo el vestido y el delantal y salgo al exterior.

No sabía qué esperarme, pero desde luego no era esto. El patio está lleno de chicas, todas de pie, con su vestido de trabajo y su delantal, descalzas, y todas están de cara al muro. El silencio es estremecedor. Me abro paso a través de ellas, buscando la melena pelirroja de Cass, y la encuentro detrás de Zuri. Todas las chicas están mirando al otro lado de la alambrada, hacia el muro perimetral, y ahí está, a la luz del día. Ya sé por qué están calladas. Están mirando la pintura del muro, que muestra a la Madre sentada a una mesa rebosante de manzanas, peras y melocotones y de rollizos bebés de mofletes rosados, con un gesto de satisfacción en el rostro mientras trocea una manzana con un cuchillo. Miro a Cass, pero ella tiene la mirada puesta en un punto debajo de la mesa, donde hay una niña demacrada con oscuras bolsas bajo los ojos: está arrodillada entre un montón de fruta podrida, de manzanas marrones que le llegan hasta las rodillas. Sostiene un pincel con ambas manos, por los extremos, y lo observa atentamente. No sé qué era lo que me esperaba, pero al girarme observo que algunas de las chicas están llorando, unas lágrimas horribles, sentidas, que les surcan las mejillas sin proponérselo. Algunas tienen la mirada puesta en el suelo, otras en los pies o en las manos, y, por primera vez en mucho tiempo, tengo miedo.

Tengo miedo porque la verdad duele, y duele mucho más que todas las mentiras que nos han estado contando. De pronto se oye un grito, y las chicas echan a correr hacia las Madres: veo a dos de

ellas que empiezan a tirar del vestido de Madre Clement hasta que la hacen caer al suelo, y se oyen los gritos entrecortados de Madre Jackson y alguna de las otras Madres, que chillan. Entonces acuden los guardias, y no sé qué es lo que ocurre hasta que resuena un disparo y todo el mundo se calla de golpe, se hace un silencio mortal, y en ese momento veo que Zuri se mueve. Se gira, se pone de cara a las chicas con un gesto difícil de interpretar en el rostro y se mete la mano en el bolsillo del delantal. De pronto tiene su pincel en la mano y lo levanta por encima de la cabeza. El corazón se me dispara en el pecho, y siento la tensión de Cass a mi lado.

—¡Ya basta! —grita Zuri con una voz que le sale de las entrañas y reverbera entre nosotras.

Agarra el pincel con tal fuerza que la mano le tiembla, y luego se lo muestra a las chicas y lo parte, lo quiebra en dos, y deja caer los pedazos al suelo. Me quedo de piedra y, mientras la miro, oigo otro chasquido de madera que se rompe. Al girarme veo que otra chica del barracón de al lado la ha imitado. Se me pone la piel de gallina al ver que todas las chicas empiezan a sacar sus pinceles y los rompen.

—¡Ya basta! —grita otra chica.

No doy crédito.

—¡Ya basta!

—¡Ya basta!

—¡YA BASTA!

Las voces, unas cercanas y otras lejanas, crean un sonido extraño, musical. «¡Ya basta!». Y entonces Cass me mira, mete la mano en el bolsillo del delantal y fija la vista en el pincel que tiene agarrado, con los dedos temblorosos y la respiración agitada. Lo sujeta con ambas manos, lo parte en dos y luego me mira a mí. Cojo el mío y en ese momento llegan los disparos, para asustarnos, para sobresaltarnos. Pero nosotras seguimos rompiendo los pinceles.

—Ya basta.

—Ya basta.

Llegan corriendo cada vez más guardias, abren la verja y entran en el patio de ejercicios, rodeándonos, pero entonces el ruido cambia, las chicas se ponen a gritar, a vociferar. Las miro y veo que una por una se van sentando en el suelo. Emily, Zuri, Katie, Rhiannon… Siento que me tiran del brazo, y es Cass, que me pide que me siente, y no sé qué está sucediendo hasta que todas están sentadas salvo unas cuantas chicas, Charmian, las Madres y los guardias. El ruido es indescriptible; los aullidos, los gritos, las protestas y el dolor, todo mezclado, y en los rostros de los guardias se ve que no saben qué hacer. Disparan al aire, pero las chicas se agarran de las manos. Los guardias gritan y dan patadas a las chicas que tienen más cerca, pero ellas no se mueven. Cass me agarra la mano con fuerza, se me acerca aún más, y yo levanto la vista hacia los guardias y reconozco entre ellos a Eliot, en el otro extremo del patio, intentando mirar hacia otro lado.

Las Madres empiezan a increparnos, y dos de ellas intentan tirar de una chica y ponerla en pie, pero las que tiene más cerca la rodean con los brazos y se lo impiden. Al final las Madres se rinden, encendidas de rabia y humillación; horrorizada, veo que una de ellas le escupe a la chica. Eso provoca las protestas airadas de las demás, una respuesta unitaria. Todas tienen presente el rostro de la Madre en la pintura, comiéndose la fruta, despreciando a la niña que tiene bajo la mesa. Está claro que no van a movernos de aquí fácilmente.



Han pasado unas cuantas horas, pero las chicas siguen muy animadas, y muchas disfrutan de la inyección de energía que les da

rebelarse por primera vez. Charmian y sus amigas se han negado a sentarse y han vuelto a los barracones, al igual que otras diez que no son de su círculo. Pero todas las demás se han quedado, y estoy orgullosa de ello. Eliot sigue montando guardia, y las chicas se ríen y hablan de la novedad que supone todo esto, quizá sin darse cuenta de que las Madres han desaparecido por la puerta que da a los edificios principales. Sé que Eliot se habrá dado cuenta; sabe que están pensando qué hacer. Los camiones están listos al otro lado de la valla, pero no hay nadie en ellos. El sol va ascendiendo en el horizonte y el aire empieza a calentarse. Miro a Zuri, que está delante de mí, y ella me sostiene la mirada. Asiento levemente.

—¿Qué va a pasar? —pregunta Cass.

Yo no me giro a mirarla, pero siento su presencia a mi lado.

—No lo sé —confieso.

No me esperaba que las cosas fueran a salir así, pero sé que probablemente estarán pensando en cómo gestionar la situación. Podrían intentar dividirnos o podrían dispararnos, pero dudo que lo hagan: nos necesitan, y sería una reacción tan extrema y violenta que pondría en peligro el regreso al trabajo. Sé que tienen un modo más sencillo de aplacar esta rebelión, y no tendrían que hacer nada en absoluto.

—El Padre Renatus vendrá, ¿no? —murmura Cass—. Tendrá que venir, y tendrá que escucharnos.

—Tendrá que escucharnos —repite Katie, junto a Cass.

Me muerdo la lengua. Se creen que pueden hacerle razonar.

—¿Quién crees tú que lo ha pintado? —pregunta Katie con los ojos muy abiertos—. Xiao dice que ha sido Adaline.

Cass no me mira, y Zuri aparta la mirada.

—Quienquiera que haya sido, la matarán.

Intento no moverme, no mostrar ninguna reacción.

—¿Os imagináis ser ellos? ¿Aquí? ¿Ahora? —pregunta Emily—. Pero quizá nos hayan dado una ocasión para manifestarnos, para negociar, ¿no?

—Tendremos que esperar y ver qué hacen —dice Zuri.

—¿Y si no hacen nada? —pregunto, dando voz a la inquietud que me ronda la mente desde hace unas horas.

—Entonces tendremos que pensar en algo.

Levanto la vista al ver que se acerca un guardia, y nos callamos de golpe.

Mamá decía que hay un modo de conseguir que la gente se venga abajo, una fórmula a la que recurren. Incomodidad física, tortura psicológica, una mezcla de ambas cosas, hasta que empiezas a olvidar por qué estabas luchando. Yo ya sé lo que harán. Nos darán la comida mínima necesaria para que polinicemos, para que podamos tener el periodo, pero no más. Ya estamos débiles; casi sin darme cuenta, le agarro el brazo a Cass con más fuerza. Empieza a hacer calor, tenemos el sol sobre la cabeza. Sé lo que viene ahora, y hago un cálculo rápido. Ya tenemos hambre y sed. Dirijo la vista hacia Eliot y veo que nos mira directamente.

Una hora más tarde, un camión se acerca a la valla metálica, junto a la pintura, y bajan unos cuantos guardias para limpiar el muro. Los observo mientras siento cómo se me calienta la cabeza al no llevar el sombrero. Pienso en la composición, en cómo explicaba el libro de Ruth que había que colocar los objetos sobre una mesa —manzanas, jarros con agua o flores—, lo que llamaban «naturaleza muerta». Era un estilo de pintura dedicado a la observación de las cosas, y decía que hacían falta cuatro cosas de formas diferentes, y que había que combinarlas, pero lo más importante era decidir de dónde iba a venir la luz. Había que saber de dónde venía la luz, porque eso era lo que permitía crear las sombras, o una cosa

llamada *chiaroscuro*, un contraste entre la luz y la oscuridad, y el libro de Ruth decía que eso era lo que hacía que los objetos parecieran reales. La luz les daba peso, y no dejo de pensar en ello mientras aplican productos químicos en el muro para disolver las pinturas ante la mirada de todas las que estamos allí. Borran las formas con sus trapos, la luz, la oscuridad, y trabajan al unísono, profesionalmente, hasta que solo queda una nube de un color difuso, una especie de sueño en el lugar que ocupaba antes una imagen.

Las chicas ya se han callado; el calor empieza a ser oprimente, y veo que los guardias se vuelven hacia el camión hasta que uno se detiene, da una patada a algo y el corazón se me encoge. Lo veo agacharse, rascar el suelo, y entonces coge un tubo de pintura, les grita a los otros y todos se acercan y empiezan a dar patadas al suelo hasta que descubren los pinceles y las pinturas. Quizá consigan seguir el rastro de los tubos hasta la fábrica y averiguar quién estaba destinado en aquella zona; sabrán que alguien ha hecho los pinceles en la Casa de los Pinceles. Me quedo allí sentada, inmóvil, con la mirada clavada al frente y la mandíbula tensa, e intento no mirar a Eliot.



Capítulo 29

Nos dejan allí fuera todo el día. Algunas de las chicas se hacen pis encima y el olor del sudor se mezcla con el de la orina. Las chicas se han calmado, tal como esperaban los guardias; poco queda de la energía de la mañana. Cass curva la espalda hacia delante por el cansancio; en el momento en que empieza a oscurecer, los guardias se van y los reemplazan otros nuevos. Todos los movimientos están calculados para demostrarnos que ellos pueden aguantar indefinidamente.

Veo a Madre Clement y a Madre Jackson acercarse al patio de ejercicios, esperar a que un guardia les abra la puerta y seguir hacia el barracón sin mirarnos. Madre Clement agita las llaves y se asegura de que nos enteremos de que cierra la puerta con llave. No me giro a mirar para no darle la satisfacción, pero, cuando vuelve a cruzar el patio, veo las siluetas de Charmian y sus amigas a través de los barrotes de la ventana. Todas somos conscientes de cómo va a ir esto, y se hace el silencio. Sin agua no duraremos ni tres días.

Afortunadamente, es una noche clara, sin fuertes vientos, y el universo empieza a girar sobre nuestras cabezas. La luna llena ilumina el cielo, y observo que Cass se ha dormido: ya estaba débil

después de no haber comido casi nada ayer, y estará deshidratada. Me arrepiento de haberla dejado dormir anoche. Otras chicas apoyan la cabeza en el hombro de sus amigas, y el silencio es espectral: la incomodidad física empieza a hacerse sentir y la euforia inicial va desapareciendo.

—Deberíamos habernos organizado —dice Zuri—. Tendríamos que habernos quedado dentro o, si queríamos sorprenderlos, tendríamos que haber hecho correr la voz, hacerlo bien…

Levanto la vista y la miro.

—Aquí somos demasiado vulnerables —añade.

Miro alrededor. Somos unos blancos perfectos, a campo abierto.

—No digas eso —protesta Katie.

—No duraremos ni dos días —afirma Zuri con convicción—. Nos dejarán aquí hasta que nos muramos o hasta que nos rindamos.

—No sé cuál de esas dos cosas sería peor —añade Emily, malhumorada.

—Tendremos que rendirnos, entregarnos esta vez —responde Zuri—, dejarles que piensen que han ganado. Y así podremos organizarnos. Prepararnos para la próxima vez. Así solo estamos consiguiendo castigarnos, debilitarnos.

—Pero ¿y si no volvemos a tener una oportunidad? —replica Emily, agitada—. A partir de ahora nos estarán observando día y noche.

—Entonces la crearemos —responde Zuri, que alza la voz sin darse cuenta.

—Zuri tiene razón —digo yo—. Es una lucha que no podemos ganar.

—¿Así que te vas a rendir? —me espeta Katie.

—No es eso. Tenemos el poder; es solo que no vamos a ganar ahora.

Katie me mira como si hubiera perdido la cabeza. Emily suelta una risa amarga.

—¿El poder?

—Sí —respondo—. Sin nosotras no hay polinización, y, sin eso, no hay comercio. Necesitan nuestros cuerpos, necesitan a nuestros hijos. Les aterra perder el control sobre nosotras —añado, y veo que Katie piensa, muy concentrada.

En la oscuridad distingo el brillo de los ojos de Zuri y veo el rostro tenso de Emily.

—El problema es que pueden negarnos el agua y la comida, usar eso en nuestra contra. Lo que tenemos que hacer es aguantar aquí todo lo que podamos, hasta un límite razonable —propongo—. Dejarles que crean que nos hemos resistido, pero que son más fuertes que nosotras, más inteligentes, que han ganado. Luego recuperamos las fuerzas y trazamos un plan. Ahora sabemos que todas estamos en el mismo bando, salvo la pandilla de Charmian, pero es evidente que hay ganas. Todo lo que tenemos que hacer es canalizar esa energía correctamente. ¿Estamos de acuerdo?

Miro alrededor y compruebo que Zuri asiente, luego Emily, después Katie, y es extraño, pero por primera vez me siento parte de algo, parte de este grupo de chicas, sus mentes con la mía, sus manos con las mías. Decidimos hacer turnos para dormir, Zuri y Katie primero, y, en el momento en que el cielo se va despejando sobre nuestras cabezas, observo que Emily levanta la vista para contemplar las estrellas.

—Andrómeda —digo en voz baja. Emily me mira, extrañada—. Esa forma de ahí —explico señalándosela—. Cada constelación tiene su propia historia. Andrómeda fue una joven a la que sus padres sacrificaron.

Ella sigue mirando al cielo, intentando descifrar sus misterios.

—La sacrificaron para salvar a su país, la traicionaron y la encadenaron a una roca en el mar por lo llena de vida que estaba, por lo consciente que era de su propia belleza.

—¿Y no soportaban tener a una hija así? —pregunta, entristecida.

—No —respondo sonriendo—. Supongo que no.

En ese momento la miro y me doy cuenta de que tiene los ojos brillantes, rebosantes de lágrimas.

Es la primera vez que veo el alba, al menos sin barrotes de por medio. Me fijo en la forma en que va difuminándose la oscuridad, como la pintura oscura al contacto con el agua, el modo en que se diluyen los colores. En la ciudad, el cielo siempre estaba lleno de humo. Era como si la luz nunca desapareciera, sino que siguiera presente en la oscuridad, y esta mañana da la impresión de que se impone al negro con tonos de azul pálido y rosa. Observo, maravillada, y miro a Zuri, que ya se ha despertado y se frota los brazos para que le vuelva a circular la sangre. Las otras chicas se van despertando, una por una, malhumoradas, hambrientas y sedientas. Miro a Cass, que tarda en despertarse; la zarandeo, le acaricio el rostro y al final reacciona, pero está muy débil. Le tomo el pulso, tal como me enseñó una vez Ruth, y veo que lo tiene irregular. Frunzo el ceño y me giro hacia Zuri, buscando su mirada.

—Creo que es hora de dejarlo —propongo.

—No.

Es Cass. La miro; está pálida, sin expresión en los ojos.

—Cass, no estás bien, no podrás…

—Aún no —insiste, y fuerza la voz para mostrarse más fuerte—. Estoy bien. Prométemelo. ¿Me lo prometes?

Miro a Zuri, que se encoge de hombros, y me giro de nuevo hacia Cass.

—Está bien. Unas horas más… Pero no más.

Emily le susurra algo al oído a Katie y luego esta va pasando el mensaje de que tenemos que quedarnos un poco más. Reina el silencio; hoy no hay muestras de beligerancia ni gritos, solo un agotamiento profundo.

El comedor está abierto, y oímos a algunas de las Madres moviendo cacharros en la cocina. Han abierto las puertas y las ventanas para asegurarse de que nos llegue el olor a comida. La vista se me va a Emily, y observo que está como aturdida por el hambre, y es extraño, pero no me sorprende que sea así como intentan socavar nuestra moral.

Mamá decía que siempre era así, que te decían que iban a cambiar y que luego seguían ofreciéndote lo mismo, haciéndote creer que era lo mejor, que tenías que dar las gracias por ello. Y eso encaja con el carácter del Padre Renatus. La forma en que nos cuenta, sin inmutarse, que todo se hace por nosotras, ese tono de reprimenda, su mal disimulado desprecio por nosotras y por todo lo que somos. Ninguna de nosotras se mueve; yo fijo la vista en el muro, al otro lado de la valla de alambre. Al final, las puertas del comedor vuelven a cerrarse, y Charmian y sus amigas regresan al barracón. No puedo mirarlas, así que espero hasta que desaparecen.

Hoy hace aún más calor y sopla un viento que ha empezado a levantar la tierra a nuestro alrededor. Algunas de las chicas se han puesto a toser; una de ellas tan fuerte que le dan arcadas. Cruzo una mirada con una chica llamada Isla que, a pesar del agotamiento, esboza una sonrisa. Fue una de las que partió su pincel, igual que hizo la chica que tiene detrás, y da la impresión de que eso ha creado un sentimiento que se ha extendido hasta rebosar. Una idea o un pensamiento que ha pasado de una a otra, de modo que ahora todas vemos las cosas de otro modo. De pronto se produce una

conmoción cuando la chica que estaba tosiendo se desmaya. Las otras levantan la vista y la dirigen a los guardias, pero ellos mantienen la posición, inmóviles, obviamente cumpliendo órdenes.

A lo largo del día la situación se repite una y otra vez. El desánimo se va extendiendo como un veneno entre las chicas, y bajo el abrasador sol del mediodía una de ellas se echa a llorar. Miro hacia atrás y me encuentro a la niña que veo una y otra vez, con la cabeza gacha y la mirada perdida. Está siendo muy valiente, pero me duele en el alma verla así. Cass está dormida otra vez, y el calor hace que se me fundan hasta las ideas. Es como si todo quedara muy lejos, como si mi cuerpo se hubiera separado de mi mente, y me duele la cabeza como nunca hasta hoy. Intento estirar las piernas, pero tengo calambres, unas rampas que se me extienden hasta las caderas. Los sollozos de las chicas van en aumento. Aprieto la mandíbula e intento concentrarme en este momento, en nuestra situación, y entonces, cuando el calor empieza a remitir, llega un camión al exterior de la puerta principal y se abre la puerta del barracón.

Charmian cruza el patio de ejercicios escoltada por un guardia, con la vista fija en el camión, y la puerta se cierra a sus espaldas. Me giro hacia Zuri, que hace esfuerzos por mantener los ojos abiertos. Charmian hace una mueca de asco al notar el hedor de los animales humanos —nuestro sudor, nuestra orina—, y yo paseo la mirada por los pinceles rotos esparcidos por el suelo y pienso en la única vez en la que vi a mamá desesperada. No fue porque tuviera que criarnos sola, o por el mundo en el que nos había tocado vivir, ni siquiera por no tener suficiente comida ni por aquella ocasión en que nos encontramos con que habían entrado a robarnos cosas de la casa. Fue cuando reuní todos aquellos retratos que le había hecho y se los enseñé, todas las vidas que habría podido vivir, y vi algo en

sus ojos que me asustó: que podía imaginárselas todas, algo que en ocasiones podía resultar muy reconfortante, pero que también podía provocar un gran dolor. Fue algo momentáneo, pero noté cómo atravesaba la sala como una ráfaga de aire frío.

Cierro los ojos, le agarro la mano a Cass e intento no pensar en la sed que tengo. En lo secas que tengo la boca y la garganta, e incluso la superficie de los ojos. Espero, escucho, le aprieto la mano a Cass de vez en cuando para asegurarme de que sigue caliente, y de pronto vuelvo a oír el camión, el chirrido de la puerta principal, y veo acercarse a Charmian por entre la penumbra del atardecer. Se nos acerca con los hombros rectos y el paso firme.

—El Padre Renatus quiere que os diga que aprecia el duro trabajo que hacéis. Dice que tenéis razón, que merecéis más descanso. Un día a la semana y más comida, una tercera parte más. Quiere que sepáis que se preocupa por vuestro bienestar.

—¿Y por qué no ha venido él? —pregunta una voz.

—Está ocupado buscando el modo de conseguiros más comida. Trabajando sin parar. Lo único que os pide es que vosotras también pongáis de vuestra parte. Que trabajéis tan duro como él.

Siento que la determinación de algunas de las chicas se atenúa de pronto.

—Quiere que sepáis que en el comedor tenéis agua. Ropa limpia en vuestras literas. Y que tendréis comida por la mañana y que está dispuesto a olvidar todo esto.

Cuando acaba de hablar, las puertas del comedor se abren. Miro a Zuri y ambas sabemos que esto se ha acabado.

—Está bien —dice—. Por ahora ya basta.

La miro, y asiente levemente.

—Solo tenemos que recuperar fuerzas —dice una vez más, y yo la miro y también asiento, con lágrimas en los ojos.



Capítulo 30

Cass ha vomitado la primera taza de agua, y también la segunda, y se ha mojado el vestido. Me he quedado a su lado, intentando ayudarla a mantenerse erguida, pero lo único que veía eran las estrellas. No había nada que comer, así que hemos regresado a los barracones para lavarnos. Ahora cruzamos el barracón y oímos el murmullo de las chicas, algo recuperadas después de beber el agua amarga. En algunas de ellas se percibe un claro alivio físico, una expresión de frágil triunfo en los ojos. La sensación de que han conseguido algo. Pero luego oigo la voz de Charmian a mis espaldas, fría y tranquila, satisfecha consigo misma.

—Miraos —dice—. Fíjate qué pintas traéis.

Yo no respondo; sigo adelante. Cass se dirige a su litera. No tengo fuerzas para enfrentarme a Charmian, y ella lo sabe. Siento que me tira del hombro. Me doy la vuelta y la miro, aunque me cuesta fijar la vista.

—Aún no me has dado las gracias.

Le brillan los ojos, está eufórica, levanta una ceja. Sus amigas acuden y la rodean para disfrutar del momento.

—Venga… —Sonríe—. Di: «Gracias, Charmian».

Aparto la mirada, pero ella alarga el brazo, me agarra de la barbilla y no puedo soltarme. Me clava las uñas en los lados de la cara.

—Dame las gracias por todo lo que he hecho por ti.

Sonríe, amenazante. Yo le aparto el brazo de un manotazo y se ríe, y sus amigas la imitan.

—Quiero que recuerdes esto —dice—. El favor que te he hecho esta noche. Quiero que recuerdes que yo he arreglado la situación. De no ser por mí, a estas alturas todas estaríais muertas.

Intento encontrar palabras, pero no puedo. Me empuja, y tengo que hacer un esfuerzo para no caerme al suelo. Hay risas, y luego noto la presencia de Emily a mis espaldas, que me sostiene y me acompaña a mi litera para ayudarme a quitarme el vestido.

—Tienes que dormir —me dice, y en ese momento los ojos se le van a una mancha de pintura en el interior de mi manga, y se detiene, mira alrededor y se pone a rascarla con la uña para limpiarla.

Me doy cuenta, y doy gracias de que esté oscuro. Me estiro y me noto vacía por dentro, y lo único que veo es el pelo de Cass cayendo por el lado de la litera, colgando como siempre. Luego todo se vuelve negro.



Por la mañana hay más comida de lo habitual. Sabía que la habría, al menos durante unos días, lo suficiente como para que tengamos la sensación de que hemos conseguido algo. Cass come con hambre y yo mojo el pan en el agua para que resulte más fácil de tragar. Las chicas están calladas, agotadas. Su determinación se ha visto puesta a prueba. Cuando acabamos de comer, volvemos al barracón para

coger nuestros sombreros, y en el patio oímos un ruido diferente: de guardias, camiones, martillos. Están construyendo una valla más alta en torno a la alambrada. Se me encoge el estómago, y Cass me toca el hombro. Cogemos nuestros sombreros, y al salir nos fijamos en que Charmian sigue tendida en su litera. Madre Jackson la ve y, a pesar de que es hora de ir a trabajar, no le dice nada.

Charmian levanta la vista, nos mira y nos sonríe.

—Disfrutad del trabajo.

Cass se gira hacia mí, extrañada, y ambas llegamos a la conclusión de que esa debe de ser su recompensa, junto a la comida de más que hay sobre la sábana de su catre.

Cass y yo nos situamos junto a un camión y observamos cómo los guardias van distribuyendo pinceles a las chicas, hasta que Zuri viene a buscarme.

—Nos necesitan en la Casa de los Pinceles para reponer todos esos pinceles rotos —me anuncia, sin que su tono revele nada especial.

Asiento, miro a Cass y ella nos sonríe a las dos.

—Estaré bien —dice, pero no tengo claro que ni ella misma esté convencida.

Zuri y yo volvemos al barracón y nos encontramos con las otras siete u ocho chicas que trabajan en la Casa de los Pinceles junto con Katie y Xiao. Esperamos a Madre Clement y, cuando llega, la seguimos como siempre, cruzando el patio de ejercicios, solo que, en lugar de ir a la Casa de los Pinceles, gira a la derecha y pasa junto a la casa de las Madres, en dirección a los edificios principales. Percibo la tensión de Zuri, que va delante de mí, cuando nos hacen entrar en fila al Salón de Asambleas. Madre Clement nos abre la puerta, y nuestros pasos resuenan en el cavernoso espacio en ausencia de los otros cientos de chicas. Cuando los ojos se me

adaptan a la penumbra del interior, observo, aterrada, que el Padre Renatus está ahí de pie, al lado de una chica que nos da la espalda. La miro, confundida, y tengo la extraña sensación de que me suena. Intento deducir quién es, hasta que se gira. Es Emily. Está de pie, con la barbilla alta, pero no es capaz de mirarme a los ojos. Tiene unas manchas en la piel del cuello, y de pronto la mente se me dispara. Su «curiosidad» por Cass y Deva, que la mandaran a la Casa de los Pinceles tras la primera pintada, la forma en que me agarró el brazo mientras me rascaba el resto de pintura de la manga anoche, la forma en que me miraba en la penumbra…

—Poneos en fila, rápido —nos ordena Madre Clement, que se gira a mirar al Padre Renatus al ver que se acerca a nosotras, y noto que las otras chicas se encogen al verlo.

Él sonríe, y de pronto veo lo bajito que es, ahora que no está subido al estrado. Nos mira fijamente, observándonos, y recorre la fila un momento mientras las suelas de sus zapatos chirrían sobre el suelo. Se detiene.

—He estado hablando con mi amiga Emily —dice con voz suave.

Emily baja la vista, consciente de que es el blanco de todas nuestras miradas, y yo siento una horrible rabia desbocada que me quema por dentro. Sé que Zuri también la siente, igual que Katie. Estamos acabadas. Emily sabe lo que hicimos. Echo una mirada a los guardias, junto a la puerta, y de pronto me vienen a la mente los gritos de la amiga de Willow, y las piernas me piden salir corriendo de allí. Quiero salir. Esto es el fin.

—Emily tiene la buena costumbre de fijarse en las cosas. Por ejemplo, supo informarme de una relación bastante inapropiada entre dos chicas.

Me parece que lo que siento es odio, algo oscuro y aterrador.

—Y más recientemente encontramos unas pinturas —añade con

voz melosa.

Tiene la piel brillante, grasa, y eso hace que le resalten las mejillas bajo esos ojos grises e hinchados. Sigue caminando adelante y atrás, como para transmitir una agitación que no denota su voz.

—Y unos pinceles inusualmente grandes. —De pronto se detiene, suelta una risa y se rasca la cabeza—. El caso es que, como sabéis, vosotras sois las que hacéis los pinceles, así que querría saber si sabéis algo de ellos.

Mantengo la mirada fija al frente, intentando no llamar la atención con la rigidez de mi cuerpo o al apretar los dientes. Esto es una trampa; es una trampa.

—Por supuesto, no tenemos ninguna prueba de que los pinceles los hiciera y los escondiera una de vosotras, pero parece la explicación más probable, y es perfectamente obvio que esa persona necesita nuestra ayuda, así que, si alguna de vosotras puede darme un nombre, os estaría muy agradecido.

Lo sabe, ya lo sabe, y solo está esperando que confesemos. Necesita esa victoria. Nos escruta el rostro, espera, y a lo lejos sigo oyendo el ruido de la valla que están construyendo, aún más alta, en torno al patio de ejercicios.

—¿Xiao? —pregunta, ladeando la cabeza—. ¿Quieres contarme algo?

Xiao, que siempre se muestra tan segura de sí misma, tan tranquila, empieza a balbucir:

—No… no lo sé, señor. No, señor. Lo prometo.

Se la queda mirando un buen rato para hacerla sufrir.

—Muy bien —dice por fin, y da un paso adelante.

Emily ahora está llorando, sorbiéndose la nariz, y me alegro de que así sea, me alegro de que sufra por lo que ha hecho.

—¿Qué me dices tú, Katie?

Katie parece aterrada, ahora que se dirige solo a ella.

—Lo siento, yo… no sé nada. Yo no sé nada, señor.

Emily se lo ha dicho, pero él quiere que se lo diga yo. Eso es lo que más satisfacción le puede dar, porque se trata de conseguir que nos vengamos abajo, como dijo mamá. De pronto, tengo la sensación de que está conmigo. Sus ojos, sus manos, su corazón latiendo en el mío, y también siento otra cosa que crece en mi interior, algo muy suyo, una sensación de desafío, quizá, pero es algo más: la convicción de que el Padre Renatus no me va a obligar a hacer algo que no quiero hacer. Y, ahora sí, lo tengo delante.

—Ah, tú, nuestra última incorporación…

Fija sus ojos de color pizarra en los míos. Lo miro, horrorizada, mientras acerca su pálida mano y me tira de las puntas del pelo, más corto que el de las demás.

—Tu madre fue toda una rebelde, ¿verdad?

No me suelta el pelo. Me asquea solo pensar que pueda decir algo sobre mi madre. Ladea un poco la cabeza.

—Me pregunto si la rebelión será algo que se transmite con los genes… —añade, y ahora siento su mano cerca del rostro—. Dime —continúa, y me echa el aliento en el rostro—, ¿quieres confesar algo?

Observo el color de sus ojos, unos ojos sin vida, muertos, como los que solía hacer cuando empecé a dibujar ojos. Sin chispa, sin color. Lo miro y pienso en mi madre.

—No —respondo con la voz firme.

Él me mira, me suelta el pelo y me pone un dedo bajo la barbilla, examinando los ángulos de mi rostro.

—¿Así que no sabes nada de esto?

—No, señor —le digo, resistiendo la tentación de escupirle a la cara.

Él espera un momento, y me dan ganas de chillar, de apartarlo de un empujón, asqueada hasta la última célula de su presencia.

—Muy bien —dice de nuevo, y sigue recorriendo la fila.

Yo levanto la cabeza y miro a Emily, que sigue con la vista fija en el suelo.

Al llegar al final de la fila, se da la vuelta y retrocede. Parece algo irritado; la falta de control lo exaspera. De pronto vuelvo a mirar a Emily y veo que él también lo hace.

—Le he dicho a Emily, y ahora os lo digo a vosotras, que estoy dispuesto a liberar de sus deberes a la primera que me diga quién ha sido la responsable de esos pinceles. Como gesto de agradecimiento personal, podrá abandonar el campamento, dedicarse a tareas ligeras en las oficinas del ejército y elegir al marido que ella desee.

Esas palabras nos caen encima como un mazazo. Nunca se ha permitido abandonar el campamento a nadie, y no hay premio mayor que recuperar la libertad. He oído rumores de que es algo que ofrecen a las hijas de los generales. Mantengo la posición, con el vientre tenso como una tabla, y de pronto me doy cuenta de que Emily no ha dicho nada sobre mí. Todo esto era un montaje para que habláramos. La ha presentado como una chivata, pero ella no ha dicho nada. Siento una sensación cálida que me recorre el cuerpo —alivio, adrenalina—, y de pronto veo que el Padre Renatus endurece el gesto.

—Mi puerta siempre está abierta —añade—, y la primera que venga, solo la primera, podrá marcharse. —Se calla un momento, nos mira a la cara y la pausa se hace interminable—. Bueno —dice por fin—, más vale que volváis al trabajo.

Las chicas están deseando salir de allí, pero, en cuanto nos giramos para marcharnos, su voz nos hace detenernos de golpe. Nos

giramos a mirar.

—El caso es que sabemos que algunas de vosotras estáis mintiendo y, cuando descubramos quiénes son, no puedo explicaros lo horrorosas que serán las consecuencias.



Capítulo 31

Cuando volvemos a la Casa de los Pinceles, encontramos a dos guardias, pero Eliot no es uno de ellos. El más joven tiene la cabeza rapada y una cicatriz sobre el ojo; el otro es mayor y sus ojos son fríos como el hielo. Nos ponemos a trabajar, y veo que a Zuri le tiemblan las manos. Echo el cuerpo adelante, le agarro la mano un momento y la veo respirar hondo. Querría hablar con ella sobre Emily, sobre cómo se ganó nuestra confianza, la facilidad con la que lo hizo y lo cándidas que fuimos, que fui. Estoy furiosa, y eso no me deja pensar. Yo que me creía tan lista.

—¡Eh! —dice uno de los guardias más jóvenes acercándose a nosotras.

Por la tensión en su voz se nota que han recibido órdenes estrictas de mantenernos bien controladas. Le suelto la mano a Zuri y vuelvo a la labor de pasar el cordel en torno al pincel, pero me tiembla la mano. En ese momento oímos que se abre la puerta, y entra Emily, que ocupa su lugar. Yo no la miro y hago un esfuerzo consciente por ignorarla, pero es al revés: le presto aún más atención al intentar fingir que no está ahí.

Mamá ya me había advertido que no debía confiar en la gente

tan fácilmente, que podía ser muy peligroso. Me lo había dicho muchas veces, pero, cuando tienes una cara amable delante, cuando crees que ves la verdad en alguien, ¿cómo no vas a confiar en esa persona? Es casi algo químico, quizá como enamorarse.

Intento recuperar la firmeza de la mano, enrollar el cordel, concentrarme en hacerlo a la perfección para tener algo en lo que fijar la mente, pero no puedo dejar de pensar en lo que habría podido pasar esta mañana, y de pronto siento el cuerpo frío. La imagen de Zuri desaparece y en su lugar veo las manos del guardia agarrándome por las muñecas, tirando de mí hasta hacerme arrastrar los pies, los chillidos, y tengo que cerrar los ojos para quitarme esa imagen de la mente.

—¡Al trabajo!

Es otra vez el guardia, y abro los ojos de golpe. A partir de ahora van a estar observándonos a cada momento. Aquí, en las literas, en el Salón de Asambleas, habrá ojos por todas partes, y esa valla más alta en torno al patio de ejercicios estará lista muy pronto.

Una revolución es sin duda algo muy peligroso. Yo pensaba que ya sabía lo peligroso que era, pero no me daba cuenta de lo que realmente significaba eso hasta que hemos entrado en el Salón de Asambleas y he sentido ese escalofrío de terror recorriéndome la columna vertebral. Que puedan hacerme daño es una cosa. Pero… ¿ver cómo se lo hacen a Zuri, a Katie…, a Cass?

Hago un esfuerzo por coger aire, enrollo el cordel en torno a otro pincel y sigo con la mirada fija en el trabajo.

Mamá decía que usaban esas mismas tácticas cuando la gente protestaba. Llegaba alguien nuevo, te daba buenas sensaciones y todo parecía que iba bien, y de pronto, en el momento menos esperado, detenían y encarcelaban a alguien que conocías, y llegaba un punto en que no podías confiar en nadie, en que no podías

hablar con nadie, y la idea no era hacerte creer que tus amigos podían ser informadores, sino hacerte pensar que cualquiera podía serlo.



El día transcurre cubierto por un manto de ansiedad y sospechas, contando los segundos que faltan para salir al patio. Calculo mentalmente los segundos, los minutos y las horas, igual que hago cuando quiero calmar la mente.

—¿Estás bien? —pregunta Eliot.

Estoy sentada, con la espalda apoyada en la alambrada. Ahora hay una valla más alta entre nosotros.

—No lo sé —respondo, y es verdad. Se hace el silencio—. La verdad es que no sé qué pensaba que podía suceder, pero desde luego esto no. Solo quería espolearlas. Pero tengo la sensación de que hemos perdido una oportunidad, probablemente la última que tendremos.

Me callo. Podría decir muchas cosas, muchas palabras, pero no sé por dónde empezar.

—¿Jess? —dice él al cabo de un rato—. Me estás asustando.

—Han encontrado los pinceles. El Padre Renatus nos ha hecho ir al Salón de Asambleas.

—¿Qué? —Parece perplejo.

—No pasa nada. No sabía nada, pero por un momento he tenido la impresión de que nos había pillado. He pensado…

Él guarda silencio, pensativo.

—Pensaba que las chicas abrirían los ojos…, pero estaban encantadas solo con tener un poco más de agua, algo más de descanso. Pensaba que querrían más.

—Estás… estamos pidiéndoles demasiado…, enfrentarse a todo lo que conocen, a todo lo que les han hecho creer.

La mente se me va a Emily, pienso en el regreso a los barracones desde la Casa de los Pinceles, cuando ha intentado alcanzarnos a Zuri y a mí para hablar.

—Lo que no entiendo es que algunas de ellas estén apoyando el sistema.

—Solo porque les da un poder que no sienten. Es una ilusión. Esas informadoras… lo hacen porque así se sienten más seguras. Les hacen creer que son parte de la estructura. Lo hacen porque tienen miedo.

—Quizá —respondo bajando la mirada al suelo, a la tierra, al polvo—. No podré volver a saltar la valla para pintar otra vez —añado en voz baja. Y casi le oigo pensando en ello.

—Quizá no haga falta… Ya has encendido la cerilla, el fuego ha prendido. Ahora solo hay que avivar las llamas.

Sus palabras me ponen los pelos de punta.

—Ahora me dejan conducir —dice con un tono algo más animado—. En las revueltas han resultado heridos tantos soldados que necesitan más conductores.

Escucho su voz, sé que quiere llegar a alguna parte.

—Y, mientras vaya en mi vehículo militar, con mi uniforme, puedo atravesar puertas de acceso y puntos de control.

A pesar de lo cansada que estoy, la mente se me activa de pronto.

—Podría sacarte del campamento —dice—. Podríamos cruzar el punto de control al otro lado de la ciudad. Cass, Zuri, todas las que podamos. Seríamos libres.

Tal como lo dice, parece de lo más sencillo.

—Tengo toda la documentación lista. He encontrado algunas

matrículas viejas que puedo usar, no podrán seguirnos el rastro. Podríamos encontrar a tu madre.

Siento las lágrimas en las comisuras de los ojos.

—Quería que supieras que me has dado esperanza, Jess —dice en voz baja—. Cuando las cosas se ponen mal, pienso en ese mural y… —Se interrumpe—. No lo sé, me siento diferente, siento que hay otro tipo de vida por la que luchar, que hay… esperanza.

Escucho.

—Y también quería que supieras que he oído que Deva sigue en la ciudad.

—¿Qué?

Tengo que hacer un gran esfuerzo para resistirme a la tentación de girarme, de ponerme en pie. Su nombre es como una lucecita que brilla en la oscuridad.

—No te hagas demasiadas ilusiones, pero he oído que se la han llevado al cuartel general de la ciudad para que haga de cocinera. Puede que la trasladen, pero la última vez que la vieron estaba bien. Haré todo lo que pueda para obtener más información.

Intento asimilarlo. De pronto me imagino la cara de felicidad de Cass cuando se lo diga.

Y al instante me invade la fatiga, siento la tensión que se ha estado acumulando durante tanto tiempo en mi interior. Me pongo en pie y me sacudo el polvo de la falda.

—Tengo que decírselo a Cass.

—Claro —dice él en el momento en que echo a andar—. ¿Jess?

Me detengo.

—No te rindas, ¿vale?

—No lo haré —respondo sin girarme.

—No, de verdad —insiste—. No tengo muchos amigos, y no quiero perderte. Tienes que prometérmelo.

Espero un momento.

—Te lo prometo —digo sin pensarlo demasiado, aunque en el fondo no estoy tan segura.



Capítulo 32

Desde luego hay muchas menos flores que antes y, cuando las toco con mi pincel, parece que se desintegran, que se deshacen.

Hoy estoy con Zuri, y parece inquieta, me mira a cada minuto a través de las ramas del árbol.

—Mi abuela decía que en su libro favorito había una mujer que se llamaba Janie.

La miro.

—Quemaba su turbante porque había un hombre muy celoso de ella, de todo lo que era, de todo lo que podía llegar a ser.

La escucho mientras habla, y veo en su rostro un gesto de cierta preocupación.

—No lo entiendo.

—En la Casa de los Pinceles hay un fogón para calentar la cola —dice, con urgencia en la voz—. No me puedo creer que no me haya dado cuenta antes.

Sé de lo que habla: sirve para calentar la cola química que usamos para los pinceles, para que no se seque.

—También hay un encendedor, sobre el estante, que usan para encender el gas. —Los ojos le bailan de los nervios—. Solo

necesitamos uno, podemos pasárnoslo, prender fuego a los colchones y a nuestros vestidos.

Irradia una energía tan fuerte que la percibo en la piel.

—Sería demasiado peligroso dejarnos ahí dentro —prosigue—. Tendrían que dejarnos salir, esa sería nuestra oportunidad…

La mente se me va a Eliot y a su camión. Ahora es Zuri la que me escruta el rostro.

—Lo que ocurrió con Emily no fue culpa nuestra, no podíamos saberlo —me recuerda.

Paso el pincel por las flores e intento no mirarla.

—¿Jess? Di algo.

La miro otra vez y siento un nudo en la garganta.

—Zuri, estabas conmigo en el Salón de Asambleas, ha faltado muy poco para que nos pillaran.

Baja el pincel y aparto la mirada. Se produce un silencio incómodo entre las dos.

—Jess, mírame —dice por fin. Y, cuando lo hago, observo que está temblando, con los ojos encendidos—. No te atrevas a meternos sueños en la cabeza y luego echarte atrás. Ahora no es el momento de dudar de ti misma.

—Pero ¡no sabemos en quién podemos confiar, Zuri! —replico, y siento que la rabia va en aumento—. No sé hasta dónde están dispuestas a llegar las demás. Ahora hay más guardias, y no dejan de observarnos.

—No puedes presentarnos este sueño y luego quitárnoslo, Jess. Deja de pensar, es hora de actuar. Necesitamos salir de aquí antes de que muramos todas de agotamiento, de aburrimiento, de parto y quién sabe de qué otras cosas…

No la había visto nunca tan encendida.

—Lo vamos a hacer, y vamos a salir de aquí. Si morimos

intentándolo, que así sea, porque sé que esto no es suficiente para ti, y desde luego no es suficiente para mí. Merezco más, mucho más.

Siento las mejillas encendidas de la vergüenza.

—No puedes abandonarnos, Jess. No puedes abandonarme.

Nos miramos la una a la otra a través de las raquíticas flores, y analizo la expresión de su rostro.

—Lo siento —respondo en voz baja.

Suelta el aire contenido y veo que relaja un poco el gesto.

—No pasa nada. No pasa nada por asustarse, pero no vamos a dejar que nos venza el miedo.

Alargamos la mano por entre las ramas, agarrándonos por un momento.

—Solo tenemos que escoger el momento ideal para prender fuego a las literas, y tendremos que prepararlo bien. Necesitaremos vestidos de novia.

Me la quedo mirando, confundida.

—Para salir de aquí. Si queremos salir, tendremos que llevarlos puestos. Tú, yo, Cass…

Casi dice «Emily», por costumbre.

—Tendremos que ocultarlos después del día de la colada —dice —, bajo los colchones.

Asiento. Sonrío. Lo ha pensado todo.

—Jess, juntas podemos hacerlo. Cuando lo tengamos todo preparado. Solo tenemos que escoger el momento preciso. —Me mira muy seria, apartando la punta del pincel del árbol mientras piensa—. Cuando sea el momento, lo sabremos —añade, y, viendo el gesto de seguridad en su rostro, la creo.

Vemos que el guardia avanza por la hilera de árboles y volvemos al trabajo. Pienso en el Casa de los Pinceles, en el encendedor. Es raro, pero siempre me ha dado miedo el fuego, el calor que

desprende; siempre me ha parecido algo destructivo. Las revueltas en la ciudad, las casas quemadas, los incendios que se han extendido por todo el mundo, arrasándolo todo a su paso. Recuerdo que una vez Shey dijo que en otro tiempo debió de ser un gran descubrimiento, y yo no lo entendía, pero luego pensé en todos esos pueblos de la antigüedad y en lo importante que era el fuego para ellos. El calor, la luz…, me pregunto si volveremos a verlo así. Supongo que muchas cosas han cambiado de significado. Una tormenta ya no es lo que era, el fuego es diferente, el agua no te limpia, el amor ya no importa y la vida ya no la vivimos. Quizá necesitemos un idioma nuevo, quizá ese también lo destruyamos y hagamos que las palabras no tengan sentido, de modo que lo único que podamos hacer sea existir en silencio.

Observo a Zuri y veo su gesto decidido, su expresión resuelta, y poco a poco siento que esa pesadez que me lastraba va desapareciendo.



Por la noche ceno con Cass. Desde que sabe que Deva está en la ciudad está más animada, come más, y se le ve el rostro menos tenso. Ha dicho que se presentará voluntaria para hacer la colada, ya que no está en la Casa de los Pinceles, así que no la vigilan tanto. Pero está muy callada. Al alivio de saber que Deva está bien se le une la ansiedad por no saber cuándo volverá a verla.

La dejo en la mesa, en compañía de Zuri, y salgo al patio de ejercicios.

—¿Jess?

Es Emily. Siento que se me tensa el cuerpo, y acelero el paso.

—Jess, por favor. En algún momento tendrás que hablarme.

Noto su mano en el brazo.

—¡Suéltame!

—Jess, por favor…

Sigo caminando, aunque no sé muy bien hacia dónde; realmente no hay modo de alejarse de ella.

—Me dijeron que dejarían que mi hermano se quedara más tiempo en casa, con mi madre.

Las palabras me alcanzan a través de la oscuridad, y me detengo, pero no me giro. La oigo sollozar.

—Me dijeron que le darían otro año si estaba atenta a lo que pasaba. Solo tiene diez años, Jess.

Dejo caer la cabeza y me giro.

—Solo es un niño —repite mientras se limpia las lágrimas del rostro con las palmas de las manos—. Lo siento.

—Les contaste lo de Cass y Eva —digo con la voz cargada de rabia.

Ella no lo niega, sabe que no puede negarlo.

—Ya lo sabían, no tenía sentido que les mintiera. Cuando vieron la reacción de Cass en el momento en que se llevaron a Deva, lo supieron.

Doy media vuelta y echo a caminar.

—Jess, por favor… No les dije nada de la pintura.

—¡Cállate! —replico, furiosa, y me giro de nuevo—. Pero ¿qué es lo que te pasa?

Está desesperada, lo veo en sus ojos, habla cada vez más alto.

—No dije nada del plan ni nada de eso…

—¿Quieres callarte?

Le pongo la mano sobre la boca. Respira agitadamente, y de pronto entiendo por qué no soy capaz de mirarla a los ojos. Y entonces ya no puedo contenerme.

—Eres todo lo que no consigo entender —le digo apretando los dientes—. Eres de esas personas que se dejan llevar, de esas que hacen una cosa y dicen otra, lo que sea, cualquier cosa con tal de tener una vida más fácil, con tal de tener una vida mejor.

Siento la rabia bullendo en mi interior, y por la mente me pasan todas esas personas como Emily: los políticos, años atrás, los que tenían todo el poder, los guardias que observaban a mamá mientras se peleaba por conseguir algo de comida, Madre Clement y sus ojos sin vida. De pronto, me doy cuenta de que esto no gira en torno a Emily. Le quito la mano de la boca y respiro agitadamente. Siento que me falta el aire y se me emborrona la mente; solo veo a una niña llorando delante de mí.

—No he dicho nada —repite, esta vez con tristeza.

—¿Cómo sé que no has dicho nada? —le pregunto con una voz ya algo más sosegada.

—Porque no estaría aquí, ¿no? Dijo que me dejaría marchar.

—Eso solo son palabras.

—Nunca lo sabremos. Pero no podría hacerlo, Jess.

De pronto me siento muy cansada, increíblemente cansada.

Deja de llorar y respira hondo.

—Es por esa historia que me contaste sobre las estrellas y la pintura… No lo sé, pero de pronto fue como si lo viera todo de otro modo.

Me la quedo mirando y veo su fragilidad, su arrepentimiento.

—No sé si puedo confiar en ti. No te ha costado nada mentir.

—No ha sido fácil. Lo he hecho por mi hermano —dice, acercándose—. No me digas que tú no harías lo mismo.

No sé cómo responder a eso.

—Puedes confiar en mí —insiste—. Puedo demostrártelo.

Se me acerca aún más y, al hacerlo, gira el brazo y se sube la

manga. En la oscuridad aparece un triángulo metálico, la punta de algo. Me coge la mano, la coloca sobre su brazo y, bajo la gruesa tela, noto la larga hoja de un cuchillo.

—Lo he robado de la Casa de los Pinceles. Pensé que podría ser útil —dice con los ojos muy abiertos y respirando rápido—. Puedes confiar en mí, Jess. Te lo prometo.



Capítulo 33

Deslizo el cuchillo entre las lamas del somier de la cama de Cass y cada noche levanto la vista para mirarlo. Y a veces, cuando Madre Clement está dormida, levanto la mano y apoyo el pulgar en la hoja, pensando en Emily, en lo afilado que está el acero por la punta y en lo fácil que sería estar en cualquiera de los dos extremos del cuchillo, y entonces pienso en Shey y en la pistola que le habrán dado, y en lo que podría o lo que no podría hacer con ella.

Pensaba que el contacto del cuchillo empezaría a resultarme cada vez más familiar, pero anoche, cuando lo agarré, seguía sintiéndolo frío, muerto —todo lo contrario que un pincel, que parece convertirse en una prolongación de mi cuerpo—, y fruncí el ceño al mirarlo en la oscuridad, consciente de que, llegado el momento, me costaría mucho usarlo.

Esta mañana Zuri, Emily y yo estamos haciendo pinceles otra vez. El guardia más joven camina en círculos a nuestro alrededor, una y otra vez, y, aunque el cobertizo huele a productos químicos, noto el olor de su sudor. Trabajamos una hora o dos hasta que se abre la puerta y veo el uniforme de otro guardia, y observo, aliviada, que es Eliot. Levanto la vista y me fijo en que el primer guardia deja

de caminar, con todo el cuerpo en guardia al ver entrar a Eliot. La tensión es indescriptible.

Eliot se dirige a su silla, se sienta y el otro guardia sigue caminando, fijando la atención tanto en Eliot como en nosotras, observándolo, intentando intimidarlo. Me doy cuenta de que es el compañero que le han asignado, el que tanto odia. Bajo la cabeza, intento no girarme para ver si el encendedor sigue junto al fogón. Podría metérmelo en el bolsillo del delantal cuando me acerque a lavarme las manos, pero, cuando apaguen la llama al final del día, podrían darse cuenta de que no está ahí. El otro modo de hacerlo sería derribar el fogón, armar un buen jaleo y agarrarlo en ese momento, pero podrían castigarme por ello. Acabo otro pincel y me dirijo al lavadero para frotarme las manos con alcohol, y al hacerlo observo que tengo la piel roja e irritada. Miro de reojo y ahí está, a un paso, un objeto alargado de plástico azul con un fluido dentro. Me tomo mi tiempo, hasta que el joven guarda me grita. Me doy la vuelta, sonrío y vuelvo a mi mesa.

Desde la llegada de los guardias aquí ya no podemos hablar, y el día se me hace el triple de largo. Escucho el sonido del cuchillo de Emily al cortar la madera, veo cómo van cayendo al suelo las astillas.

Una vez le pregunté a mamá si había tenido ocasión de usar el cuchillo que llevaba bajo la cinturilla de los vaqueros, y me dijo que sí. Estaba claro que no quería hablar de ello, así que dejé el tema, pero cada pocos años lo recordaba, y quería saberlo, así que le volvía a preguntar. A medida que me hacía mayor era como si quisiera saberlo todo de ella, todo: quién era como persona, sus detalles más siniestros… Una noche, mientras Shey dormía, mamá vino a estirarse en el colchón y escuchamos los gritos de las bandas en las calles. Ya había reforzado la puerta con una barricada, y siempre dormía vestida con ropa de calle, por si acaso, pero esa

noche tenía el cuchillo al lado, y me habló de la vez en que unos matones habían entrado en casa. Mamá había conseguido encerrarnos en una habitación mientras ellos se lo llevaban todo, incluso la comida que teníamos, y me contó que lo único que oía era nuestro llanto al otro lado de la puerta y que, cuando se llevaron todo lo que querían, pararon de pronto y la miraron a ella. Y entonces supo que tenía un problema, porque ya no se trataba de objetos materiales.

Recuerdo que estábamos ahí tendidas, con las caras juntas, casi tocándonos, envueltas en una oscuridad que se teñía de naranja con los incendios de la ciudad, y que me susurró que yo ya estaba haciéndome mayor y que, cuando eso pasa, te das cuenta de que las cosas se pueden reemplazar, pero que hay cosas que te pueden quitar que no tienen recambio, y esas eran las que ella estaba dispuesta a defender con un cuchillo. Dijo que a uno de sus atacantes le rajó el estómago con su cuchillo cuando quiso acercarse. Cuando me lo contó, me pareció gracioso. No gracioso en el sentido de reírse, pero era tan impropio de ella que no podía entenderlo. El cuchillo le rasgó la ropa y la piel a aquel hombre, y luego mamá se lo clavó en el brazo y le hizo una profunda herida. Mamá dijo que tenía que dejarles claro que iba en serio, que se enfrentaría a ellos, y empezaron a decirle que estaba loca, y su gesto cambió, y a partir de ese momento la miraron con asco. La llamaron loca, pese a que eran ellos los que habían entrado en *su* casa, se habían llevado todo lo que tenía y habían intentado hacerle daño, y luego para salvar la cara le dijeron que tendría muchos problemas, y se marcharon. Muchos problemas, eso es lo que le dijeron cuando luchó para defender lo suyo.

Y era una tontería, pero dijo que volvió a asegurar la puerta y que no veía el momento de sacarnos de la habitación, pero había

sangre en el suelo, y tenía que limpiarla, y fue en ese momento cuando me di cuenta de que cada guerra que había librado la había combatido por nosotros. Que había hecho todo lo necesario para mantener a salvo nuestras mentes. Recuerdo que la abracé y sentí sus brazos a mi alrededor y, aunque aún había altercados en la calle, supe que haría cualquier cosa por mí, y que me quería. Cojo otro pincel y me lo quedo mirando un momento. Quizá sea cierto que cualquiera puede llegar a usar un cuchillo en caso necesario. Levanto la vista y cruzo una mirada con Emily: muy a mi pesar, siento que la rabia disminuye.

El guardia joven cambia de nuevo de dirección y mira fijamente a Eliot cada vez que pasa a su lado.

Zuri hace una pausa para lavarse las manos, y el guardia la sigue con la mirada. Zuri me mira, frunce el ceño y sigue frotándose las manos. Sé lo que está pensando. Es demasiado peligroso coger el encendedor hoy. Escucho mientras se frota las manos hasta que están secas y luego vuelve hacia mí. Levanto la vista y veo a Eliot, que mira hacia delante. Esto va a ser más difícil de lo que pensábamos.



—¡Los tengo!

Es Cass, y se la ve eufórica. Cuando se pone así, se le ilumina el rostro y atrae todas las miradas.

—Vale, cálmate —le digo con delicadeza. Zuri, a mi lado, sonríe.

Cass intenta controlarse, pero está pletórica. Se inclina hacia delante, sobre la mesa.

—No ha sido tan difícil; hoy he estado en la lavandería. Los he doblado bajo las sábanas y luego los he metido dentro de las fundas

de las almohadas.

Está más contenta y feliz de lo que la he visto en mucho mucho tiempo.

—Ha sido increíble —exclama, mirándome, y lo cierto es que tiene muy buen aspecto. En sus ojos se ve una luz nueva.

En ese momento levanta la vista y Emily viene a sentarse con nosotras con una bandeja en las manos. Cass me mira, sorprendida, y siento que Zuri también me mira de lado, pero yo les respondo encogiéndome levemente de hombros. Cass sonríe con más ganas, satisfecha al ver que se ha recuperado la armonía.

—Esto es estupendo —dice mientras se come su pan con hambre.

Comemos, satisfechas, hasta que llega el momento de salir al patio de ejercicios y vamos a sentarnos todas junto a la valla. Reina el silencio, y las estrellas brillan con fuerza. Emily levanta la vista para mirarlas y Cass pasa un dedo por la tierra.

—¿Creéis que lo conseguiremos? —pregunta Cass en voz baja.

Zuri la mira.

—Por supuesto —responde sin demasiada seguridad, y nos quedamos todas en silencio un rato.

—La madre de Jess dice que hay otro lugar —añade Cass, que sigue intentando escribir correctamente su nombre en la tierra—. Un lugar en el norte donde la gente está empezando de cero.

Emily se acerca a mirar. Yo me encojo de hombros, algo avergonzada, pero miro a Zuri y veo que se lo está imaginando. Suspiro.

—Mi madre solía protestar con la gente, contra todo esto, intentaba que vieran que no estaba bien. Tenían un plan para encontrar un pedazo de terreno, volver a empezar… tranquilamente.

—Me lo estoy imaginado —dijo Zuri—. Con un mar donde nadar,

y jardines, y parterres para cultivar flores. Flores bonitas, no solo cosas para comer…

—Y de noche —dice otra voz, ahora la de Emily— te puedes sentar fuera a escuchar a los búhos. Mi madre me habló de los búhos…

Sonrío.

—Y comer hasta sentirte a punto de reventar —añade Cass—. Fruta y café y pan.

—Nada de pan —dice Zuri con tono quejumbroso—. Yo quiero estofado y arroz jollof. No lo he probado nunca, pero mi abuelo decía que era bueníííísimo.

Y así ese silencio satisfecho se extiende entre nosotras otra vez, mientras todas empezamos a construir mentalmente esos nuevos mundos en ese pedazo de tierra seca.



Capítulo 34

Hoy estoy cansada. Cass está sentada en el suelo mientras yo le hago las trenzas, y me cuesta concentrarme. Ella también está callada. A lo mejor hemos pasado demasiado tiempo en ese futuro imaginario. Paso los mechones de su pelo por entre mis dedos, por encima y luego por debajo, por debajo y luego por encima, haciéndole unas trenzas de las que estar orgullosa. Tiene el pelo grueso, se le ondula con facilidad y en la nuca suelen formársele nudos, de modo que tengo que estirárselo, y ella por lo general grita. Sin embargo, hoy está demasiado cansada como para protestar. Cuando acabo de trenzarle el pelo, le doy un golpecito sobre los hombros, y se pone en pie muy despacio. Le empujo los hombros hacia delante, me pongo en pie, paso a su lado, la agarro de las manos y la ayudo a levantarse.

Nos ponemos en fila para las duchas, con nuestros trapos al hombro, y espero a que Cass termine. Hoy tarda mucho, pero no tengo prisa. Cuando me llega el turno, entro, y luego nos volvemos a las literas para ponernos los vestidos. Al hacerlo pasamos junto a Charmian, que está en su litera, riéndose. Hace semanas que no trabaja, y, aunque no quiero hacerlo, me encuentro mirándola. Se la

ve diferente, descansada. Al pasar junto a ella levanta la cabeza y se sienta en la cama.

—¿Qué estás mirando?

Intento seguir a Cass e ignorarla, como siempre.

—Venga… —insiste—. ¿Qué pasa?

Me giro, la miro. Sé que no va a ser fácil. Yo misma me pregunto por qué voy a hacerlo.

—Te culpé por contar lo de Cass y Deva. Me equivoqué.

Parece perdida, como si no supiera qué responder. A nuestro alrededor, las chicas guardan silencio.

Se pone en pie, me mira muy fijo y tengo claro que está a punto de lanzar su ataque, pero se queda ahí, sin más.

—No les dije nada —dice, a la defensiva, y por algún motivo sé que está diciendo la verdad.

—Eso ahora ya lo sé, y quería decirte que lo siento.

Se queda sin habla, y de pronto parece contrariada. Yo tampoco sé qué hacer.

—Es igual —añado, y me giro para alejarme, pero con el rabillo del ojo veo que se pasa la mano por los ojos para limpiarse las lágrimas a toda prisa.

—Lo que tú digas —la oigo decir, malhumorada, de camino al baño.



Nos subimos a los camiones y polinizamos el último sector de la temporada, aunque eso no significa gran cosa. Estoy segura de que se inventan los sectores para que tengamos la sensación de que hemos conseguido algún logro. Ruth me dijo que cuando trabajaba de enfermera también lo hacían: te ponían pequeños objetivos para

que te sintieras bien al alcanzarlos. En realidad no significaban gran cosa, pero servían para que la gente se sintiera cohesionada y trabajara duro. Oigo el chirrido de las puertas de metal al rozar el suelo y los gritos de los guardias. Los camiones se ponen en marcha, Cass me apoya la cabeza en el hombro y yo miro hacia el norte.

Es un buen día para polinizar, y esta vez nos tocan almendros. Tengo a Cass enfrente, y el cielo tiene un color azul que no veía desde hace tiempo. Pienso en un cuadro que vi con almendros en flor que había pintado un hombre llamado Monet, o Van Gogh, o algo así, y recuerdo que Ruth me dijo que al tipo le encantaban las flores por lo limpias y frescas que eran y por esa sensación de despertar, de nueva vida, que inspiraban, y miro a Cass y le veo los mechones sueltos en torno al rostro. Es como si existiera más allá del tiempo, ajena a él, y recuerdo que Ruth decía que el cuadro mostraba capullos y flores abiertas, que buscaba mostrar la flor en todas sus fases, y que cada una de ellas era algo completo, porque tenía dentro todo lo que debía tener.

—¿Jess?

Miro a Cass, que me observa, extrañada.

—¿Estás bien? —pregunta.

Yo asiento y de pronto quiero llorar, y es porque la veo tan guapa…, y no sé por qué han hecho esto. ¿Cómo podían pensar que conseguirían reparar las cosas en el futuro? ¿Cómo podían pensar que había vuelta atrás de todo esto? Si no pudieron devolverle la capacidad de cantar a un pájaro, ¿cómo demonios pensaban que podrían recomponer a alguien como Cass?

—¿Jess? ¿Qué pasa?

—Son las flores —digo con la voz rota—. Había un hombre que solía pintarlas, era lo que más le gustaba pintar.

Cass sonríe.

—Entiendo el porqué —responde, pero su sonrisa no dura mucho, y enseguida me mira, preocupada.

—Cuando estaba enfermo, quiso curarse solo para poder volver a pintarlas.

—Eso es precioso —dice, pero sigue examinándome.

—Sí, supongo que sí.

Me mira un momento más, se limpia el sudor de la frente con la mano y sigue polinizando.



Esta noche hay menos comida; la protesta ya ha quedado olvidada hace tiempo. Cass y yo compartimos lo que nos dan y luego nos vamos al patio de ejercicios cogidas del brazo. Oímos la risa de Charmian, y tengo la clara impresión de que va aumentando de volumen cuanto más aumenta su autoridad.

—Ha sido muy amable por tu parte disculparte con ella —observa Cass—. No creo que ella lo hubiera hecho contigo.

—Me equivoqué. La culpé, y no debería haberlo hecho.

—No tenías que pedir disculpas, pero lo has hecho.

No sé qué decir.

—Casi la odié cuando se llevaron a Deva —confiesa Cass.

—¿Casi? —pregunto con una sonrisa.

—Casi —dice ella—. Supongo que a algunas personas cuesta más tenerles aprecio, pero eso no significa que sean malas.

Hace una pausa, pensativa, y sé que va a decir algo más, así que espero.

—Hace ya un tiempo que no veo a Eliot —añade, intentando que parezca que lo ha dicho por decir, aunque desde luego no lo

consigue.

—No. Van cambiándolo de destino, aquí y en la ciudad.

—Es agradable.

—Sí, sí que lo es.

Sé lo que está pensando.

—No me he enamorado de él, Cass —le digo, y ella deja caer los hombros—. No somos como tú y Deva. No es más que un amigo.

—Pues qué lástima.

Pongo los ojos en blanco.

—Resulta que no todas somos unas románticas empedernidas como tú, Cass.

—No, no es eso. Es solo que estaría bien que te abrieras un poco, que tuvieras a alguien más con quien hablar.

Eso me duele un poco y ella se da cuenta.

—Perdona… —Se detiene y me agarra de los brazos—. No quería decirlo así. Es solo que me preocupo por ti.

—Estoy abriéndome, Cass. Ahora tengo a Eliot, y también a Zuri. A Emily. Tú me has ayudado a ver que necesito a otras personas, que no puedo hacerlo todo yo sola.

Me sonríe, me abraza y echamos a caminar hacia la entrada del barracón, arrastrando las faldas por el polvo. En ese momento suena la campana.

—¿Cuánto tiempo más crees que tendremos que esperar? —pregunta Cass en voz baja.

Yo no dejo de caminar.

—Aún no tenemos el encendedor, pero, ahora que tenemos los vestidos, no podemos esperar demasiado. Si registran los barracones, estamos acabadas.

Cass se apoya en mí y entramos en el barracón cogidas de la mano. Nos quitamos los vestidos, los dejamos sobre la cama y

sacamos los trapos que usamos para lavarnos. Me pongo en la cola detrás de Cass y espero. Hoy somos las últimas y el suelo está mojado. Oigo que Cass se tira el cuenco de agua sobre los pies y luego se produce una pausa. Miro al exterior, a la oscuridad, veo en el cielo una lasca de luna y frunzo el ceño.

—¿Cass? —le susurro—. ¿Cass?

Oigo que se mueve, y ella se acerca al biombo, pálida, con los ojos cubiertos de lágrimas. La miro, confusa, y observo que tiene una mancha de sangre en el muslo. Intenta decírmelo, pero antes de que lo haga la agarro, la abrazo.

—Está pasando —dice—. Ya ha empezado.



Capítulo 35

—¡¿Mamá?! ¡¿Mamá?!

La casa tiene exactamente el mismo aspecto, las mismas paredes grises, la misma hierba delante, y Eliot me insiste para que salga. Yo me levanto la falda del vestido azul y corro por el camino hacia la puerta. El calor es brutal, lo siento en la nuca, pero sigo corriendo, rodeada de un extraño silencio. La puerta no está cerrada con llave; la empujo con la mano y oigo a alguien.

—¡¿Mamá?! ¡Mamá!

Paro en seco en el pasillo, pero lo único que oigo es mi propia respiración.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Y sigo oyendo ese jadeo, ese extraño ruido, y una silla que se mueve, y podría jurar que la veo en el salón, y voy corriendo hacia ella, pero no está ahí, y la casa tiene un aspecto diferente, y corro a cada una de las habitaciones y abro todas las puertas, y lo único que veo son los pósteres que colgamos, arrancados de las paredes y tirados por el suelo, y luego oigo una voz y me giro…

—¿Jess? ¡Jess!

Me giro y ahí está, y corro hacia ella, que me rodea con los

brazos, y me siento como si nunca me hubiera alejado de ella. Ella me agarra la cabeza entre las manos como si no pudiera creérselo y me besa, me besa, y yo estoy llorando, y luego oigo otra voz, y es Ruth.

—¿Eres tú?

Ella entra por la puerta delantera, se sitúa detrás de mamá, me mira y dice:

—Shey está aquí, está aquí, le han dejado venir a casa.

Y yo entro corriendo en el salón y ahí lo encuentro. Se le ve algo mayor, tiene más aspecto de hombre, pero es Shey, y voy corriendo hacia él y, justo cuando abre los brazos, me despierto cubierta de sudor y con el corazón latiendo desbocado en el pecho. Me giro, me agarro a los lados de mi litera e intento respirar. No se oye nada salvo el viento en el exterior. Intento calmar la respiración, estoy aquí, estoy bien. Fijo la vista en las líneas del suelo, me concentro y siento que se me va calmando el corazón. Vuelvo a ponerme boca arriba, levanto la vista hacia Cass y veo la silueta del cuchillo. Tengo la espalda empapada en sudor, que va enfriándose en contacto con la sábana.

Anoche regresé a la litera para coger el cuchillo y corté una parte de mi trapo de aseo en tiras, me las metí bajo el vestido y se las llevé a Cass. Lavamos su ropa interior y acordamos que ocultaríamos que tiene el periodo hasta que podamos escapar. Tendremos que escapar. Cass estaba temblando, y yo no conseguía que se calmara. Me enfureció que algo tan normal, tan natural, la asustara tanto, y luego oímos entrar a Madre Clement, así que me volví a la litera y la dejé para que volviera sola y evitar así llamar la atención. Ella regresó al cabo de un rato y se acostó en la litera de arriba, haciéndose un ovillo. Ahora duerme, y yo no puedo evitar esta sensación de angustia, con la mente disparada, pensando en Willow,

en bastoncillos de recogida de muestras y en cerillas.

Al principio no hacían pruebas genéticas para emparejar a las chicas. Debían de pensar que eso provocaría protestas, así que a los dieciséis años las dejaban marcharse para que tuvieran hijos con quien ellas escogieran. Luego, cuando las cosas fueron empeorando, introdujeron esa medida, y mamá dijo que habían publicado estudios que sostenían que el amor no era más que ciencia, química y hormonas, y que habían descubierto todos sus secretos. Todas las fases de la atracción, los olores, el deseo y luego la dependencia…, y decían que el amor no era algo real, solo una mezcla de cosas que te pasan en el cuerpo y que crean una necesidad, exactamente igual que la necesidad de dormir o de comer, y yo nunca lo entendí, porque puedes dividir una pintura en todos sus colores diferentes, y yo podría hacerles una lista por escrito, pero eso no podría explicar por qué puedes mirar un cuadro y llorar. Si diseccionas una mariposa y examinas todas sus partes por separado, eso no te permite volver a unirla ni comprender por qué escogió una flor en particular, y eso tampoco explica por qué decía Ruth que las abejas a veces se enamoran de un tipo determinado de flores y las visitan una y otra vez, y acaban reconociendo sus formas, su olor, y pasan de largo por todas las demás flores solo para encontrar las que les gustan.

A Shey le encanta la ciencia, y yo me alegro de que así sea, porque eso significa que, salvo por aquel libro sobre dibujo, nunca nos hemos peleado por ningún libro. Le encantaba descubrir cómo funcionaban las cosas y lo maravillosa que era la ciencia antes de que desaparecieran las abejas, todo el potencial que tenía, y luego, después de que todo se viniera abajo, solía sentarse y pensar en la forma de conseguir que el mundo volviera a empezar, como si fuera un problema que pudiera resolver. Una vez me habló de unos bancos de semillas que la gente guardaba en caso de catástrofes, donde

habían guardado muestras de semillas de todas las plantas del mundo y las habían almacenado de modo que pudieran recuperar sus hábitats, pero se habían olvidado de que, una vez que cambiara el mundo, una vez que cambiara el clima, aquellas semillas tampoco podrían sobrevivir. Y luego pensó en cómo podría intentar enfriar el mundo, y, cuando tenía unos nueve años, se puso a dibujar aquellas máquinas, una y otra vez, y mamá solía mirarlas y lo animaba, pero con el paso de los años acabó dejándolo. Recuerdo que una vez encontré una caja con sus dibujos, y me sorprendió porque había olvidado que los hubiera hecho, y entonces la impresión fue aún mayor, porque recordé que se había rendido.

Me giro y miro hacia la oscuridad. Una vez Shey me dijo que nadie había conseguido demostrar la existencia del amor, y recuerdo que pensé en ello. Que podían medir los niveles hormonales, que podían hacer tests genéticos para poder tener bebés «sanos», fuera lo que fuera lo que significara eso, pero que, a pesar de lo mucho que habían buscado, no habían podido encontrar el amor. Querían aislarlo, ensartarlo en un alfiler o diseccionarlo y ponerlo bajo un microscopio para poder examinarlo, y a mí me daban ganas de reír y llorar a la vez ante la irracionalidad del ser humano, por querer analizar esta cosa que tiene mil millones de colores, la mayoría de los cuales no podemos ver. Querían conocerlo con detalle, cuando su objetivo principal es seguir siendo algo desconocido. Intentaban ponerse a ellos mismos en el centro de algo que no tiene centro, de algo que solo se puede ver observando el modo en que se refleja en nuestras vidas al atravesar la oscuridad, como estrellas fugaces. Yo lo he visto: en el rostro de Cass, en Zuri. Lo he visto en el cielo azul, por encima de los árboles y de la luz cegadora que cae sobre nuestras cabezas. Lo he oído en la voz de Eliot cuando habla sobre su padre, y lo he sentido cuando pintaba. Sé que es real.

Empieza a amanecer, y muy pronto tendremos que levantarnos. Supongo que necesitaban pruebas para obligar a las chicas a casarse, así que construyeron las pruebas, las evidencias que estaban buscando. Las envolvieron con sumo cuidado y se las vendieron a todo el mundo, pero yo no puedo dejar de pensar en Cass y Deva, en mamá y papá, en el cariño con que mamá sigue hablando de su matrimonio complicado e imperfecto, y en todos los colores que veo en el amor que sentía por papá.



Capítulo 36

Cass se ha levantado muy pronto. Abro los ojos y veo que no está ahí; probablemente haya ido a cambiarse. Me quedo tendida en la cama un momento, escucho cómo van despertándose las chicas a mi alrededor. Cass regresa, se pone el vestido a toda prisa y se sienta en el suelo. Yo me apoyo en el codo y noto todos los músculos doloridos por haber dormido con tanta tensión. Pongo los pies en el suelo, con la espalda de Cass entre mis rodillas, y le paso los dedos por entre el pelo.

—Muy pronto tendremos que peinarte a ti también —dice.

Y entonces pienso en lo que me ha crecido el pelo, en lo corto que era y en lo que significa, en el tiempo que llevo aquí.

No digo nada, pero me pongo a hacerle la trenza. Luego, ella me apoya la mejilla en la mano, y yo me agacho y le beso la cabeza. Nos quedamos así un momento, hasta que se abre la puerta y entra un guardia. Ya sabemos lo que significa eso.

Es el típico guardia, rubio y de aspecto joven. No lleva nada en las manos: no tiene sentido que traiga la información escrita, dado que la mayoría de las chicas no saben leer, y los guardias tampoco. Memorizan los nombres y luego los enumeran. Veo que Madre

Clement entra tras él.

—Anaisha Singh, has sido emparejada con Connor Mckensey.

Todas se quedan calladas escuchando la lista de nombres. Las que aún están sentadas en el suelo porque les están haciendo las trenzas agachan la cabeza; las que están trenzando bajan el ritmo y escuchan, y las que están en la cola del baño se dan la vuelta. Charmian se ha acercado a escuchar; está apoyada en el quicio de la puerta con un aire de confianza y una expresión en el rostro que hace pensar que está esperando algo, que quiere presenciar algo.

—Rose Edwards, has sido emparejada con William Davies.

No conozco a Rose, y miro alrededor, preguntándome quién será, mientras ato el cordel para fijar la trenza de Cass.

—Evelyn Price, has sido emparejada con Calvin James.

Cass se pone en pie y se sienta en la litera, a mi lado.

—Charmian Green…

Un murmullo de sorpresa recorre el barracón, y Cass levanta la vista de golpe y me mira. Charmian sonríe. Es evidente que sabe lo que va a decir el guardia.

—Charmian Green, has sido emparejada con Stephen Donnelley.

El rostro de Charmian cambia, como si alguien hubiera accionado un interruptor. Su sonrisa desaparece y se la ve completamente perdida. Levanta la cabeza y se pone muy recta.

—¿Qué?

El guardia la mira, perplejo. No está acostumbrado a que lo cuestionen.

—Charmian Green, has sido emparejada con Stephen Donnelley.

Ella se ríe, lo cual irrita al guardia.

—No, te has equivocado.

—Charmian, controla esa boca. —Ahora es Madre Clement la que habla, desde su silla.

—Pero se ha equivocado —insiste Charmian.

El guardia parece indignado.

—Te casarás dentro de unos días.

—No voy a casarme con Stephen Donnelley —dice Charmian, que se acerca al guardia.

Él endurece el gesto peligrosamente y, en el momento en que se gira para salir al exterior, noto que Cass me agarra el brazo con la mano.

Ahora es Charmian la que sale tras él.

—¡Te has equivocado! —grita, desesperada.

En el momento en que le toca el brazo, él se gira y le da un bofetón. Sucede todo muy rápido. Charmian cae de rodillas. Cass hace una mueca de dolor y esconde la cabeza junto a mi cuerpo. Yo siento náuseas.

El guardia ya está casi en la puerta, pero Charmian se levanta y sale corriendo tras él otra vez, gritando con un tono cada vez más agudo y estridente.

—¡Te has equivocado, idiota! Tienes que comprobarlo.

Charmian vuelve a agarrarlo del brazo, pero esta vez él sigue caminando, de modo que la arrastra tras él, por la puerta y hasta el patio. Sus amigas están en completo silencio. No quiero pensar lo que le sucederá a Charmian. Espero por su bien que deje marchar al guardia.

Nos dirigimos a las ventanas y seguimos oyéndola.

—¡Escúchame! —le grita—. ¡ESCUCHA!

En ese momento el guardia vuelve a girarse y la coge del pelo. Ya casi están en la puerta de salida, y vemos cómo la arrastra hacia allí. Las chicas contienen la respiración, Madre Clement aparta la mirada y yo siento un pánico que me hiela la sangre, una sensación que solo puedo describir como terror absoluto.



Se llevan a Cass a polinizar las flores, y Zuri, Emily y yo vamos a la Casa de los Pinceles, pero casi ni podemos mirarnos la una a la otra. Eliot no está ahí, solo los nuevos guardias, y hoy el olor a cola me produce náuseas. Ver el pelo sobre la mesa me pone aún más enferma, y más aún saber que muy pronto el de Charmian también estará ahí. Hoy trabajamos despacio, aunque el guardia más joven nos reprende de vez en cuando. Voy a lavarme las manos, y él me sigue.

—Tu amigo no está aquí —me espeta, y observo lo mal que tiene los dientes.

—Lo siento, no sé de quién hablas.

—De tu amigo O'Brien.

Tiene una mirada peligrosa, unos ojos que no se están quietos y que emiten un brillo extraño.

—No sé quién es O'Brien —respondo mientras me aplico jabón en los dedos.

Él me observa, y yo sé perfectamente que no debo mostrar ninguna reacción.

—No confío en él —dice, impasible.

—¿Por qué no?

—Hay algo en él… Solo quería que lo supieras.

Frunzo el ceño, sé lo que está haciendo.

—Gracias por decírmelo —respondo con la máxima educación, y me dispongo a volver a mi sitio cuando se interpone en mi camino. Ahora me sonríe, y yo fijo la vista en su pecho, esperando pacientemente a que se aparte. Cuando por fin lo hace, vuelvo a mi puesto con toda la calma que puedo y cojo otro mango de pincel. Paso el cordel alrededor una y otra vez, buscando a Zuri con la

mirada de vez en cuando. No conseguimos acercarnos al encendedor, y al final del día nos ponemos en fila para volver al barracón, donde reina el silencio hasta que vuelven los camiones y las chicas entran en tropel, agotadas, sudando, irritables. Cass entra y vuelve a ir al baño, a lavarse. La espero, y luego vamos juntas a cenar.

—¿Eliot estaba hoy en los árboles? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

—¿Por qué?

—Por nada —respondo, y me encojo de hombros.

Intento aplicar la lógica: es normal, va de un destino a otro. Es solo ese guardia de mirada amenazante. Nos ponen la comida en las bandejas, tomamos nuestras vitaminas y luego vamos en busca de una mesa e intentamos comer, aunque ninguna de las dos tiene mucho apetito. Tampoco hablamos demasiado; no podemos quitarnos de la cabeza la imagen del guardia llevándose a Charmian a rastras.

—Ha sido horrible —susurra Cass, como si me leyera la mente. Yo dejo en el plato el pan que tengo en las manos—. Estaba pensando que quizá se haya enamorado de alguien —sugiere.

—Desde luego ha pasado algo —digo yo, y me encojo de hombros.

—¿Un guardia? En cualquier caso, eso es lo que decían algunas de las chicas. —Lo más aterrador ha sido ver cómo le cambiaba la cara a Charmian, su incredulidad. Estaba claro que tenía plena confianza en algo, y que en ese momento le ha fallado estrepitosamente. La dimensión de su incredulidad daba una idea clara de la intensidad de su convicción—. Está ese que siempre viene a buscarla.

Pienso en la noche en la que la vi riéndose con el guardia, en

todas las cosas que tenía siempre para intercambiar.

—Al final nos enteraremos de lo que ha pasado —digo yo, apartando la bandeja.

Cuando volvemos al barracón, todas las chicas están hablando animadamente sobre Charmian, y eso me enferma todavía más. Cass va a lavarse, y yo me dirijo a mi litera, me quito el vestido y me siento. En ese momento, entra Charmian y todas se callan. El corazón me da un vuelco al verla.

Está pálida, tiene la mirada perdida. Se mueve despacio y tiene una marca oscura en un lado de la cara, una mancha de sangre en la comisura de la boca. Instintivamente, me pongo en pie, no porque quiera mirarla, sino porque me sorprende verla. No sonríe, ni siquiera mira a su alrededor; se dirige a su litera lentamente, sumisa, y eso es lo que más me asusta de todo.



Capítulo 37

Hoy, en el Salón de Asambleas, estamos más atrás. Cuanto más tiempo llevamos aquí, más retrocedemos, y las niñas más pequeñas van colocándose delante. Cass se ha pasado toda la mañana caminando arriba y abajo, y he tenido que agarrarle la mano y hacerla sentar en la litera para que se calmara. Me ha puesto nerviosa ver algo de Shey en ella, una honestidad que podría hacer que se viniera abajo a la primera pregunta. Nadie más sabe que ya tiene el periodo, y yo le he dicho que finja que no ha cambiado nada, que no ha pasado nada. Es algo que tiene que creerse con todas las células de su cuerpo, no hay otro modo. De camino a la reunión ha aguantado bien, y ahora la tengo al lado, con un brazo pegado al mío. Las puertas se cierran y los guardias ocupan sus posiciones.

El Padre Renatus nos hace esperar otra vez. Forma parte de la puesta en escena, es un truco pensado para recordarnos una vez más que somos personajes secundarios en todos los sentidos. Cuando aparece por fin parece más tranquilo de lo habitual, con el cuello de la camisa abierto y un aire relajado. Se acerca al atril y hace una pausa, sabiendo que así estaremos más pendientes.

Después de recitar el juramento, nos mira.

—Me alegra decir que ya hemos acabado con la polinización por este año.

Se oye un murmullo de alivio, y no puedo evitar sentir rabia al constatar que eso se interpreta como un progreso o un logro.

—A partir de ahora, y hasta el año que viene, nos concentraremos en los invernaderos.

Las que ya han trabajado en los invernaderos suspiran; las que no lo han hecho se miran unas a otras.

—El trabajo que habéis hecho es importante, ha producido frutos con los que hemos podido comerciar para garantizar vuestra seguridad y vuestra alimentación…

Bajo la mirada al suelo.

—Sé que no ha sido fácil. El calor, las largas jornadas, el trabajo físico…, pero debéis recordar que hay un sistema, y que todos debemos seguirlo para sobrevivir.

Noto que Cass me agarra la mano y me aprieta los dedos.

—Me alegro de que hayáis entrado en razón y que hayáis visto lo mucho que se os valora —añade, y pasea la vista por el salón, deteniéndose en las niñas más pequeñas de la primera fila—. Me alegro de que veáis que todas tenéis aquí un futuro. Dejemos… —Hace una pausa—. Dejemos todos esos desencuentros del pasado atrás y avancemos hacia el futuro como la comunidad y la familia que somos.

Silencio. Esas palabras tienen carga propia, un extraño peso, y, aunque no se oye nada, se percibe cierta resistencia en el ambiente. Pero el Padre Renatus es lo suficientemente listo como saber que tiene que seguir adelante. Dirige la vista hacia el lado del estrado.

—Pero vamos a celebrar que aquí tenemos a las últimas chicas que van a dejarnos para empezar una nueva vida con su nueva

familia. Por favor, démosles la bienvenida.

Aplaude y se hace a un lado para que las chicas de azul puedan subir las escaleras, pero nadie lo imita. Ni siquiera las chicas que están junto a los guardias, ni las niñas más pequeñas, que siempre son las más fáciles de convencer.

—He dicho que, por favor, les demos la bienvenida.

Algunos de los guardias se unen a sus aplausos, pero él tensa el gesto. Su sonrisa impostada se endurece y se da cuenta de que no puede seguir aplaudiendo, ya que solo demuestra aún más su falta de control. Siento que se me eriza el vello de la nuca. Él deja de aplaudir, y en el estrado aparecen once chicas. Algunas no las conozco, otras sí sé quiénes son, y luego está Charmian. Su rostro pálido, cetrino, contrasta con el azul del vestido. El corazón se me encoge en el pecho, y siento la presión de la mano de Cass en torno a los dedos.

—Rose Edwards, por favor…

Una chica de pelo oscuro avanza y Madre Jackson le señala con un gesto la silla de madera. Rose parece asustada, pero se sienta. Madre Jackson se saca las tijeras del bolsillo del delantal, recoge el pelo de Rose en una cola de caballo y se pone a cortar. Esperamos que el Padre Renatus aplauda, pero no lo hace, y el silencio es tal que podemos oír como las hojas de las tijeras va segando la espesa mata de pelo. Madre Jackson sigue adelante hasta tener la melena de Rose en la mano. Rose llora desconsoladamente.

—¡Silencio! —le grita él, y Rose se cubre la cara con las manos.

Entonces Rose se levanta y otra chica se sienta en su lugar. Rose se queda de pie en un extremo de la tarima y el Padre Renatus observa cómo le cortan el pelo a otra chica, justo por debajo de las orejas. Parece complacido, en posición de control, y la satisfacción en cierto modo le reverbera por todo el cuerpo. No puedo dejar de

mirarlo, hipnotizada por su adicción al poder, su patética necesidad de dominio. Y, sin embargo, con cada chica que se sienta, lo veo más pequeño: su insaciable apetito por el control lo hace cada vez más diminuto.

Cass me tira de la manga, haciendo que me fije en Charmian, que está en la fila. Observa al Padre Renatus, lo estudia con la mirada, y no sé qué va a hacer. Es como si esperara a que él reaccionara, pero él no hace nada, y de pronto le están cortando el pelo a una chica de aspecto infantil. Las tijeras parecen cada vez más desafiladas, segando el cabello con torpeza, hasta que la chica se echa a llorar de dolor, y la Madre Jackson corta cada vez más rápido, y de pronto solo queda Charmian. El Padre Renatus se gira hacia ella mientras las otras chicas lloran al fondo del estrado. Charmian lo mira, y por un momento da la impresión de que él se le va a acercar, pero se limita a señalarle la silla. Charmian se pone en pie, le escruta el rostro y echa a caminar. Toma asiento, vacilante, aún mirándolo a él, como si no supiera muy bien lo que está sucediendo, pese a haber presenciado este ritual muchas muchas veces. Se sienta y Madre Jackson empieza a recogerle el pelo, pero de pronto el Padre Renatus habla:

—De esta me encargo yo —dice, como si no supiera su nombre.

Charmian levanta la vista, Madre Jackson parece confundida. Él se acerca a Madre Jackson y le indica que se puede ir con un gesto. Le coge las tijeras y se sitúa detrás de Charmian, que mira a todas partes, desesperada, y parece que está a punto de llorar. Él le apoya las manos en los hombros, con las palmas hacia abajo.

—Todo el mundo tiene que desempeñar su papel —dice, tranquilo, y hay algo en el modo en que le toca el cuello con el dedo índice que me deja claro que no es la primera vez que lo hace—. Nuestro trabajo es ser útiles.

Ahora Charmian mira fijamente hacia delante con los ojos vidriosos. Él baja la vista, la mira con un aire de triunfo y yo siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Le está apretando la piel con sus blancos dedos, pellizcándola, casi masajeándola. Esto ya no va de recoger pelo para los pinceles.

—Y, cuando ya no somos útiles, nos hacemos a un lado, para ser útiles a otros.

Contengo una exclamación, y Cass me mira, desconcertada. Esto va de esas cosas de las que se apropian los hombres.

—Buena chica…

Se trata de humillarla.

Recoge el pelo de Charmian y lo retuerce con fuerza para que sea más fácil de cortar. Le tira de la cabeza hacia atrás, con fuerza, y empieza a segarle la melena con las ásperas hojas de la tijera. Yo observo, con el corazón encogido, mientras a Charmian el rostro se le llena de lágrimas, y a mí también.



Capítulo 38

Hay un silencio en mi interior. Ya estaba ahí cuando me dirigía a la Casa de los Pinceles, y también cuando he tenido que parar a vomitar por el camino, y mientras Madre Clement me observaba, impaciente, y también cuando Emily y Zuri me miraban e intentaban que les devolviera el gesto. Lo noto, es ese silencio que se produce cuando sé que algo está a punto de suceder. Es como si mi mente supiera que debe estar en guardia. Recojo los mangos de los pinceles y voy poniendo los pelos y atando los cordeles, y en todo momento tengo la mente puesta en el pequeño encendedor de plástico que tengo detrás, y, aunque no lo veo, sé su posición exacta, su color, y miro a Zuri y ella lo sabe, y yo lo sé, sin que ninguna de las dos tengamos que decir nada.

El guardia más joven vuelve a caminar en círculos en torno a nosotras. De vez en cuando se detiene a nuestro lado, en esa misma demostración patética de poder que ha aprendido de sus maestros, y luego se aleja. Hoy la jornada será más corta, ya que hemos tenido asamblea esta mañana, y Madre Clement ya se ha marchado, lo que significa un par de ojos menos observándonos.

El caso es que ya no tengo miedo, ahora que su poder me

parece tan ridículo. Los que se supone que tienen que saber más, los que deben guiarnos y enseñarnos el camino, no son más que niños con sus disputas ridículas y esa necesidad de alimentar su ego, de destruir todo lo necesario para conseguir lo que desean. Sé que no han aprendido nada, y mamá solía decir que eso formaba parte de nuestro patrón, como las mareas. Que vivimos tranquilamente y luego creamos dificultades, y luego deseamos que cambie la marea otra vez, que creamos los mismos ciclos una y otra vez hasta que llega alguien o algo que los rompe. Y ahora los hemos roto nosotras, los hemos roto al negarnos a escuchar, y ahora, tras todo este jaleo, hemos vuelto a nuestros antiguos patrones, pero… habrá alguien que lo vea, ¿no? Debe de haber alguien dispuesto a cambiar el patrón.

Quizá el único modo de avanzar sea arrasar con todo. Lo pienso una y otra vez, veo los pinceles que tengo delante, y luego voy a buscar más mangos, y una chica llamada Natalie me los da.

—¿Esto es todo lo que has hecho? —le pregunto con brusquedad.

Ella levanta la mirada, perpleja, y el joven guardia se da media vuelta.

—¡Silencio! —ordena.

—Es demasiado lenta —digo yo, y Emily levanta la mirada y de pronto cambia de cara al darse cuenta de lo que pasa.

Natalie me mira, incrédula, mientras me alejo.

—¡Volved al trabajo! —nos grita el guardia.

Ahora trabajo más rápido, intentando acabar todos los pinceles que puedo, y Zuri se pone a mi ritmo. Lo siento por Natalie, pero no hay otro modo. Trabajamos una hora o dos más, hasta que acabamos con todos los mangos otra vez, y vuelvo hacia la posición de Natalie. El guardia me sigue con la mirada.

Yo hago ostentación de mi impaciencia mientras ella sigue tallando madera, y el guardia empieza a mostrar interés por su lentitud. Espero un momento y me llevo todos los mangos que puedo, y ella me mira, dolida. Él se queda a su lado y la regaña para que acelere el ritmo. Zuri me mira otra vez y ambas trabajamos todo lo rápido que podemos una hora más, mientras el sol va pasando al otro lado del edificio.

Empieza a hacer calor, como siempre a esta hora del día, y veo el sudor en las mejillas de Zuri, bajo los ojos, y lo siento también en mis axilas. La miro y me voy a lavarme las manos, esperando que con esto baste. Zuri se acerca a Natalie. Yo cojo un poco de gel y me lo froto en la piel.

—¿Aún no hay más? —pregunta Zuri.

—Es muy lenta —insiste Emily.

De pronto, Natalie le da un empujón a Zuri en el pecho y el guardia tiene que ponerse en medio. Yo aprovecho la ocasión, cojo el encendedor, me lo meto en el bolsillo del delantal y voy corriendo a agarrar a Zuri, pues temo que le devuelva el golpe. El guardia le levanta la mano a Natalie y, afortunadamente, se detiene ahí.

—¡Volved al trabajo! —grita con la voz rota, y suena exactamente como lo que es: un niño temeroso de perder el control.

Natalie mira a Zuri y a Emily con los ojos llenos de lágrimas y de rabia y yo intento no mostrar los remordimientos que siento. Trabajamos otra hora más sin levantar la mirada por si se nos ve en los ojos. Al final del día, Zuri apaga el fogón y se lava las manos, y se sitúa de modo que los guardias de la puerta no vean. Luego se me acerca, le pongo una mano en el hombro y la sigo en dirección al barracón, con el encendedor a buen recaudo entre las dos.



Las otras chicas llevan todo el día en el barracón —los invernaderos aún no están abiertos— y están acaloradas e irritables. Se respira un aire cargado de nervios. Hay cuchicheos por todas partes. La sensación de que algo ha cambiado, de que está a punto de despuntar algo hasta entonces oculto. Me dirijo a mi litera, me siento y Cass se descuelga de la suya para sentarse a mi lado. Ambas miramos por la ventana, intentando aislarnos del ruido que nos rodea. Me meto la mano en el delantal, agarro el encendedor y lo oculto en la palma antes de levantar el brazo para meterlo bajo el colchón de Cass. Ella me mira con los ojos muy abiertos y entiende lo que acabo de hacer.

Aunque aún no es hora de comer, ya empieza a oscurecer. El cielo tiene un color azul algo siniestro y se está levantando un viento que arrastra de vez en cuando algún pétalo por el patio de ejercicios, creando una imagen supongo que parecida a la de la nieve.

Se ven luces de camiones fuera de la valla perimetral justo en el momento en que traen a las futuras novias para que recojan sus exiguas pertenencias antes de llevarlas con sus maridos, fuera del campamento. No puedo hablar, siento el contacto de la cabeza de Cass en el hombro, y de pronto oímos que se abren las puertas del patio de ejercicios y levanto la vista para ver a las novias caminando en fila hacia los barracones, con sus vestidos relucientes, las faldas agitadas por la brisa. Se separan para ir a sus respectivos barracones. Aquí también empieza a oscurecer, pero, en lugar de retirarse, las chicas están reunidas en corrillos y charlan, preocupadas. Cass y yo nos quedamos sentadas en la sofocante penumbra mientras los guardias montan guardia junto a las puertas,

aún abiertas, y lo único que veo son los pétalos que siguen cayendo en el patio, arrastrados por la brisa. Me levanto, me dirijo hacia la puerta del barracón y me quedo mirando la extraña ventisca, hasta que de pronto oigo una voz a mis espaldas.

—Quería darte esto.

Me giro. Es Charmian. Habla con un hilo de voz.

—Devuélveselo a Cass, ¿quieres?

Me da la caja del dominó y observo que le tiemblan las manos. Se las agarro con fuerza.

Con el pelo corto parece una niña, pero el golpe que le han dado le ha dejado un buen moratón en la cara. Nos quedamos un momento en silencio.

—Sabes que siempre escuchaba a Cass y a Deva cuando discutían de si el dominó era un juego de suerte o de estrategia. Supongo que quería averiguarlo.

Parece fatigada. Muy fatigada.

—¿Y qué era? —le pregunto.

Ella sonríe, pero es una sonrisa triste.

—Yo probé con la estrategia —dice, y parece que quiere añadir algo más, pero las palabras se le quedan atascadas en la garganta —. Supongo que perdí.

Poco a poco los ojos se le llenan de lágrimas, y me dan ganas de abrazarla. Ella gira la cabeza un momento y fija la vista en la oscuridad mientras una lágrima le surca la mejilla.

—Me dijo que me quería.

Es como si dejara salir las palabras de algún sitio oscuro en su interior, para que vean la luz.

—¿Cómo he podido ser tan tonta?

—No eres tonta —le respondo, negando con la cabeza—. Te ha manipulado. No es culpa tuya.

Ella vuelve a mirarme y entre las lágrimas suelta una risita amarga. Asiente.

—¿Sabes? Tú y yo habríamos podido ser amigas.

—Aún podemos serlo —le propongo, pero niega con la cabeza y frunce el ceño.

Me coge la otra mano, se la pone sobre el vientre, y de pronto me quedo helada.

—No me dejarán deshacerme de él —dice con la voz rota.

Me suelta la mano y se acerca la suya a la cara para secarse las lágrimas.

—Tú eras la artista, ¿verdad?

Me la quedo mirando. Está pálida, tiene los ojos hundidos. Asiento. Ella también asiente.

—Sabía que eras tú. —Una pausa—. Estuve a punto de decírselo, pero algo me retuvo. Supongo que en cierto modo respetaba lo que hacías. Y tú entendías cosas que yo no —susurra—. Bueno, al principio no, al menos. Esa puerta abierta… —Sonríe, triste—. Era preciosa.

Noto el ardor de las lágrimas en la garganta. Me mira fijamente a los ojos.

—Sal de aquí si puedes, Jess —me exhorta, y hay una extraña intimidad en el modo en que pronuncia mi nombre.

De pronto hace algo que no me esperaba. Acerca la cara y me besa en la mejilla, mojándome con sus lágrimas, y nos quedamos así un momento. Luego da un paso atrás, yergue el cuerpo y recobra la compostura.

—Tengo que irme —anuncia, y echa a caminar.

—Te acompaño —digo sin pensarlo.

—No tienes por qué…

—Me gustaría.

Al principio parece algo sorprendida, pero luego sonríe, espera a que deje el dominó y me coge de la mano. Salimos a la luz, seguidas por un grupo cada vez mayor de chicas. Caminamos al mismo paso, levantando polvo con los pies, como cualquier pareja de chicas de la historia del mundo caminando cogidas del brazo, como si se dirigieran al colegio o estuvieran paseando por el parque. Y de pronto noto que baja el ritmo, hasta que nos paramos en medio del patio de ejercicios. Se gira hacia mí y me agarra ambas manos.

—No me doblegarán —susurra—. Creen que lo han hecho, pero no se saldrán con la suya.

Su voz es dura como el pedernal, y de pronto veo una expresión en su rostro que me asusta. Me sonríe y vuelve a aparecer esa imagen de la Charmian de antes, el gesto burlón, la superioridad. Me suelta las manos y se pone a hablar.

—¡Me llamo Charmian Green! —grita. Todos los guardias se giran a mirarla—. ¡Y me han emparejado con Stephen Donnelley!

Los guardias empiezan a caminar hacia nosotras y las Madres se giran a escuchar. Las chicas nos rodean, y Charmian vuelve a tomar el control. Parece congestionada, le brillan los ojos, y de pronto vuelve a la carga, lo que me deja sin respiración.

—Quieren que me case con Stephen Donnelley porque estoy embarazada.

Ahora se ríe, y las voces se extienden por el patio de ejercicios, un murmullo que va en aumento.

—Estoy preñada —repite con tono burlón. Desafiante, impávida —. Ni siquiera he tenido mi primer periodo. No me han permitido siquiera hacerme mujer.

—¡Silencio! —grita un guardia, y se oye un disparo al aire.

Yo me encojo, pero Charmian no.

—¿Silencio? —pregunta—. ¡Eso querríais! —grita de nuevo—.

¡Pero no nos vamos a callar! ¡Ya no!

Se oye otro disparo, y Charmian se ríe con una risa despreocupada que ni las balas pueden silenciar.

—Porque el niño no es de Stephen Donnelley, es del Padre Renatus. Él lo puso allí, engañándome, mintiéndome, haciéndome sentir que no valía nada…

Otro disparo, y ahora Charmian se gira, recorriendo las caras que nos rodean con la mirada, y la oigo respirar agitadamente.

—¡Y quieren que finja que es de Stephen Donnelley para ahorrarle al Padre Renatus la vergüenza, las molestias, y luego escogerá a otra chica y se repetirá el ciclo! ¡Esa es la persona para la que salimos a polinizar, ese es el hombre al que entregamos nuestras vidas!

Se produce un gran revuelo cuando las Madres acuden corriendo hacia nosotras y, sorprendentemente, las chicas les impiden el paso.

—¡Su vergüenza no es mi vergüenza! ¡No mentiré! —grita con voz ronca, desafiante, y luego baja algo la voz—. Y no me quedaré aquí —añade, ya entre lágrimas—. ¡Tendré mi libertad! No vais a arrebatarme mi libertad. ¡Soy libre de hacer lo que quiera!

Todos los ojos están fijos en ella, y se produce un momento de pausa, porque ni los guardias ni las Madres saben qué hacer, y echa a caminar hacia la puerta abierta.

—¡Charmian! —grito—. ¡Charmian!

Pero ella no se gira, y lo único que veo es su vestido, de color azul cielo, mientras echa a caminar hacia la entrada del patio de ejercicios y el cielo se llena de unos pétalos luminosos, como si fuera una enorme ventisca de flores.

—¡Alto! ¡Primer aviso! —grita un guardia.

—¡Charmian, detente! —digo; doy unos pasos hacia ella, pero se aleja, y sabe exactamente lo que hace.

No afloja el paso, avanzando decidida hacia la valla perimetral, con el pelo corto y ondulado agitado por el viento, decidida y segura de sí misma.

—¡Alto! ¡Segundo aviso! —El guardia ya tiene el fusil apoyado en el hombro.

—¡Charmian, por favor!

Yo solo oigo el latido de mi propio corazón y el aullido del viento, pero ella sigue adelante, con la cabeza bien alta.

—¡Alto! ¡Último aviso! —grita el guardia, y su voz reverbera a nuestro alrededor.

Y, cuando se oye el disparo, que llena el mundo entero a mi alrededor, todo parece volverse más lento. En la espalda de su vestido aparece una mancha de color carmín.

—¡CHARMIAN!

Echo a correr hacia ella.

La veo caer al suelo lentamente, como si flotara en el agua. Voy en su busca mientras el vestido se va plegando bajo su peso, envolviéndola, y ella se estremece hasta quedar inmóvil sobre la tierra estéril.

No hay sonido, no hay nada. Me dejo caer de rodillas mientras un charco de sangre oscura se extiende bajo su cuerpo. Veo su rostro inerte, su mejilla contra el suelo, un rizo oscuro sobre la sien, y, al alargar una mano temblorosa para tocarle la cara, oigo un sonido, y el sonido procede de mí, y es de angustia, de miedo, de rabia. Retiro la mano y la tengo manchada de sangre, y me giro a mirar por encima del hombro, a través de la tormenta de pétalos, y veo los barracones en llamas.



Capítulo 39

Siento un brazo que me agarra por debajo e intenta ponerme en pie. Una voz.

—¡Jess, levanta!

No consigo centrar la mente.

—¡Jess, venga!

Y de pronto veo el rostro de Zuri ante mí. Tiene la palma de la mano pegada a mi mejilla y los ojos encendidos.

—¡Jess, mírame! ¡Mírame! —Intento enfocar, la tengo a solo unos centímetros—. Venga, es hora de irse.

Me agarra de los brazos y me zarandea, y tengo que hacer un esfuerzo para ponerme en pie, con la garganta llena de humo. Las chicas han echado a correr hacia las puertas abiertas y se oyen más disparos.

—Nos matarán —digo casi sin aliento.

A nuestra derecha hay una chica de rodillas. Está herida y sangra.

—Es nuestra oportunidad. No nos pueden disparar a todas —responde Zuri.

—¿Dónde está Cass? —pregunto.

—Viene con Emily.

Zuri me ayuda a recuperar el equilibrio y nos vemos arrastradas por la multitud. Hay una aglomeración de chicas que intentan pasar por las puertas abiertas, y tras ellas están los guardias, que se gritan unos a otros; algunos de ellos retroceden, con el pánico en los ojos. Me agarro muy fuerte a la mano de Zuri, no quiero soltarla, y siento esa fuerza, esa presión, algunas de las chicas están apretadas contra la valla. Los guardias parecen tan jóvenes e inexpertos como las chicas que tienen delante, hasta que de pronto aparece un guardia de más edad y se pone a gritar.

—¡Dejadlas pasar! ¡Hay un incendio! ¡Dejadlas pasar!

—Tenemos que quedarnos aquí, en el centro —dice Zuri mientras nos abrimos paso.

Ahora hay cientos de chicas en el patio, muchas de ellas niñas, y los guardias ceden y abren otra puerta. Los gritos aumentan con el avance de decenas de niñas a mi alrededor, y noto que los dedos de Zuri se me escapan de la mano.

—¡Zuri! —grito, jadeando—. ¡Zuri!

No puedo respirar. Me falta el aire.

—¡Jess!

Levanto la vista y solo veo el cielo, el humo y los pétalos, y siento una presión cada vez más intensa, que me ahoga, y todo se vuelve cada vez más pequeño y lejano, y pienso: «No permitas que muera aquí después de haber llegado tan lejos». Y de pronto siento una liberación, un soplo de aire cuando las chicas cruzan las puertas y salen al exterior del campamento, y me veo arrastrada hacia delante, hasta que se empiezan a crear espacios entre la multitud y caigo de rodillas, tosiendo. Intento recobrar el aliento, el ritmo normal de la respiración, y consigo ponerme en pie, trastabillando. Miro a mi alrededor, vuelvo la vista atrás, y casi me quedo sin aliento

otra vez. Hay humo y un movimiento incesante, y esas llamas anaranjadas perfectamente definidas que arden en los tejados de los barracones. Me giro, busco a Zuri, escruto las caras que me rodean, esos ojos demacrados, iluminados por el resplandor de las llamas.

—¡Zuri! —grito, tosiendo—. ¡Zuri!

—¡Jess!

Y entonces la veo corriendo hacia mí por entre la multitud. Los guardias están sacando a las últimas niñas del patio de ejercicios y busco a Cass y a Emily con la mirada, pero no las veo por ningún sitio.

—Tenemos que encontrar a Eliot —dice Zuri.

—Dijo que traería un camión —respondo, jadeando—. Pero tenemos que esperar a Cass y a Emily, no pueden estar muy lejos.

—Se quedaron atrás para prender fuego a los barracones. Serán las últimas en salir.

—Entonces esperaremos.

Y en ese momento se oyen disparos. Las chicas se dirigen hacia el edificio principal y hacia la puerta exterior. De pronto, una niña choca conmigo, bajo la mirada y es ella, la niña a la que siempre veo, y tiene los ojos muy abiertos. La agarro de los dos brazos.

—Corre, ¿vale? —le digo—. Tú sal de aquí.

Ella asiente, se suelta y otra chica algo mayor la coge de la mano, me mira, asiente y se la lleva. Zuri me agarra de los brazos y nos agachamos junto a uno de los camiones militares. Busco con la vista por entre la multitud de cuerpos, escrutando los rostros de todas las chicas.

—¡Está ahí! —exclama Zuri mientras me tira del brazo, casi sin aliento.

Intento seguir su mirada y lo veo: Eliot. El guardia de la Casa de los Pinceles está a su lado, con un fusil al hombro. Zuri quiere

ponerse en pie, pero yo tiro de ella y la obligo a agacharse otra vez.

—El otro guardia te matará.

Ella asiente y yo vuelvo a mirar hacia el lateral del camión, examino los rostros, busco una melena pelirroja y el gesto serio de Emily.

De pronto tengo dos pies delante y levanto la vista, como hice el primer día, y es Cass; Emily está a su lado. Cass respira agitadamente, sosteniendo una funda de almohada junto al vientre, y yo tiro de ella y la agarro fuerte del cuello.

—Lo hemos conseguido —dice en voz baja—. Hemos prendido fuego a los barracones.

Echa la cabeza atrás, y yo me la quedo mirando. Está desatada, como si no pudiera creérselo, y se la ve mayor, una mujer. Pero volvemos a oír disparos.

—Tenemos que esperar a que el otro guardia se vaya —susurro.

Ella asiente y luego me pasa el cuchillo, y, pese al pánico que siento, noto el frío de la hoja en la mano. Ambas nos lo quedamos mirando, y me pongo a pensar.

—Gírate —le digo. Cass me mira, mira el cuchillo, y me entiende.

Se sienta, encajada entre mis piernas, y yo le agarro el cabello, esa preciosa melena del color del fuego, el cabello que me he pasado horas desenredando y trenzando, y me pongo a cortarlo con el cuchillo. La hoja del cuchillo pasa con facilidad por entre su larga melena, ondulada y brillante, y luego Cass se gira, me mira la mano y la veo más viva que nunca, radiante. Le devuelvo el cuchillo, me giro y ella me corta el mío, entre los chillidos de las niñas y el humo, y siento el peso que me quita al desprenderme de la melena que me había crecido en los últimos meses.

—Están luchando —dice Zuri de pronto, y yo levanto la mirada.

El guardia tiene inmovilizado contra el camión a Eliot, cuyo fusil

está en el suelo.

—Córtate el pelo, y Emily también —le digo a Zuri, entregándole el cuchillo. Ella asiente y sigue la línea de mi mirada hasta Eliot—. Se nos acaba el tiempo —añado.

Me dispongo a levantarme cuando oigo otro disparo, y veo a Eliot de rodillas. Observo la escena, presa del pánico, y lo veo agarrándose el brazo frente al otro guardia, que sigue en pie. Me levanto de golpe, lista para salir corriendo.

—¿Qué estás haciendo? —exclama Cass—. ¡Jess! ¿Qué estás haciendo?

Quizá sea cierto que no sé lo que estoy haciendo, pero no puedo quedarme ahí, así que echo a correr hacia Eliot y el otro guardia, que sigue gritándole, y de pronto me ve y se gira, enfurecido, y me detengo. Pero sigo caminando despacio, muy despacio, e intento recordarme a mí misma que no es más que un crío, aunque intente parecer un hombre.

—¡Atrás! —me grita, y ya le veo el blanco de los ojos—. ¡Atrás, he dicho!

Tengo el cuchillo oculto en la mano, y lo cierto es que no sé lo que estoy haciendo, pero no es que me haya vuelto loca. Por primera vez me siento yo misma, y voy acercándome cada vez más, y él se apoya el fusil en el hombro, apunta, con el brazo tembloroso, la mano buscando el gatillo, y yo sigo caminando, porque no es más que un niño que intenta disparar, pero no puede, y yo sigo mirándolo a los ojos, y de pronto estoy apenas a un par de metros y lo miro de frente, y él baja el fusil. Respira con dificultad y tiene una expresión de confusión, como si no comprendiera. No he visto que Eliot se pusiera en pie y agarrara su fusil, pero de repente golpea en la cabeza al guardia, que cae al suelo pesadamente. Eliot y yo nos quedamos mirando al guardia, y luego él me mira a mí y asiente.

—Tenemos que irnos —dice con una mueca de dolor.

Está sangrando a través de la chaqueta.

—¿Estás bien?

—Lo estaré. ¡Venga!

Oigo de nuevo a Zuri a mis espaldas, y Emily me agarra del brazo, tira de mí hacia el camión, y Cass se sube delante. Agachamos las cabezas y Eliot arranca y acelera. Veo a Cass en el asiento de delante, que va sacando los vestidos azules de la funda de almohada, y, mientras Eliot conduce, con un solo brazo, nos los ponemos pasándonoslos por la cabeza, de modo que nos cubran los vestidos de trabajo.

—Hay otro abrigo bajo el asiento —dice Eliot, y Cass mete la mano, lo saca y se lo pone a Eliot sobre los hombros, para que los guardias no puedan ver la sangre que le empapa la manga. En el primer puesto de control nos dejan pasar con solo un saludo, y por primera vez desde nuestra llegada vemos las oficinas y las dependencias del Padre Renatus. Cass se queda mirando la escena. Todos los guardias se han ido hacia el patio de ejercicios, donde resuenan las sirenas y las alarmas. Nos dirigimos hacia la puerta principal rodeadas de un silencio escalofriante. Hay cinco o seis guardias. Eliot respira hondo, veo que intenta concentrarse. Baja la velocidad, intenta mostrarse tranquilo.

—Lo siento, se ha decretado el confinamiento —dice el guardia —. Ha pasado algo en el campamento.

—Tengo que llevar a estas mujeres —responde Eliot, y quien no lo conociera no habría podido detectar la tensión en su voz.

—Lo siento, no podemos dejar pasar a nadie.

—Están casadas —responde Eliot—. Tengo aquí su documentación. Sabéis que hoy iban a salir las nuevas casadas, ¿no?

El guardia parece molesto.

—Lo sé, pero tenemos órdenes.

Las otras chicas ya estarán de camino.

Yo no puedo decir nada. No puedo hacer nada. Solo puedo quedarme ahí sentada y guardar silencio.

—¿Quieres ver los documentos? —pregunta Eliot.

—No —responde el guardia, a la defensiva.

Eliot coge unos papeles y se los pasa por la ventanilla abierta de malos modos. Él apenas los mira, y de pronto me doy cuenta del porqué: no sabe leer.

—Sus esposos las están esperando, ya no son residentes del campamento, las han trasladado —insiste Eliot—. Yo no querría estar en tu piel si resultan heridas en los altercados.

Veo que el guardia empieza a vacilar. Eliot recoge los documentos.

—¿Sabes que una de ellas está casada con un amigo cercano del general Porter? Lo dice aquí.

El joven guardia se queda pálido al oír eso, y, de pronto, Eliot empieza a recobrar la confianza.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Eliot.

—¿Y eso qué tiene que…?

—Necesito saber tu nombre —insiste Eliot—. No voy a hacerme responsable de esto. Y también necesito tu número.

Intento no mirar al guardia a la cara mientras hace un cálculo de riesgos.

—¿Están casadas?

—Míralas —dice Eliot, y el guardia nos ve el pelo corto, los vestidos azules—. Ya no deberían estar aquí…

Nos observa detenidamente y yo intento mantener la mirada fija hacia delante; luego hace un gesto con la cabeza a sus amigos, y la puerta se abre. Siento el corazón desbocado en el pecho.

—Por fin —dice Eliot, impaciente, mientras arranca el motor de nuevo, y lo único que oigo es el chirrido de la puerta eléctrica y la radio del guardia que cobra vida con un ruido de electricidad estática y una voz enlatada que grita, pero llega tarde, porque nosotros ya nos estamos alejando de allí.



Capítulo 40

Eliot conduce a toda velocidad por carreteras secundarias, y todos guardamos silencio. Se oyen sirenas a lo lejos que nos recuerdan que aún no somos libres. Miro por la ventanilla y veo la tierra yerma, y, a lo lejos, la silueta de la ciudad. Está oscuro, y los edificios más altos están cubiertos de una bruma anaranjada por efecto del fuego. A medida que nos acercamos, el silencio se vuelve más tenso. No puedo creer la cantidad de gente que hay por las calles. Eliot tiene que evitar las multitudes, dar media vuelta y tomar rutas alternativas, ya que todas las avenidas de la ciudad están abarrotadas de gente, con hogueras a los lados de las calles. El ambiente es electrizante. Se respira el peligro. Eliot está pálido, lo veo aunque esté oscuro. Tiene la respiración agitada. Acerco el brazo y le pongo la mano sobre el hombro.

—Estoy bien —dice él entre dientes—. Hace ya unos días que es así. Algo está cambiando, está ocurriendo algo gordo.

Eliot sigue mis indicaciones y, a medida que nos acercamos a mi casa, empiezo a desorientarme: no consigo encontrarla porque las cosas han cambiado mucho en poco tiempo, o quizá porque he cambiado yo. Es como si todo me resultara familiar, pero a la vez no.

Al final encontramos la calle. Me agarro al asiento de delante, donde está Cass, y veo la casa.

—Aquí —digo, y Eliot para el camión.

Zuri me mira a través de la oscuridad. Casi no puedo ni respirar.

Me aprieta la mano y salgo. Echo a andar por el camino, aunque me fallan las piernas. Los otros salen del camión, oigo el ruido de las puertas al cerrarse. El camino es el mismo, el césped sigue pelado y seco, la puerta es algo más vieja, y de pronto me siento mal. Muy mal. Levanto la mano para llamar y me da miedo la respuesta, me quedo con la mano flotando en el aire. He soñado tantas veces con volver aquí…, y ahora me parecen tan lejanas… Siento la mano de Cass en el hombro.

—Tranquila —me dice en voz baja.

Llamo y esperamos. Oímos movimiento de muebles, voces. Voces desconocidas.

—¿Quién es? —La voz de un hombre. Atronadora. Me giro y miro a Cass.

—Soy Jess.

—¿Quién?

No abre la puerta.

—¡Soy Jess! —respondo, más fuerte esta vez, y oigo el sonido inconfundible de alguien que carga una pistola—. ¡No pasa nada! —añado, retrocediendo unos pasos—. Antes vivía aquí.

La puerta se abre mínimamente y por el resquicio se ve el rostro de un hombre que me mira, malhumorado.

—¿Quién demonios eres tú?

—Lo siento, antes vivía aquí.

Él mira a Cass, a Zuri, a Emily, y el camión, algo más allá.

—¿Qué es lo que quieres?

—Nada. Solo… estaba buscando a alguien.

—Bueno, pues desaparece —responde, y cierra de un portazo.

Yo me quedo ahí, con la vista fija en lo que un día había sido mi casa, hasta que Zuri me tira de la mano.

—¿Jess? Venga, lo hemos intentado.

Asiento, con los ojos llenos de lágrimas, y luego pienso en Ruth.

—Tengo que probar en la casa de al lado.

Zuri mira a Cass, preocupada, pero yo rodeo la casa y voy hasta la puerta de Ruth. Hay algo de luz en una de las habitaciones, pero la puerta está cerrada con llave, probablemente atrancada con muebles. Llamo suavemente con los nudillos, pero no hay respuesta, así que miro a Cass y ella me ayuda a golpear la madera con los puños. De pronto oímos un movimiento.

—¿Sí?

El corazón me da un vuelco.

—¡Soy yo! ¿Ruth? ¡Soy yo!

Oímos cerrojos que se abren, pestillos que se deslizan, y de pronto ahí está, con el pelo blanco, despeinado, vestida con ropas demasiado holgadas, y me mira con los ojos llenos de lágrimas. La veo pequeña, frágil, las mangas de la chaqueta de punto le cuelgan de los brazos. Se limita a apoyar una mano en mi mejilla y se pone a llorar. Me rodea con los brazos, y yo también lloro, sin poder controlarme, apretando el rostro contra ella para absorber su olor, tan familiar, pegarme a su cabello, a su piel, hasta que da un paso atrás y me mira.

—Nunca pensé que volvería a verte, Anna —dice entre lágrimas.

Yo me enjugo las lágrimas, incrédula. La sensación de alivio ha durado poco.

—Pero soy yo, soy Jess —digo, y de pronto me siento desfallecer —. Anna era… Anna es mi madre.

Sonrío, pero estoy convencida de que se me ve la desilusión en

el rostro. Ella me mira y frunce el ceño un momento.

—¡Por supuesto! ¡Claro que es tu madre!

La casa ha cambiado; está casi vacía, y tiene el olor de alguien que no se ha lavado en un tiempo. No queda nada de valor. Ruth me coge la mano, me lleva al pequeño sofá y me hace sentarme mientras me mira y me acaricia una mano.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —me pregunta.

La observo con atención. Su rostro es el mismo, solo que más delgado, mucho más delgado. Sus ojos también son los mismos, la misma bondad en los hoyuelos de sus pómulos, la misma delicadeza en sus suaves dedos. Tiene encendida una pequeña lámpara de parafina que arroja sombras azules sobre las descarnadas paredes. Cass lleva a Eliot al sofá. Zuri se sienta a su lado, Cass en el suelo.

—Ruth, necesito saber dónde está mamá —le digo, intentando disimular la urgencia en mi voz.

Ella me mira con una sonrisa dulce en el rostro, como si no me hubiera oído.

—¿Ruth? —insisto—. ¿Sabes dónde está Anna?

—¿No está en la casa de al lado?

—No —digo con la voz rota—. Ahora hay otra familia.

Ella asiente, como si lo supiera.

—Sí, claro. A veces me ayudan.

Asiento, descorazonada.

—¿Y qué hay de Shey? ¿Te acuerdas de Shey?

El rostro se le ilumina otra vez.

—Solía venir a ver a tu madre —dice—. Estaba muy guapo con su uniforme.

Miro a Cass, y noto que el corazón me late con más fuerza en el pecho.

—Hace un tiempo que no lo veo.

No sé si quiero seguir haciéndole preguntas, no sé si quiero saber más.

—Me alegra mucho verte —dice—. Te quedas unos días, ¿no? ¿Os quedáis todos?

Me la quedo mirando, sin saber qué decir. Eliot se encoge de hombros.

—Si nos quedamos a pasar la noche, tendremos que aparcar el camión detrás, e irnos temprano.

—Nos vamos de viaje —le digo a Ruth, escogiendo las palabras con cuidado—. Por la mañana. Es un largo viaje, al otro lado de la frontera.

Parece buscar entre sus recuerdos.

—Debéis tener cuidado —responde—. En la frontera no son muy agradables. Una vez intenté cruzarla.

No puedo controlar las lágrimas, me he quedado sin palabras. Lo único que puedo hacer es asentir. Espero un momento, intento recuperarme.

—¿Puedo hacer algo por vosotros? —pregunta, tan atenta como siempre.

—¿Tienes medicinas? Mi amigo Eliot está herido.

Ruth parece confusa.

—¿Quién?

—Yo —dice él.

Me doy cuenta de que su voz suena débil. De pronto Ruth se pone muy seria.

—Bueno, pues más vale que veamos qué tienes.

Zuri, Cass y Emily se estiran en el sofá para intentar descansar; están agotadas, y al poco rato las oigo respirar diferente, sumidas en un profundo sueño. Ruth va en busca del botiquín y de unas telas, que la oigo cortar en tiras. Llevo a Eliot junto a la lámpara,

para que se siente donde hay más luz. Él se quita la chaqueta, la que lleva sobre los hombros, y se desabrocha los botones de la que lleva debajo, pero no se la puede quitar. Me mira, y me ofrezco a ayudarlo, pero observo, horrorizada, que el motivo es que la sangre de la herida de bala se ha coagulado y la tela se le ha pegado a la piel. Intento quitársela con la máxima delicadeza, pero él hace una mueca de dolor, me agarra la mano y me hace parar. Respira agitadamente, y espero a que esté preparado. Consigo sacarle la chaqueta y luego le desabotono la camisa y se la levanto por encima del hombro. Tiene la mirada fija en el suelo, intentando no pensar en el dolor, y yo, sin darme cuenta, de pronto me pongo a tararear, no sé por qué. Quizá sea porque la vibración de la guitarra de su padre solía calmarlo, pero me pongo a tararear para que no sienta tanto dolor. Él levanta la vista y trata de sonreír.

Oigo a Ruth lavarse las manos. Enseguida vuelve con un poco de agua hervida y examina la herida. La palpa, presionando alrededor, intentando determinar si hay una bala alojada dentro. Menea la cabeza.

—Es una herida superficial —dice, como si fuera lo más natural del mundo, recuperando de pronto su instinto de enfermera y disipando mis temores de que no recordara qué debía hacer—. Tendré que coserla.

Ahora soy yo la que hace una mueca de dolor, observando cómo se aleja en busca de una aguja.

—¿Estás bien? —me pregunta Eliot en voz baja.

Asiento.

—Creo que debería ser yo quien te lo preguntara a ti.

—Sé lo mucho que deseabas encontrar a tu madre —dice él, sonriendo.

Me resulta difícil mirarlo por miedo a que descubra hasta qué

punto llegan mi decepción y mi miedo, porque eso supondría que tendría que reconocerlo yo también.

—Hemos encontrado a Ruth, ya es algo —respondo, buscando algo a lo que agarrarme, algo por lo que estar agradecida.

Me quedo escuchando su respiración un momento, observo su piel blanca a la luz de la lámpara.

—¿Siempre ha sido…? —empieza, pero se interrumpe, como si buscara las palabras.

—Ya tenía algunos problemas de memoria cuando me fui. Pero no era tan grave. —Me quedo pensando—. Mamá la cuidaba mucho. La ayudaba con la comida, con sus rutinas, le daba conversación. Parece que está algo más perdida.

Eliot asiente.

—Lo siento —me dice, y tengo que morderme el labio para evitar que los ojos se me llenen de lágrimas otra vez.

Ruth vuelve con la aguja esterilizada, un poco de hilo y una botella marrón que le da a Eliot.

—Es *whisky* —dice—. Era de mi marido. Bebe.

Eliot la mira y veo que sopesa sus opciones: beber o sentir más dolor. Abre la vieja botella y le da un par de tragos. Ruth y yo esperamos hasta que notamos que relaja un poco los músculos, luego ella lo acerca un poco a la luz de la lámpara y se pone a coser. Yo espero a que acabe, tapándome los oídos con las palmas de las manos, intentando procesar mentalmente su dolor. Cuando acaba, Ruth echa un poco de *whisky* sobre la herida para esterilizarla. Él jadea, intentando controlar la respiración, y al final cierra los ojos y a los pocos segundos ya está dormido. Yo me pongo en pie, lo agarro pasándole los brazos por debajo de las axilas y lo tiendo de costado en el suelo. Le cojo la chaqueta, la pliego un par de veces y se la coloco bajo la cabeza. Ruth y yo nos quedamos observándolo un

momento y lo vemos relajar la expresión.

—Se pondrá bien, Jess —dice Ruth. Levanto la cabeza, perpleja, al ver que recuerda mi nombre. Recoge el equipo médico y se lo lleva de nuevo a la cocina—. Y recuérdame que te dé la carta que me dejó tu madre para ti.



Capítulo 41

Cojo la lámpara de parafina, corro al piso de arriba y me siento en la cama de Ruth con las manos temblorosas. La carta es pequeña, está doblada varias veces. La escribió en el reverso de un antiguo dibujo mío. Estaba en la alacena bajo las escaleras, junto a una caja de provisiones: medicinas, mapas, pilas. El corazón me late tan fuerte que casi no puedo ni respirar. Antes incluso de desplegarlo, sé que es uno de los dibujos de las mujeres prerrafaelitas de risa desbocada y ojos brillantes que desafían al espectador. Lo desdoblo, intento acercarlo al pequeño círculo de luz y entorno los párpados. Hace muchísimo que no leo nada. Está claro que es la caligrafía de mamá. Ha escrito con prisa, eso está claro, pero la reconocería en cualquier lugar. Leo con voracidad, con las manos temblorosas y el corazón encogido al ver lo corta que es la nota. Paso la vista por la sucesión de letras y las recorro a toda velocidad.

Recibió un mensaje de unos amigos suyos, los amigos con los que solía manifestarse, que van a empezar de nuevo, de cero. Hay un valle en algún sitio, y veo unos números que supongo que serán coordenadas, y me dice que serán libres, y que se le parte el corazón porque Ruth no quiere ir con ellos porque dice que es

demasiado vieja y solo los retrasaría. Le rogó que fuera con ella, pero Ruth quería quedarse en su casa, rodeada de sus libros. Mamá apenas puede escribir por el dolor de dejarme atrás, pero sabe que lo conseguiré. Ha reunido unas cuantas provisiones y las ha dejado bajo las escaleras para mí, y estará esperándome cuando llegue. Y me dice que me quiere y que está muy orgullosa de mí y de Shey, que ha venido a verla unas cuantas veces.

Me seco las lágrimas, incómoda porque me emborronan la vista. Acerco el papel a la luz, intentando entenderlo. Quiere que sepa que la he hecho feliz, muy feliz, y que gracias a mí ha visto cosas que no habría visto sola, y que sabe que hay algo mejor que esto esperándonos en otro lugar. «Ven pronto —dice—. Ven pronto, te estaré esperando». También hay una fecha, de hace unos tres meses, e intento hacer el cálculo: catorce semanas, tres días. Dos mil cuatrocientas veinticuatro horas. Le doy la vuelta al papel, pero es todo. No hay más. Vuelvo a girarlo y lo leo de nuevo otras diez, veinte veces, con el corazón latiéndome con fuerza, queriendo sentir ese nuevo mensaje suyo en todas las partes del cuerpo y de la mente. Hacerlo presente, aquí y ahora.

Me levanto y miro a través de los barrotes de la ventana, hacia la ciudad y hacia el norte. Los edificios más altos están junto a la frontera. Hace dos mil cuatrocientas veinticuatro horas estaba aquí, ese es el tiempo que nos separa, y quizá pueda encontrarla en menos que eso. Vuelvo a doblar el papel, me lo pego al cuerpo y memorizo las coordenadas: sé que tengo que dejar la carta por si nos registran en la frontera.



Me acuesto junto a Ruth, en su cama, como hacía a veces cuando

era niña. Escucho mientras ella duerme, y en la oscuridad veo unas cuantas imágenes familiares. Una abeja que debí de dibujar cuando era niña. Una flor rosa, una abeja cubierta de polen y los bocetos que hice de aquella manzana. Mientras contemplo esos dibujos en la penumbra, siento que empiezan a relajárseme los músculos, que la mente se me va, hasta quedar en un estado de semiinconsciencia, pero sabiendo que estoy aquí, lejos del campamento. Y me sumerjo en un sueño profundo, sin pesadillas.

Me despierto antes del amanecer y me siento renovada. Me froto los ojos, busco la carta con la mano y me levanto despacio. Rodeo la cama, beso los blancos cabellos de Ruth y me quedo mirando cómo duerme antes de bajar en silencio. Eliot está desperezándose. Está algo rígido, dolorido, pero tiene mejor color. Me acerco, me arrodillo a su lado y le enseño la carta.

—Es de mi madre —le digo—. Ruth recordó que me la había dejado.

—¿Y qué dice? —pregunta frunciendo el ceño. Le entrego el papel.

—Hay unas coordenadas. Hace unos años tenía amistad con un grupo de rebeldes. Los ha encontrado otra vez, y han huido al norte, donde van a empezar una nueva vida, en una nueva comunidad. De cero. Quiere que vayamos.

—¿Entonces era cierto? La historia que me contabas.

—Por supuesto que lo era.

Veo que se le ilumina el rostro, tira de mí y me abraza. Me suelta en el momento en que las chicas empiezan a moverse. Voy a lavarme la cara mientras Zuri le lee la carta a Cass y a Emily, que no parecen acabar de creérselo.

Me dirijo a la cocina con energías renovadas, pero en realidad no hay nada de comer, y ninguno de nosotros quiere quitarle a Ruth lo

poco que pueda tener. Me duele dejarla así, pero es mejor para todos que nos vayamos antes de que se despierte. Quizá incluso piense que ha sido un sueño. Lleno unas cuantas botellas viejas con agua y vuelvo al salón.

—Mamá nos dejó una caja con provisiones y unas cuantas cosas para comerciar con ellas.

—Yo cogí unas cuantas raciones de combate, las tengo escondidas en el camión —dice Eliot—. En la frontera tendréis que dejarme hablar a mí. Les daremos la documentación y cruzaremos los dedos. —Zuri asiente—. Cuanto antes vayamos, mejor. Antes de que hagan el cambio de turno.

Ruth le ha dejado a Eliot una camisa limpia que debió de pertenecer a su marido, y Eliot empieza ponérsela, aunque el cuello le queda muy ancho. Me acerco y lo ayudo a ponerse la chaqueta, despacio, con los brazos extendidos para que no le duela. Cuando acabamos asiente, y le abrocho los botones. Lo miro a la cara.

—Hay que ponerse en marcha —digo, y asiente.

Echo un vistazo a mi alrededor. Me cuesta marcharme. Me parte el corazón dejar a Ruth sola.

—Tenemos que irnos —dice Eliot.

Salimos por la cocina, y pienso en la carta de mamá, que he dejado sobre la encimera. Veo que Cass la mira. Eliot se dirige al camión con la caja de raciones de combate en la mano, y Zuri y Emily lo siguen.

—¿Cass?

Ella sigue mirando la nota.

—Tenemos que irnos.

De pronto me mira y se me encoge el corazón. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cass? ¿Qué pasa?

Siento una presión en el vientre y de pronto lo sé; sé lo que va a decir. Contrae el rostro en una mueca de dolor.

—No puedo abandonar a Deva —dice sin más.

Niego con la cabeza.

—No lo hagas, Cass, por favor.

—No puedo abandonar a Deva. Si está aquí, en la ciudad, como dijo Eliot, tengo que encontrarla.

Me acerco a ella, cada vez más asustada.

—Cass, no sabemos dónde está. ¡A estas alturas podría estar a kilómetros de distancia!

—¿Qué es lo que buscas tú, Jess? —me pregunta de pronto, con voz firme.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué es lo que deseas? ¿Qué es lo que buscas? Por favor, dímelo.

Me encojo de hombros.

—Un nuevo inicio, una vida, un futuro, libertad.

Asiente, y el rostro se le cubre de lagrimones.

—Yo también.

—Pero tú…

—Y todo eso lo tiene Deva.

—Cass, por favor…

Oigo el motor del camión en la calle, están esperándonos.

—Tengo que encontrarla —dice—. Cuidaré a Ruth un tiempo, buscaré a Deva y luego iré a buscaros.

—No…

—Quiero hacerlo.

—No…

—Iremos a buscaros —repite.

La agarro de los brazos; no puedo soportar la idea de que no esté conmigo.

—Por favor, Cass —le ruego.

—Ella es mi libertad —repite, y, aunque me duele, sé que está decidida.

La abrazo con fuerza, y no puedo respirar. Ella también está llorando.

—Te dije que estaría a tu lado mientras me necesitaras —susurra —. Ahora tienes a mucha gente alrededor, Jess. Yo necesito hacer esto. Por favor, entiéndeme.

La agarro aún más fuerte.

—Te quiero —me dice mientras me besa la mejilla—. Te quiero mucho.

Me retiro e intento grabar la imagen de su bello rostro en mi mente.

—Me has dado tantas cosas… —me dice—. Nunca he conocido a nadie como tú. —Ahora se ríe entre las lágrimas, y ambas oímos que Ruth empieza a moverse en el piso de arriba—. Ve y busca tu libertad —añade, apoyando la palma de la mano contra mi mejilla—. Ve y sé libre, Jess.



Capítulo 42

Hago un esfuerzo por no llorar de camino a la frontera, intento que no se me note el dolor. Trago saliva, con Zuri sentada a mi lado y Emily delante, las tres calladas.

Eliot conduce muy serio, intentando mantener un gesto neutro, por si acaso llamamos la atención. El tráfico va aumentando a medida que nos acercamos a la frontera, y enfrente tenemos filas de camiones del ejército que hacen cola.

La frontera es justo como la recuerdo: hay vallas de alambre de espino que rodean la ciudad y luego varias carreteras con barreras y puestos de guardia llenos de soldados. Eliot escoge un carril, sabiendo que llegará un momento en que tendremos que bajar, mostrar la documentación y responder a las preguntas de los militares.

Esperamos mientras el sol va asomando. Nuestra historia es que somos esposas que Eliot debe entregar a miembros de la milicia destacados fuera de la frontera. La documentación está en orden, todo dependerá de si los soldados se lo tragan o de si deciden llamar por radio para hacer comprobaciones. Eliot tiene la mirada clavada al frente, no da ninguna pista mientras observa cómo los vehículos de

delante van parándose, uno por uno, y los soldados, impacientes, interrogan a conductores y pasajeros. Hoy hace calor, mucho calor, y veo a Eliot moviéndose incómodo con esa pesada chaqueta. Un soldado nos hace una señal para que paremos a un lado.

—Preparen la documentación, por favor.

Eliot asiente y esperamos. Hay un altercado entre los soldados que tenemos delante y el guardia de seguridad, y parecen tardar una eternidad en solventarlo. Todo el mundo está de los nervios, la ciudad es un polvorín, parece que en la frontera hay más actividad de lo habitual, y los soldados están más tensos. Algunos de ellos pasan a nuestro lado y nos miran a Zuri, a Emily y a mí. Pasamos horas bajo el sol ardiente, mientras las sombras van avanzando por la carretera. Eliot está dolorido, se lo noto en la respiración.

Hasta que de pronto un hombre golpea el lateral del camión, lo que me hace dar un respingo.

—¡Adelante, por favor! —grita.

Eliot arranca de nuevo el motor y yo siento una presión en el vientre.

No puedo ahuyentar el recuerdo de la última vez que estuve aquí. Las manos temblorosas de Shey, el repugnante sonido del bofetón que le dieron a Ruth. Me clavo las uñas en las palmas de las manos para no pensar en ello.

—Documentación, por favor.

Eliot echa mano del montón de papeles y se lo pasa al soldado. El guardia no va afeitado y tiene la piel roja, como si estuviera acalorado. Mira los papeles con impaciencia, los hojea. Desaparece con ellos y nos hace esperar. Nos quedamos mirando cómo cruza al otro lado de la barrera y desaparece en el interior de una garita. Zuri, a mi lado, tensa el cuerpo.

—No pasa nada —le susurro—. Irá todo bien.

Me aprieta los dedos. Esperamos unos diez minutos más, hasta que regresa.

—Síganme, por favor. —Es una orden, no una petición.

Me siento casi como desconectada de la realidad: son las mismas palabras que oí la última vez.

—No tenemos tiempo para esto —protesta Eliot.

El soldado lo mira.

—No me importa. Vengan conmigo todos.

Eliot sabe que tiene que salir, caminar como si no le doliera, seguir al soldado. Abre la puerta, y sé lo mucho que le debe de doler, pero no puedo ayudarlo. El soldado abre la puerta de atrás para que salga Zuri, que evita mirarlo. Echa a caminar, y Eliot lo sigue hasta la garita, pasando junto a unos cuantos soldados que nos examinan con la mirada en busca de cualquier punto débil.

Más tarde pienso en ello, en cómo nos hicieron esperar a mí, a Ruth y a Shey. Estoy segura de que lo hicieron a propósito, para hacer aflorar cualquier inseguridad. Siento un nudo en el estómago. Seguimos a Eliot hasta una pequeña caseta de madera donde un militar, sentado ante un escritorio, revisa unos papeles. Levanta la mirada, irritado, y Eliot se queda esperando a que diga algo.

—¿Estos son sus documentos? —pregunta.

—Sí, señor.

El soldado vuelve a mirarlos por encima y luego levanta la vista hacia Eliot otra vez.

—¿No te he visto antes?

—Suelo estar destacado en el campamento —responde Eliot sin inmutarse.

Vuelve a fijar la vista en los papeles.

—¿Y están casadas? ¿Estas tres?

—Así es, señor.

El soldado ahora nos mira a nosotras, y yo no sé dónde mirar.

—Tenemos un largo viaje por delante —se aventura a decir Eliot con la esperanza de que eso acelere un poco las cosas.

En cuanto termina de decirlo, sin embargo, me queda claro que ha sido un error. Que cualquier señal de impaciencia por nuestra parte será castigada con una lentitud aún mayor. El soldado sonríe, socarrón. Hace calor, mucho calor, y algunos de los vehículos que estaban en la cola por detrás de nosotros ya han pasado. El corazón se me dispara en el pecho.

—Me temo que no tengo la autoridad necesaria —dice el soldado al cabo de un rato—. Se necesitan dos firmas para algo así.

Al oírlo, se me encoge aún más el estómago.

—¿Eso es posible?

—Esperen aquí —dice el soldado sin cambiar de expresión.

Eliot no reacciona al verlo levantarse y cruzar la puerta trasera de la caseta. No podemos hablar, tenemos que esperar. Eliot está pálido, y, por el modo en que va cambiando el apoyo de un pie a otro, noto que está algo mareado. Al cabo de un rato oímos los pasos de dos personas que se acercan. El primer guardia entra y coge la documentación; tras él llega otra persona. Levanto la mirada y me quedo sin aliento al ver quién es.

—Esta es la documentación —dice el primer soldado recogiendo los papeles, y tengo que hacer un esfuerzo supremo para no reaccionar al ver que se los entrega a Shey.

Shey coge los impresos, levanta la vista y nos miramos. De pronto siento mil cosas a la vez: amor, sorpresa, felicidad, horror, alivio, tranquilidad, de todo. Y todo eso lo veo también en sus ojos. Él aparta la mirada enseguida, y vuelve a posarla en los documentos, pasa las páginas rápidamente con los dedos y observo que se ha convertido en un hombre. Está más alto, tiene los

hombros más anchos y esa misma mirada de estudiada indiferencia que he visto en tantos y tantos soldados. Busco sus ojos, no deseo otra cosa que hablar con mi Shey, MI Shey, encontrar esa ternura que conocí, que sé que sigue ahí, en algún lugar. Pero sé que no me puede mostrar nada, y se limita a dejar caer los papeles sobre el escritorio.

Levanta la mirada.

—¿Las señoras están de acuerdo en ir con este hombre? —pregunta mirándonos a las tres por igual.

Asentimos.

—Entonces no veo cuál es el problema —dice mientras mira al primer soldado y coge una pluma.

Garabatea su firma en los impresos y le devuelve la documentación a Eliot.

—Que tengan buen viaje —se despide, y por un momento le tiembla la voz y me mira—. Tengan cuidado ahí fuera.

Intento contener las lágrimas. Eliot asiente, se da la vuelta y me tira del brazo, porque yo sigo ahí anclada, incapaz de moverme para volver al camión.

—Por aquí —me dice, y me dejo llevar al camión sin pensar.

Me abre la puerta, me siento y, en el momento en que Eliot arranca el motor, me giro a mirar a Shey, que ahora está solo en la garita, y veo que los ojos se le llenan de lágrimas al encontrar los míos. Asiento y él asiente a su vez mientras se levanta la barrera. Contemplo la inmensidad que se abre ante nosotros y de pronto siento cómo se me hincha el corazón en el pecho.



Nota de la autora

Es conocida la predicción de que, si se extinguieran las abejas, a los seres humanos solo les quedarían cuatro años de vida. La realidad parece ser algo menos dramática, pero igual de aterradora. La desaparición de las abejas no supondría la extinción de los humanos, pero llevaría a un declive lento y a un deterioro drástico en la calidad de vida. Cien especies de plantas de cultivo proporcionan aproximadamente el 90 por ciento del alimento en todo el mundo, y el 71 por ciento de estas especies las polinizan las abejas.

Si las abejas se extinguen, el mundo se sumirá en hambrunas, inestabilidad y guerras, y desaparecerán otras especies. Se perderán todas las plantas polinizadas por las abejas y, en un claro efecto dominó, todos los animales que dependen de esas plantas, lo que pondría en tensión a muchos ecosistemas. Eso, unido al cambio climático, podría ser la gota que colmara el vaso e impidiera cualquier innovación científica y médica. La polinización a mano ya se practica en algunos lugares del mundo, en particular en los campos de frutales de Sichuan, ya que se calcula que un 80 por ciento de las abejas melíferas chinas han desaparecido.

Hace mucho que quería escribir este libro, pero últimamente me

rondaba por la mente cada vez más. Como apicultora, soy muy consciente de que todo está interconectado, y he podido ver de primera mano las dificultades por las que atraviesan las abejas. Hace ya muchos años que apenas sobreviven, en lugar de prosperar, y, al igual que el canario en la mina, están intentando decirnos que el mundo natural corre peligro.

Escribí este libro como protesta contra la incapacidad de mirar al futuro de quienes están en el poder, y contra nuestra propia ambivalencia y complacencia. Lo escribí para mi hija, que cumplirá trece años este verano y se pasa el día pintando cosas. A veces la veo reproduciendo hasta el último detalle de una polilla, o de una pluma, y, al ver lo conectada que está con el paisaje que la rodea, pienso en la fragilidad del ecosistema y el lugar que ocupará en él. Pincelada a pincelada, avanza hacia la edad adulta, y esos detalles de la naturaleza que tanto la maravillan son tan vulnerables como el lugar que ocupa en el mundo; al fin y al cabo, el colapso de la naturaleza nos obligaría a retomar los roles de género, haría que los órganos de poder desarrollaran un mayor interés en los derechos reproductivos de las mujeres y las niñas y se crearía una situación en la que las individualidades y el arte podrían considerarse algo disruptivo.

La mejor arma con la que cuenta la humanidad para afrontar la emergencia climática es la imaginación; tenemos que abrir puertas al pensamiento creativo, y tenemos que actuar convencidos de que vamos a conseguirlo. El arte es un poderoso medio para comunicar la urgencia de la situación y fomentar la bondad y la compasión. *El peligro de las cosas pequeñas* es a la vez una carta de amor a la belleza de la naturaleza y un grito de guerra; es una llamada a la reacción de la comunidad y una declaración de mi fe en que la imaginación acabará triunfando.



Agradecimientos

Uno de los grandes privilegios de ser escritora es darte cuenta de la gran cantidad de gente que aporta sus conocimientos a tu libro, y ver la generosidad con que lo hacen. En primer lugar, querría dar las gracias a Anwen Hooson, mi agente, que siempre me anima a aislarme de cualquier ruido externo, seguir mi instinto y escribir sobre lo que más me motiva. Como siempre, has hecho un trabajo estupendo encontrando a S&S, la editorial ideal para este libro.

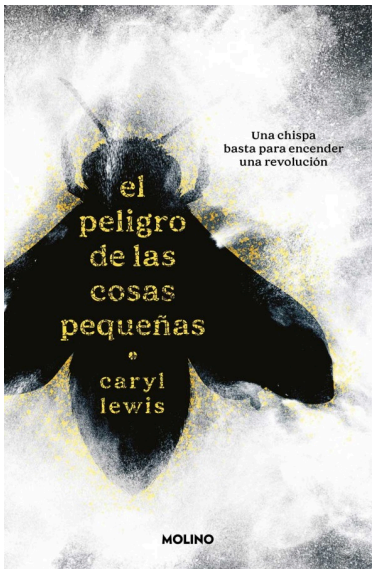
Gracias también a la fantástica Allison Hellegers, de Stimola, que encontró hueco para *El peligro de las cosas pequeñas* en los Estados Unidos. Supe que había encontrado a las editoras perfectas cuando conocí a Reka Simonsen en los Estados Unidos y a Michelle Misra en el Reino Unido. Trabajar con vosotras ha sido una delicia, y ya desde nuestro primer encuentro percibí la pasión y las ideas que teníais para el libro. Ambas me tenéis admirada.

También ha sido apasionante ver cómo el libro iba encontrando su hogar en muchos otros países. Durante el proceso hacia la publicación, me ha abrumado ver al equipo de S&S aportando toda su creatividad, su visión de futuro y su ambición al proyecto.

Por último, querría dar las gracias a mi familia por ser una fuente

inagotable de apoyo e inspiración. Escribí *El peligro de las cosas pequeñas* para mi hija Gwenno, que se está convirtiendo en una jovencita reflexiva y creativa; sin ella, este libro no existiría. Le estoy agradecida, y espero que siga brillando con la misma luz.

Una chispa basta para encender una revolución.



Una adolescente incita al mundo a resistir en esta novela distópica sobre un grupo de chicas que encuentran su voz hasta en los tiempos más oscuros, perfecta para fans de *El cuento de la criada* y *Los Juegos del Hambre*.

Un mundo sin abejas es un mundo sin futuro. Tras la muerte de la última abeja, el equilibrio del universo desapareció. Ahora, la tierra está plagada de hambrunas y de guerras. No está permitido leer, ni crear arte. Los humanos tienen prohibido creer en la existencia del amor.

Como todas las niñas, Jess fue arrancada de su hogar y llevada a vivir en residencias del gobierno. Allí son obligadas a polinizar los

cultivos a mano, con pinceles. Pero, a diferencia de las demás, Jess sabe leer y pintar… y es consciente de que los pinceles no se crearon para la polinización.

Jess posee un fuerte carácter rebelde que ni el castigo más severo puede apagar. Sabe que hay algo que no está bien en este sistema basado en el trabajo de chicas jóvenes, un sistema que las fuerza a casarse y a tener hijos en cuanto les sea posible. Con un pincel en la mano, ¿puede Jess instigar una revolución?

Caryl Lewis (Aberaeron, 1978) es una novelista galesa cuya obra abarca tanto el galés como el inglés. Tras estudiar en las universidades de Durham y Aberystwyth, trabajó en el Ty Newydd Writing Centre y comenzó a publicar ficción en 2003. Alcanzó gran reconocimiento con *Martha, Jac a Sianco* (2004), galardonada con el Wales Book of the Year y adaptada al cine en 2008. Su narrativa, profundamente arraigada en la vida rural y los paisajes de Gales, combina lirismo, humor y realismo social. En 2022 publicó *Drift*, su primera novela en inglés, que ganó el Wales Book of the Year 2023, convirtiéndose en la primera autora en lograr este premio en ambas lenguas. Además, ha escrito guiones para televisión, entre ellos las series *Hinterland* y *Hidden*. Actualmente reside cerca de Aberystwyth.



Título original: *The Danger of Small Things*

Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Caryl Lewis
Published by arrangement with Simon & Schuster UK Ltd
1st Floor, 222 Gray's Inn Road, London, WC1X 8HB
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Jorge Rizzo, por la traducción
Ilustraciones de inicio de capítulo: iStock

Diseño de portada: adaptación a partir del diseño original de Simon & Schuster, Nueva York
Imagen de portada: Avesun / iStock
Ilustración de portada: Oksana Kovaleva / iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y

datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5665-1

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El peligro de las cosas pequeñas
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Caryl Lewis

Créditos